LA GARGANTA DE LA TIERRA

Marco Augusto Ferreira

Una novela del autor de
EL PASO DE LOS CUATROCIENTOS

La Garganta de la Tierra

de Marco Augusto Ferreira

Novela Ganadora del Premio de Novela Inédita Beatriz Rodríguez Alcalá de González Oddone, de la Academia Paraguaya de la Lengua Española 2021 (Real Academia Española)

La Garganta de la Tierra

© Marco Augusto Ferreira, 2022

Ilustración de Portada:

© Octavio César Ferreira

De la 1ra. Edición Física en Paraguay:

Criterio Ediciones

Editorial Intercontinental, Mayo 2022

ISBN 978-99925-14-07-8

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito del autor.

Biografía del Autor

Marco Augusto Ferreira nació en Asunción en el año 1994.

Es Abogado y Especialista en Docencia Universitaria por la Universidad Americana (2016 y 2019), novelista, editor de desarrollo y guionista.

Obtuvo el Primer Lugar de la Categoría Menores de 25 Años en el XXIII Concurso de Cuentos del Club Centenario (2017) por su obra *Señor Voronin*, y fue Finalista de los concursos de Cuentos ITAÚ Digital 2016, 2018 y 2020. Recibió la Mención Especial por su drama *Esperando a Eligio*, en el concurso de Obras Teatrales del Cabildo (2019). Sus cuentos forman parte de las antologías contemporáneas *Algo Hay* (2020, Tiempo Ediciones y Contenido), *La Sombra de Nuestros Muertos* (2021, Servilibro) *y La Otra Epopeya* (2022, Servilibro). Recibió el Tercer Premio en el Concurso Nacional de Creación Artística (2020), por su drama teatral *La Noche de los Desertores*, y es ganador del Primer Premio de Novela Inédita Beatriz Rodríguez Alcalá de González Oddone (2021), por su novela *La Garganta de la Tierra* (2022, Academia Paraguaya de la Lengua Española-Intercontinental).

El Paso de los Cuatrocientos (2018, El Lector, Paraguay, 4ta. Ed./ 2024, Librería de la Paz, Argentina, 5ta. Ed.) es su *opera prima*, una novela épica histórica de éxito en ventas y crítica, que inaugura la saga de *Las Crónicas de Uruguayana*, para la cual contó con el acompañamiento de artistas, editores e historiadores locales.

Publicó el drama teatral *Camarada Voronin* (2021, El Aljibe), desarrollado en la Rusia soviética de Stalin, prologado por Alcibíades González Delvalle.

Dirigió, escribió y produjo el cortometraje de ficción *Kurundu, una Leyenda del Paraguay,* ganador de tres categorías en el *Festival Sombras – Prócer Latino* (2019) de Paraguay, y es coautor el cortometraje *Matorral*, dirigido por Sebastián Argüello, ganador como Mejor Cortometraje Profesional en el Festival Smartfilms (2020), actualmente seleccionado para múltiples festivales internacionales.

Es coautor del webcómic de fantasía épica *The Children of the Sand* (Tapas, Webtoon, Manga+), en conjunto con la ilustradora Vania Boidanich.

En junio del 2023 estrenó con el Arlequín Teatro su thriller psicológico *Torres-cué: Bajo la Sombra de una Bruja* (Dir. Diego Mongelós), y en noviembre del mismo año, estrenó en el Teatro LATEA de Manhattan la obra *Old Fox's Justice* (Dir. Ronald von Knobloch), un thriller legal co-escrito con la autora Tahiana Larissa para el New York Theater Festival, en el cual fue parte de la selección

oficial.
Actualmente es vicepresidente de la Sociedad de Escritores del Paraguay. Ha impartido más de 150 charlas, dicta talleres sobre narrativa y guion de cómic en Cosmo Studio, y realiza asesorías de historia para otros autores. Es profesor de Técnicas Narrativas en la Escuela de Artes Literarias Josefina Plá, del Instituto Superior de Bellas Artes de Paraguay.
Instagram: @marcoaugustoferre
Conoce Todos sus Trabajos: https://linktr.ee/MarcoAugustoFerre

"Excelente y electrizante. […] Es original, te moviliza en un relato que cuando te envuelve no podés salir"

Alejandro Tarruella, escritor y periodista.

"Quiero recomendarles esta tremenda novela de Marco Augusto Ferreira, el mismo autor de "El Paso de los Cuatrocientos". […] Estoy segura de que [Augusto] va a convertirse en uno de los mejores exponentes de nuestra literatura. En "La Garganta de la Tierra" nos encontramos ante el retrato de un Paraguay contemporáneo, con sus vicios y virtudes. Augusto nos hace reflexionar acerca de los límites de nuestra propia identidad en la búsqueda de un mejor porvenir, en medio de la podredumbre de un sistema que nos devora día a día. Celebro su impronta tan original que logra hacernos pasar de una página a otra con magnitud y agilidad, y espero con ansias la adaptación cinematográfica".

Fátima Fernández Mercado, actriz, autora y directora teatral.

"[…] obra que —no es necesario decirlo, pero lo voy a reiterar— recomiendo con todas las fuerzas de las letras, porque —y disculpen la vehemencia de mis palabras— todos deberíamos leer «La Garganta de la Tierra».

Aldo Luberta Martínez, escritor y periodista.

Prólogo de la Primera Edición

No sabía quién estaba detrás del seudónimo de esta novela cuando me tocó leerla como jurado del premio Beatriz Rodríguez Alcalá, de la firma NGO en conjunto con la Academia Paraguaya de la Lengua Española. El premio, que busca promover nuevas propuestas de la narrativa paraguaya, tenía como consigna leer los materiales sin una idea preconcebida sobre los autores, ni una pista sobre la edad ni la experiencia de quienes habían remitido sus novelas. El ejercicio justamente consistía en enfrentar la historia por la historia misma.

Y, he allí la gloria de encontrarse con un libro como "La Garganta de la Tierra", que cautiva desde la primera página.

Ambientada en la actualidad, el relato utiliza los elementos apremiantes de la vida cotidiana, estableciendo el ritmo que a lo largo de la novela nos llevará a la premura de dar vuelta la página en busca de la resolución del conflicto. Esto marcará el paso de este thriller que entrama perfectamente elementos de nuestra cultura popular, como la existencia de la Plata Yvyguy, mezclada con otros temas recurrentes de la realidad paraguaya, como la corrupción estatal, el nepotismo y los fraudes detrás de la distribución de tierras.

Sin adoptar un estilo moralista, el autor deja un mensaje claro en el subtexto de la trama: en un mundo en donde la desigualdad social reina y no hay salida lógica aparente para ascender la pirámide, adquiere validez recurrir al pensamiento mágico a través de un tesoro escondido, residuo de glorias pasadas.

A partir de ahí, todo es posible. En ese vértigo de superstición y peligro, Marco Augusto Ferreira nos fue guiando por los vericuetos de esta historia entretenida, y acabó por consagrarse como el primer ganador del Premio de Novela Inédita Beatriz Rodríguez Alcalá de González Oddone.

Como nieta mayor de Doña Beatriz, tuve el lujo de disfrutar incontables tertulias en torno a nuestro amor compartido por la literatura y, conociéndola íntimamente, no me caben dudas de que, para una intelectual aguda y crítica como ella, este libro -con sus denuncias soslayadas y sus diversas moralejas-, sería la propuesta ganadora de este concurso que busca justamente honrar su memoria.

Bea Bosio *fue jurado del primer Premio de Novela Inédita Beatriz Rodríguez Alcalá de González Oddone. Es escritora, docente de la Universidad del Norte, y ha sido columnista en el Diario La Nación y en varias revistas y publicaciones. Ha colaborado en campañas comerciales,*

gubernamentales y publicitarias con sus letras. Publicó el foto-poemario "Postales del Alma" y el libro de prosa ecléctica "Crónicas desde el Alma". Con su cámara recorre los rincones del país y del mundo narrando las historias de la gente y sus vivencias.

La Garganta de la Tierra y las Profundidades del Paraguay

Marco Augusto Ferreira, autor de *El Paso de los Cuatrocientos,* nos trae su nueva obra: *La Garganta de la Tierra,* novela que ya nace en "cuna de oro", pues fue la ganadora del premio a "Novela inédita de Beatriz Rodríguez Alcalá de González Oddone".

El autor nos sumerge esta vez a un mundo de intrigas, suspenso y muchas complicaciones que serían aplaudidas por los hermanos Coen. Es una historia "realista", dolorosamente realista, donde vemos a políticos corruptos, funcionarios corruptos, profesionales corruptos; es simplemente "el Paraguay", tierra en la que aquellos que están arriba se ganaron ese sitial solo por su capacidad de corromperse, y los demás, los que viven en las carencias del día a día, si no están arriba no es por falta de voluntad de hacer entuertos, es solo porque no tuvieron la oportunidad o la desperdiciaron, y es en esa situación en la que se encuentra nuestra protagonista.

María Inés es la enésima abogada recibida de una de las abundantes y sobrepobladas universidades de derecho. Si bien el Paraguay dista de ser un país perfecto, no existen suficientes conflictos y gente en desgracia como para darles sus respectivas raciones de carroña a las decenas de miles de abogados que se arrastran por los pasillos de las instituciones buscando qué picotear. Quienes no tienen los suficientes contactos político-sociales para crecer, deben elegir entre la nada de una profesión devaluada o el carrito de panchero. Este es el primer conflicto en el que se encuentra la protagonista, sumándosele uno más grave, la ambición. Hija de trabajadores de una clase media más aspiracional que media, fue inculcada a aspirar alto, muy alto (Mi´ja, pos no hubieras elegido derecho, le diría yo, pero ¡bue..!) Esto entra en conflicto con una integridad que va degradándose de a poco bajo la lluvia de realidad y necesidades que la acosan a ella y a su familia.

Como bien sabemos, la desesperación suele dar la bienvenida al diablillo de las tentaciones, que va sumergiendo a María Inés en una maraña de corrupción, mentiras y peligros, incluso para su propia familia, sin que ella pueda salir, no solo porque no la dejan, sino porque ella misma no lo quiere. Si bien le disgusta la corrupción, esta es su oportunidad de salir del fango y no la quiere desperdiciar.

De eso va esta novela; te introduce en el viciado mundo de su protagonista, la historia es corta (demasiado corta para mi gusto) y rápida, y aun así en las primeras páginas el autor ya logra que empatices con un personaje que en la vida real tal vez te repugne. La inmersión es profunda, uno conoce cada temor, necesidad y motivación de una persona que no quiere obrar mal, pero cree que no le queda de otra. Este tal vez sea uno de los mejores logros de la escritura: la introspección en el personaje. Si bien el narrador está en tercera persona omnisciente, está bien logrado y evita convertirse en un "narrador helicóptero" que lo sabe todo.

Al mundo lo seguimos viendo según las experiencias y pensamientos, principalmente, de una protagonista que con el paso de las páginas va volviéndose cada vez más paranoica; le da un significado —y generalmente negativo— a cada palabra, gesto, mirada o al más leve movimiento de los personajes; nada es inocente, todo es calculado de una forma fría y pesimista por la febril mente de María Inés; para ella no existe nada al azar, todo responde a una oculta y maléfica intención. Y este es el segundo gran punto de la obra, la dinámica entre personajes donde no queda detalle que no sea juzgado. Me hizo recordar con vaguedad al pesimismo de Casaccia en *La Babosa*.

Si el autor pensara como su protagonista, no me gustaría tenerlo de amigo o ¡Dios me libre y guarde! como socio de algún negocio. Explota al máximo los más oscuros pensamientos de una persona desesperada que llega a ver incluso a su único aliado, su esposo, como a un enemigo. Un personaje que podría parecer apocado, pero que sirve de perfecto contrapeso a las ambiciones de la mujer, un hombre al que no le sobra nada en la vida, pero aun así es capaz de sentir felicidad con lo poco que tiene.

María Inés, en cada página no deja de enredarse más y más en una maraña de complicaciones que llegan a formar en el lector una genuina desesperación, como quien espera el fin del "tic tac" de un reloj adosado a una bomba que sabe que explotará.

Como resumen final, se puede decir que es una muy buena novela, que habla de la realidad del Paraguay, nos interpela a nosotros mismos: ¿Hasta qué punto llegaríamos para saciar nuestras ambiciones? ¿Somos lo suficientemente estoicos como para reconocer nuestro lugar en la existencia y ser felices con ello?

Humberto Marino Trinidad *es, por obligación (hay que comer), editor y pos-productor audiovisual en una productora de televisión, y por vocación es promotor cultural, investigador y compilador histórico, autor de los libros de compilación y divulgación histórica: "Memorias de la Ocupación", "La Guerra del Chaco: Diario de Guerra", "La Colonia", "Los Mitos del Stronismo II", "Curiosidades y Polémicas de la Guerra Grande".*

También participó como autor en las antologías: "La Otra Epopeya: Cuentos de la Guerra del Chaco", "La Sombra de Nuestros Muertos: Relatos de la guerra Guasú".

Tiene cuentos publicados en la revista "El Bachenauta". Fue guionista de comics en "Epopeya, Guerra Guasú", y es columnista editorial en el periódico digital "El Nacional".

Reseña Literaria de Derlys Fanego

Terminar de leer *La Garganta de la Tierra*, me empuja a escribir algunas impresiones sobre la misma, movido por la gran alegría y la satisfacción que me ha producido la historia, al acercarme a conclusiones contundentes sobre la obra misma y sobre otras cuestiones que, generosa y simultáneamente, permite esta magnífica novela.

Creo que cumple con todos los estándares de una obra de gran calidad; empecemos por el título: con la extensión adecuada, discreta, atractiva e interesante, sin develar cuestiones medulares del argumento y sin separarse de la trama.

La primera conexión con la obra se da con la lectura del título en una tapa con el tipo y tamaños de letras prudentes; la ilustración adquiere entidad y significado, con un alto nivel de precisión, pero recién cuando se hace una correspondencia con el contenido de la historia.

Devela de parte del autor un gran conocimiento de la realidad de quienes ejercemos el oficio de abogado, la profesión más común del Paraguay en la que las expectativas sobre el "deber ser" sufren fuertes embates del "ser", de lo óntico, con resultados que se retratan en la calidad de la actual tutela jurídica que ofrece el sistema judicial.

Un acabado conocimiento de la sociedad paraguaya en general y de la clase media en particular (que apunta siempre a querer parecerse a quienes llevan una vida más ostentosa); las crisis de las parejas también, que son descriptas de forma muy real, así como las familias, las luchas por la estabilidad económica y por la seguridad en todos los órdenes, ofrece una síntesis con deliciosos ornamentos literarios, conclusiones, críticas y descripciones propias de un tratado de sociología.

Leer y comprender esa superficialidad que se ha pretendido en una parte de la historia que cuenta el novelista, me recuerda a Casaccia cuando –ácidamente– dice en *La Babosa* que los ricos del Paraguay lo son porque algún antepasado tuvo la oportunidad de tener un cargo público, a partir del cual tuvo un ingreso considerable y oportunidad de contactar con personas cultas del exterior y aprender de ellos un refinamiento regular.

Decía también el aregüeño algo en relación con los escritores abogados: que, algunos miraron archivos de algún caso, de algún expediente que tuvieron, por decir, una reivindicación de inmueble, y escribieron al respecto limitados análisis para publicarlos y ganarse el título de escritor.

Casaccia estaría orgulloso al leer la de este abogado escritor, absolutamente contrario y distinto al que retrató en su más famosa novela; que tiene la habilidad y el don de un dominio tan admirable del arte literario, que tiene capacidad para alborotar las ideas y la imaginación de sus lectores, de un profundo mensaje que deja tras el término de su lectura; un abogado y un escritor que rebela y subleva sobre la realidad lacerante mediante palabras que, convertidas en novela, agita el impulso pensante con la inquietud, la reflexión, el análisis y el espíritu crítico.

Decía el político español Julio González A., acompañado de Saramago en aquel histórico discurso de 1999, que (…) quien tiene que comer todos los días no puede, por acto de rebeldía, perder el puesto de trabajo; la rebeldía siempre ha surgido de quienes tienen que comer todos los días y que de ahí la gran culpabilidad de muchos intelectuales que, comiendo bien todos los días, bien de sus empresas o de sus puestos públicos, no han sido capaces de decir basta a esta situación de degradación (…) pero, la profesión de abogado y la sociedad en general han llegado a un nivel en que el hacer lo correcto y ajustarse a las prescripciones de las leyes constituye un acto de rebeldía. Ese es el nivel de reflexión —nada más y nada menos—, con el que inicia la novela, que no es una cuestión menor y, a la vez es un tema muy desafiante para cualquier escritor, empero, Marco lo ha hecho magistralmente.

La novela enseña y entretiene; es atrapante al punto de desafiar la voluntad de fijarse un límite en la lectura diaria y cumple mediante ella el rol social del escritor: hacer pensar, hacer cuestionar e impulsar a leer más.

Por ello, quiero expresar con alegría que el cambio generacional que ha de experimentar la literatura paraguaya está en buenas manos y no tiene nada que temer; no solo se mantiene el nivel y la calidad de los textos de este país, sino que –creo– experimentan una mejoría, una recuperación, un aumento y un impulso de lo que ofrecerá en lo sucesivo. A la calidad de la pluma del escritor Marco Augusto Ferreira se suma su carácter dinámico que ha demostrado,

incansable, en su faceta de gremialista desde la Sociedad de Escritores del Paraguay y su postura firme y decidida. Veo con tanto orgullo el rostro de Marco Augusto Ferreira en la nueva generación de escritores del Paraguay y lo aplaudo, reconozco y felicito y auguro que siga incólume el casi sagrado sendero escogido en el camino estrecho de la actividad literaria.

He disfrutado mucho, muchísimo, este libro. Lo recomiendo y lo comento con mis amigos y colegas. Me impulsa a adquirir la otra obra del escritor –anterior a esta– *El Paso de los Cuatrocientos*, que resulta muy prometedora a partir del disfrute que me ha producido *La Garganta de la Tierra*.

Derlys Fanego *es escritor, abogado, escribano público, contador y docente universitario. Cursó estudios en Derecho Constitucional, Derecho Penal y Derecho Procesal. Es agente fiscal del Ministerio Público. Publicó los libros "El Agente Fiscal" y "Lealtades".*

“A Cristal, a Carlos Augusto, a Rocío, a Carlín y a Christian. Con el cariño del mundo entero. Eternamente agradecido por tantas historias increíbles alrededor de un vino; por tanto apoyo.
A mis padres y a mi hermano, por el amor incondicional.
Espero que esta historia les guste.”

Una Banda Sonora Digna de María Inés

Querido Lector:

Lancé la primera edición de *La Garganta de la Tierra* durante la Feria Internacional del Libro de Asunción, el día 30 de mayo del 2022. Durante semanas trabajé en la curaduría de una banda sonora ideal para acompañar la lectura de mi novela, una que contuviera un ritmo similar al de la historia, y que estuviera a su vez cargada de símbolos complementarios. En vista al lanzamiento, tuve el privilegio de contar con la maravillosa violinista Ada Marina Antúnez, de la Orquesta Sinfónica de la Ciudad de Asunción, quien realizó una interpretación en vivo de estas músicas. ¡Cómo desearía que hubieras vivido ese momento! Que la hubieses tenido tan cerca como para palpar esas melodías tan dramáticas que habrían hecho al Diablo encogerse en su asiento.

Mientras tanto, podés encontrar esa banda sonora tanto en YouTube (*Soundtrack Oficial de La Garganta de la Tierra*) como en Spotify (*La Garganta de la Tierra*), ambas en la categoría "*playlists*". Te recomiendo que la escuches en su orden sugerido.

Espero que la disfrutes.

Capítulo I – La Nueva Casa en el Baldío

Hubo una vez en Asunción un terreno baldío. Allí solo crecían yuyales, un ficus suelto a sus anchas que hacía de techo al terreno, y un mango que no dejaba de producir frutos que luego iban a desperdiciarse. A las pocas semanas de ponerse a la venta, ya en el medio se encontraba esta casa en construcción de los vecinos recién llegados. Tiraron el mango, y en el centro elevaron frías murallas de cemento y ladrillo visto.

Cierta noche de viento gélido, a través de un hueco sin marco que esperaba por ventana, podía verse bajo la cálida lámpara del comedor cómo se agitaban contentas cuatro siluetas sentadas alrededor de la mesa. Entre ellas se encontraba la abogada María Inés, quien con la compra de esta casa había puesto el pie derecho de la familia Duarte en dirección a una reputación social consolidada como fortaleza.

Sobre el fuego de la hornalla que su esposo Esteban se encargaba de moderar, apoyaron una plancha Essen de acero brillante y límpido en la que se grillaban cuatro churrascos ojos de bife. El vapor aromatizado inundaba el aire mientras las niñas discutían con desgano cómo adaptarse a los últimos cambios que exigía la mudanza.

—¿Por qué Dana puede invitar a sus amigas y yo no? —preguntó Erika mientras María Inés se levantaba para revisar que el arroz no se le hubiese quemado encima del horno.

A sus treinta y seis años, María Inés no era novata hirviendo arroz; tuvo que aprender a la fuerza para cocinárselo a sus hijas, pero tampoco era extraño que se le pasara o se le quemara, absorta en tantas maquinaciones laborales e impotencias económicas.

—Dana no puede invitar a nadie hasta que esta casa esté decente —le respondió su madre, revolviendo el arroz, pensando en que ya extrañaba comer en la misma mesa de sus padres alguno de los guisados de su mamá, o los asados que hacía su papá. Esteban ni siquiera había vuelto a encender la parrilla desde que se mudaron; quizás se le perdió la costumbre con tanto trabajo en el IPS, *“pero no estaría mal que se encargara una vez por semana”*.

—¡Hey! —intervino Dana, añadiendo presión el ambiente cerrado, vaporoso, húmedo y caliente que ya se asemejaba al interior de la olla. Incluso Esteban, igual de absorto que María Inés, levantó la

vista de los churrascos y encogió los hombros, preparándose para los problemas—. ¡Papá me dijo que podía invitar a las chicas en vacaciones!

—¿Para hacer qué? —María Inés se volvió directamente hacia su marido, quien se hizo del sonso y no asumió la responsabilidad. Luego, miró a su hija—. No voy a permitir por nada del mundo que vean cómo estamos viviendo.

—¿Qué problema hay? ¡Podemos quedarnos afuera! ¡Como un campamento!

María Inés tensó los hombros y la quijada; puso mirada de *"el tema ya no se discute",* y dejó que su hija viera su expresión.

Dana, la de quince, bajó la cabeza, culpable. Como quinceañera se le debía una fiesta como al resto, una igual o más grande que la que María Inés tuvo en su momento. Y, si no podía tener una fiesta, ¿qué problema había con que tuviera a sus cuatro o cinco amigas en una pijamada dentro de su casa nueva? Bueno, pues que no podía darse el lujo de que los padres de las chicas supieran que en vez de ventanas de vidrio todavía había bolsas de plástico para protegerse del frío.

—Yo les dije que podían poner una carpa afuera y hacer como un camping —intervino Esteban, abogado de Dana—. ¿Qué problema tiene que sepan cómo estamos? Es un barrio hermoso; es seguro… Nos acabamos de mudar, *obviamente* va a estar en construcción, y va a ser una casa preciosa.

Ese *"nos acabamos de mudar"* fue el que inició la leve irritación que provocó a María Inés una entonación dirigida al conflicto.

—Saben que nos estamos mudando desde hace dos meses, y seguimos con habitaciones destechadas, la cisterna que todavía no está bien conectada…—. Para fortalecer su argumento, señaló las literas de las chicas, agolpadas en el comedor mientras la lluvia seguía colándose en donde estarían sus cuartos—. Apenas tenemos baldosas afuera; tenemos que andar sobre la tierra. Llueve y se forman charcos de barro. No se le puede faltar así el respeto a los invitados…—. Quería decir que no le podía faltar así el respeto a ella misma, a sus hijas, a las que les prometieron todo, que nada les faltaría mientras fueran creciendo. Pagando la hipoteca sobre la casa, ahora no tenían dinero ni para poner una puerta sujeta a una pared; ¡no tenían dinero para alzar la última pared de la cocina!

¿En qué momento les había dado la razón a sus padres? No, no tenían razón; todavía no había llegado el tiempo de ambos; eso era todo. Pero, su padre tenía un punto, y sin esa casa, ¿acaso seguirían viviendo de zánganos en la de ellos? Sí; en un cuarto de cemento como un quiste en la estructura principal, como un parásito adherido artificialmente.

Igualmente, le juró a Esteban que lo entendía; *"que entiendo que*

su orgullo ya no le permite vivir dependiendo de la amabilidad de sus suegros". Él la llevó a aceptar (admitir) que la buena voluntad se había acabado con el nacimiento de Erika, quien ahora lloraba porque menos que menos estaba autorizada a traer a sus propias amigas a este lugar.

Esteban calló, pese a que parecía guardarse numerosos argumentos. María Inés se dio cuenta, pero no tenía la menor intención de escucharlos. El arroz ya se le había empezado a secar. Trató de revolverlo, más este se le pegó a la cuchara.

—¿Qué voy a hacer entonces en las vacaciones? —Dana a punto de llorar, su voz como el pitido de una pava.

Nadie le contestó. Esteban dio vuelta la carne una última vez. Esta también se estaba empezando a cocer de más.

—Esta carne ya está—. Su mala gana impregnó ese aire denso —. ¿Tenés el arroz…?

Tenía el arroz, sí. Pero, él iba a quejarse apenas le clavara el tenedor con este y extrajera una piedra, y cuando él se quejara, ella encendería el gas figurativo para hacer explotar todo lo que tenía guardado dentro de sí.

—¡Síiii! — gritó Erika, la menor, más bien distraída por el hambre.

Como leyendo a su esposa, Esteban despegó el plástico de una de las ventanas y dejó que el viento aflojara el aire del comedor. Antes de que María Inés se diera cuenta, él ya estaba sirviéndoles los pedazos más jugosos a sus hijas.

Su esposo tenía lo de buen compañero. No tenía necesidad de mentir, de inventar cosas, pero le seguía el juego a su esposa con las palabras justas, exactas; de esa manera ninguno quedaba verdaderamente incriminado. Pero, eso también era un síntoma de sus problemas más profundos: no era un tipo ambicioso, no aspiraba a demasiado, no aspiraba al estilo de vida que realmente quería tener, del que -María Inés sabía perfectamente que era hipócrita consigo mismo en este sentido- disfrutaba plenamente cuando lo experimentaba, pero que decía que era mucho cuando se le iba de las manos. Su padre (Vicente) esto le había advertido a su hija, y Vicente no era la gran cosa tampoco, pero era ambicioso; supo que su hija era el futuro de la familia, y por eso invirtió en ella todo lo que tenía, todo lo que nunca llegó a tener para sí, y todo lo que también podían considerarse sus esperanzas, porque ella debía ser la que lo pusiera a él de viaje por Europa junto a su esposa, ambos de sesenta largos años de espera por una aventura de verdad. Le dio todo a su hija, pero, como decía él: *"Tu pareja te funde o te eleva"*. Siempre fue un consejo frente al que María Inés se reveló. Igualmente, no iba a darle la razón, porque se sentía feliz. Era feliz, ¿verdad? Sus hijas parecían felices con

ese plato de comida… aunque el arroz las bajaría a tierra nuevamente.

Cuando se sentó a la mesa, miró a Esteban a los ojos, y con la mirada y una sonrisa a medias, se disculpó por lo que le mostró enseguida, por la fuente que colocó sobre la mesa y a la que Dana -haciéndose del payaso, pero con la suficiente animosidad como para que su madre entendiera el mensaje- clavó un tenedor con toda su fuerza para ver si penetraba la armadura de arroz que se había formado. Cuando el tenedor se clavó en la masa uniforme, Erika soltó una carcajada inocente, y Dana también lo hizo.

Esteban negó con la cabeza, pero admitiendo diversión él también, tomó la plancha en la que cocinó la carne y vertió sobre el arroz la mezcla de aceite y salsas para hacerles agua a la boca.

Además, Esteban era un tipo práctico. Finalmente, él debía estar pasando la misma congoja e impotencia. ¿Qué significaba que tuvieran que usar todos sus ahorros para costearse una boda postergada tanto tiempo y sin embargo bancarse estar sin un centavo para completar la casa que hacía doce años ya debían estar habitando? Era el inicio de su vida familiar, en verdad, y Dios sabía lo mucho que estaban sufriendo. Ella sabía que, si dependía de él, jamás se hubiesen casado, y habrían ido a vivir a una casa venida a menos cuanto antes, pero ella nunca defraudaría sus expectativas de toda la vida.

La olla con el arroz le resultó pesada. *"Una pareja viviendo con hijos y sin matrimonio legítimo de por medio solamente habla de lo irresponsable que es uno"*, le decía su madre, pero María Inés era la abogada, y no encontraba argumentos en contra. *"¿Qué habrían dicho tus doscientos cincuenta invitados al saber que ya estabas embarazada de Erika y que no pensabas casarte ni mucho menos hacer fiesta?"*.

"Nada", fue la respuesta de la hija. *"¿Qué van a decir?"*.

"Católicos y conservadores. Nadie va a contratar a una abogada que no tiene en orden sus cuentas, ni con Dios ni con la ley".

"Alguno de esos amigos, padres de compañeros, primos políticos, y cualquiera relacionado a ellos, va a tener problemas legales pronto, y la primera a la que van a tener en cuenta es a vos". Era cuestión de marketing; si quería trabajar para gente adinerada y que le pagara la vida que se merecía, tenía que mostrar que estaba a la altura de las expectativas de esos mismos clientes, *"porque nadie invierte su dinero lejos del círculo en donde se siente seguro"*.

Los trabajos llegaron, claro, pero de tan cercana que era, ocho de cada diez primos ni siquiera asumieron de inicio que tenían que pagarle. Por eso la mudanza, por eso la hipoteca, por eso la oficina, el secretario, los trajes.

Se trataba de eso: de seguridad, y de lo que cada uno estaba dispuesto a hacer, decir o aparentar para crear la vida que los cuatro

esperaban, porque de otro modo jamás escaparía al pozo ciego en el que se arriesgaba a tropezar.

Por fortuna, en su obra todos estaban cumpliendo un rol ejemplar.

#

Capítulo II – La Leyenda de la Abogada Honesta

Metida en las oficinas de atención al público del Ministerio del Trabajo, parecía fácil desfallecer sentada con el calor agobiante de cuarenta y tres grados que hacía esa tarde de diciembre, y si no hubiese sido por la fluida conversación que estaba teniendo con Ignacio, su secretario, sentado a su lado con admirable tranquilidad, ya estarían llevándola a la enfermería.

El aire acondicionado no daba abasto para la multitud de empleados y abogados aguardando turno, y el tufo de sudor, colonias, maquillaje derritiéndose y desodorantes fallidos, empezaba a recordarle el fastidio que sentiría dentro de su propio hogar al regresar a casa. Al menos, debía regresar con un triunfo bajo el brazo, un nuevo trabajo: un empleador explotador al que demandar, una indemnización por cobrar o una negociación que presidir.

Era la primera vez que iba a buscar clientes de esa manera; siempre calificó de buitres a aquellos abogados que trabajaban gratis para quitar dinero a alguien más, pero cuando se dio cuenta de que aquel lugar era un campo de batalla por trabajo y por derechos, recordó como una puntada en el estómago que la profesión de abogada era la más común del Paraguay. De repente concluyó que había trabajos por los cuales valía la inversión el trabajar gratis al inicio, aunque no fuera su principio. Además, ninguno de sus amigos o colegas de estima trabajaba de esta manera; los clientes los buscaban sin siquiera salir de sus casas, y ellos elegían los casos como quien elige dulces. Entonces, ¿quién habría de reconocerla en medio de todos?

—¡María Inés Duarte!

Cuando escuchó su nombre vociferado por una de las funcionarias del Ministerio del Trabajo, se levantó de su asiento a toda prisa para identificar el cubículo desde el que había salido como un ruido desagradable.

—Acordate, doctora —le dijo Ignacio—, ellos suelen esperar una comisión del dos al cinco por ciento, pero depende de la cantidad, me dicen—. Eso lo había averiguado esa misma mañana entre conversación y conversación. A veces, a María Inés la asustaba la

posibilidad de que Ignacio fuera más inteligente de lo que mostraba y la dejara por un abogado más renombrado cuando se diera cuenta de que él tenía más que enseñarle a ella sobre el derecho verdadero y su relación con la gente, en contraposición con las leyes, tal como ella conocía a su carrera—. Así que estate atenta antes de aceptar—. Tenía apenas veintidós años el joven, pero exhibía en su hablar una sabiduría callejera propia de quien había pasado mucho para llegar donde estaba, y se apreciaba especialmente cuando vestía el traje y los zapatos que María Inés le regaló para "estar a la altura". Cuando Esteban le recriminaba todo lo que ella hacía (Gastaba) por Ignacio para después ir a quejarse a casa, él se perdía esta clase de momentos, en los que su inversión se transformaba en un beneficio intangible: el conocimiento y el tacto con cierta gente, uno que ella no se podía permitir obtener sin cierto sacrificio.

Escuchó el consejo sin prestarle mucha atención, pues no hallaba el origen del llamado en medio de la marea de empleados descontentos esperando asesoría. Desesperó ante la idea de que la mujer volviera a repetir su nombre completo y este fuera escuchado por la playa de abogados que aguardaba a la marea.

Si bien la mayoría de los colegas que allí aguardaban eran jóvenes iniciados —los hombres vestidos de traje y corbata para una excelente primera impresión, aunque a muchos el saco les quedaba como una bolsa, y las mujeres con saquito, falda entubada, tacones altísimos y maquillaje corrido—, los había también de avanzada edad, los viejos y habituados zorros, pues los funcionarios los llamaban directamente para consolar clientes desamparados. Eran estos los que registrarían su nombre, y tarde o temprano llegaría a los oídos que tanto evitaba.

—¡María Inés Duarte!

El segundo llamado ya levantó sospechas, miradas y murmullos, más logró ver a la mujer que estaba ojeando su lista en mano ya para atender al siguiente afortunado.

Si alguien ya la había reconocido, mejor zambullirse de lleno. Quizo gritar "Yo", pero en su lugar prefirió avanzar hacia ella con seguridad para que la asociaran con una vaca sagrada. María Inés no tenía un apellido de los que se dicen "importantes"; aquellos de pronunciación extranjera. Si bien tampoco era una González, Duarte realmente no decía mucho de quién era ella y de aquello a lo que aspiraba, así que hacía que siempre la llamaran María Inés, como si fuera un nombre único, más cada vez que alguien terminaba de decirle "Duarte", la fuerza anterior quedaba disminuida, y ella también.

Dentro del "cubículo", que más bien consistía en un escritorio con una computadora, una pila de carpetas con expedientes

contenciosos, un archivador que despedía un fuerte olor a humedad, y ninguna pared que limitaba la posibilidad de hablar o escuchar al funcionario y al trabajador que hablaban al lado, ya se encontraba esperando a María Inés una mujer de —estimó— unos siete meses de embarazo.

La funcionaria empezó a explicarle a María Inés la historia habitual con una natural monotonía: despidieron a la mujer apenas descubrieron que estaba embarazada; no había logrado estabilidad laboral aun, así que estaba con un hijo en camino, sin seguro social, sin sueldo y sin ayuda de ninguna clase, pues había llegado del campo a trabajar y las cosas resultaron "*diferentes*" a como las esperaba. Venido de la funcionaria, este eufemismo quedó inapropiado, pero María Inés supuso que, entre tantos casos desgraciados y *"es una pena; pocos empleadores vienen a preguntarnos cómo hacer bien las cosas antes de hacer desastre"*, chispazos de humor en lo cotidiano la mantenían fiel a su misión imposible. Algo podría aprender de la mujer.

—Mirá, doctora, esto es lo que yo le marqué ya —. La funcionaria le enseñó un formulario prediseñado para esos casos. En él, María Inés pudo leer estos puntos marcados con cruces: lucro cesante, falta de preaviso, despido injustificado, daño moral. El monto que todos esos agravios podía representar, dependía única y exclusivamente de la creatividad del abogado, pero *"fácilmente, cincuenta millones. Por la antigüedad, los horarios injustos…"*. Era lo que le propuso la funcionaria con una parsimonia que sorprendió a María Inés, una parsimonia que, quizás, le dio a entender que pretendía un cinco por ciento, como si fuera poca cosa. Total, le estaba dando un caso ganado.

María Inés nunca se consideró de aquellas personas capaces de someterse al "sistema" que tanto despreció siendo una estudiante, lleno de corruptos, coimeros y abusadores del derecho, y justamente ahora se le presentaba la oportunidad de abusar un poco. Sí; era una oportunidad de hacer justicia, pero, ¿iba realmente a rebajarse por entregar dos millones y medio de guaraníes a una codiciosa? A María Inés ya la habían visto ahí. ¿La asociarían también a esos que sacaban una tajada de la desgracia ajena? Sonrió para sus adentros, imaginándose que la funcionaria se vería a sí misma como una especie de Robin Hood moderna: quitar a los ricos para dárselo a los que necesitan.

María Inés *necesitaba*, así como la empleada despedida, pero no la funcionaria, que quizás ganaba mucho más de lo que Inés podía siquiera pedir en ese momento, y eso fue lo que le produjo la repulsión necesaria para agradecer a la funcionaria, que entendió perfectamente el rechazo, y desearle suerte a la embarazada, porque apenas salió María Inés sin carpeta bajo el brazo, el siguiente de la

lista ya captó el mensaje y se encontraba a medio camino entre la playa y la marea. Inclusive, mientras María Inés se levantaba, escuchó una conversación que provenía del cubículo de al lado: *"Josefa, ¿viste este señor que te dije? Daño moral no es lo mismo que daño psicológico, ¿verdad?"*, a lo que Josefa le respondió: *"No son lo mismo, pero marcá nomás los dos; el juez sí o sí va a elegir uno por lo menos"*.

Ignacio se encontraba esperándola con las piernas cruzadas —como María Inés le enseñó que debía sentarse— y su maletín de documentos —que estaba vacío salvo por una toallita para el calor—. Ella se quedó de pie frente a él; él le pasó el maletín y se puso de pie también, comprendiendo perfectamente.

—¿No quisiste aceptar, doctora?

Ella negó con la cabeza.

—No… Ya nos van a llegar los buenos trabajos.

Él asintió y le hizo lugar para que liderara la salida del Ministerio.

—También hay funcionarios honestos —dijo el muchacho, como insistiendo sin llegar a hincar.

—Sí, pero esos ya tienen a sus preferidos. Los corruptos van y vienen y los abogados caen con ellos.

De reojo ella se dio cuenta de que él sonreía *"con algo de orgullo"*, pero no se lo iba a decir a su jefa, claro.

De todas formas, con el orgullo de la honorabilidad no podía pagarle el sueldo de ese mes, y se quedaba sin opciones.

#

Capítulo III – Casa de Otro

María Inés regresó a su casa paterna con un malestar general que la venía carcomiendo miembro a miembro, desde los brazos, ahora débiles, hasta las piernas, que no le fallaban solamente porque su única función era existir de pasajera en su propio auto mientras Ignacio chofereaba.

Luego de que Ignacio estacionó el auto frente a la oficina y entró a esperar en silencio con la misma llave que antes había pertenecido a María Inés —pues se trataba de la antigua casa marital de María Inés y Esteban—, ella pasó a saludar a sus padres para confirmarles aquello que ellos tenían tanto pavor de que ocurriera: no aceptó ninguno de los trabajos que le consiguieron.

—Y, ¿papá? —No tenía el estómago para devorar la milanesa con puré que su mamá le puso delante como si fuera un premio al buen comportamiento.

—Se fue a tu casa a ver la electricidad.

El malestar de María Inés convergió en una arcada que no llegó a demostrar frente a su madre. Si Esteban y su papá llegaban a pelearse de nuevo…

—¿No vas a comer?

—Sí, voy a comer… No me avisó que iría.

Su madre preparaba el plato que le serviría a Ignacio. El joven no comía con ellos; aunque el chico trabajara en la misma casa, aunque durmiera en la misma habitación que alguna vez fue de María Inés. Seguía siendo un funcionario, y el secretario de su hija, así que esos límites no podían cruzarse. Sin embargo, que su madre visitara primero a Ignacio implicaría que ella le haría preguntas incómodas y que María Inés todavía no estaba preparada para contestar.

—Sabés cómo es tu papá. No quería avisarte. Quiso darte una sorpresa…— con la mano hizo un gesto que dio a entender que su papá hablaba demasiado y que no era importante. Era un gesto calculado, adrede—. Ayudarles a ustedes ahí con sus conexiones y algunas instalaciones ahora que vos vas a estar más ocupada—. Esto último lo dijo con una cadencia de acusación: pausada, acentuada, esperando una reacción adversa, o una confesión.

—¿Por qué no me avisaron? —. Ahí reaccionó, pero fue una reacción que su mamá no se esperó, una reacción propia de una

abogada.

—¿Qué tiene de malo? —. Hizo como si no fuera la gran cosa, pero su madre no ignoraba el conflictivo pasado que hizo que se mudaran en primer lugar. Para evitar la memoria propia y recordar a su hija razones de recelo, esquivó magistralmente el tema, llevándole el plato de comida a Ignacio a través de la puerta que conectaba la sala de la casa con la renovada oficina de la abogada.

—Dejá yo le llevo la comida —intervino María Inés.

Su madre chasqueó la lengua.

—Quedate sentada y empezá a comer. Allá seguro no comiste nada.

No había nada que hacer.

Su madre cruzó el portal, le preguntaría a Ignacio qué tal les fue, y él contestaría como si María Inés ya se lo hubiese contado antes. Se le olvidó a María Inés que su madre podía usar a su secretario contra ella.

"¿Qué tiene de malo?". Se quedó con la respuesta en la boca, con una llaga de honestidad que le ardía y que podía sentir con cada bocado de la milanesa, que la raspaba con su corteza, la hería. El puré, sin embargo, nunca conseguía pasar su garganta, atorándose en ella y disolviéndose como una masa pegajosa que la atragantaría. Cuánta rabia, y de haber aceptado ese pequeño trato, estaría cómoda, estaría tranquila, estaría *disfrutando* de su comida favorita.

"¿Qué tiene de malo?". "Que Esteban va a llegar cansado como la mierda y se va a encontrar con todas las quejas y reproches de papá mientras tiene a las nenas encima, y lo peor es que no va a poder decirle nada si no se quiere pelear conmigo. Me va a echar la culpa a mí de que llamé a papá para que nos ayudara porque lo considero un inútil. Va a querer pelearse por no poder hacerlo con su suegro. Eso tiene de malo".

Se encontró a sí misma agarrando con fuerza el tenedor cuando su madre regresó con cara de satisfacción, de haber obtenido la verdad a sus modos, a los modos de la calle, del comentario a modo de chisme que se convierte en la verdad, un truco que escapaba a los abogados más expertos y que solo se hallaba con la experiencia de una vida de rumores entre la socialité. Tal experiencia en manos de un abogado podía convertir a María Inés en un arma profesional, y aunque siempre reprochó aquel modo de vida a su madre, cada vez se encontraba a sí misma cayendo en las mismas mañas. Finalmente, ese modo le había dado una carrera, una casa provisoria; la había ayudado a criar a sus hijos, la puso en una oficina, le dio contactos para empezar, le dio un auto y ahora un terreno en el cual hacerse la rebelde. Quizás sus padres nunca llegaron a ser ricos, pero se habían hecho la vida que se propusieron en pareja, y su madre sabía que podía explotar esa ventaja sobre su hija siempre que siguiera viva, y

con uno que otro movimiento inteligente, inclinarla a seguir el camino que ella mejor conocía. Su madre podía carecer de la inteligencia sutil del ajedrecista (Como lo probó el hecho de que hubiera alienado a su hija y a su esposo al punto de hacer que quisieran mudarse solos), o bien el conocimiento jurídico del abogado formado, pero tenía esas mañas, y como en este caso, a veces eran efectivas.

—Papá está demasiado viejo —le dijo María Inés cuando su madre regresó—. Decile que venga y que le envíe a uno de sus electricistas cuando pueda.

—A eso se dedica —dijo su madre encogiendo los hombros, sentándose a la mesa para comer—. Y, honestamente, prefiero que esté ocupado con lo que le gusta que molestándome acá en casa. Aparte, si puede hacer él, ¿para qué pagarle a uno de sus muchachos? Ellos cobran por trabajo—. Su madre hizo crujir la corteza bien tostada de su milanesa y se metió un bocado grande que masticó con placer, a lo que miró a su hija y habló con una moderada decepción, anticipándose—. ¿No me vas a contar cómo te fue en el Ministerio?

Lógicamente, ya sabía que su hija había vuelto sin trabajo ni prospecto.

—¿Sabés por qué tu papá sigue yendo él mismo a las casas de sus clientes?

María Inés negó con la cabeza, mirándola con desafío infantil, pero su madre no cedería jamás ante un movimiento como ese. Ya tenía la partida ganada, y a su hija comiendo en su propia mesa.

—Porque tiene clientes respetables, y *cada vez que puede* les dice que su hija es abogada y que fue mejor alumna y que tiene su oficina y un secretario.

—No me gusta que haga eso por mí—. María Inés se dio cuenta de lo aniñada que sonó.

—¿Para qué se es lo que es si no se hace lo que se puede? —. Su madre sonrió—. Eso me decía un tío, y siempre me pareció una frase singular. Tu papá la aplica siempre… —entonces, Rebeca señaló a María Inés con su tenedor — y no va a dejar de hacerlo hasta que tu vida en pareja esté asegurada, porque, seamos honestos…

Ya sabía que nuevamente empezaría a hablar de Esteban, pero se resignó a escucharla, por el bien de la paz, y porque en el fondo, quería escucharla, pues de verdad estaba empezando a sentirse a la deriva, cada vez más lejos de la playa, figurativa y literalmente hablando.

—Si Esteban no termina su carrera, que… ¿cuánto le falta?

—Tres años.

—Tres años. Y, ¿hace cuánto que dejó?

—En el 2007.

—Cuando nació Erika.

—Por ahí…

—¿Vos pensás que le van a dejar retomar donde se quedó?

—Sí, si-

—¿No es que esas universidades te esperan máximo dos años? Hasta cinco escuché.

—Es medicina —respondió a la defensiva—, no pueden obligarle a que haga todo desde cero. Aparte, tiene experiencia.

—Es enfermero de siete a diez—. Rebeca sonrió apenas con los labios y la miró bien fijo, a los ojos. *"No me vengas con boludeces"*—. Maneja una ambulancia; apenas si sale a buscar a tus hijas y se encarga de hacerte la comida que vos no te sabés hacer. ¿En qué momento va a hacer eso que decís?

—¿Qué cosa?

—Graduarse—. No lo dijo con malicia, sino con toda la sencillez odiosa que provocaba la lógica más pura e indiscutible; la atacó con el odio de un silogismo perfecto—. Él ya se va a quedar ahí, con el sueldo que tiene más antigüedad, pero no puede faltar a su trabajo. Tiene que agradecer que tu papá les esté ayudando hasta que encuentres trabajo.

—Claro que agradece. No sé de dónde sacás que no agradece.

—Yo sé lo que dice. Claro que le ha de molestar que nos metamos así en la vida de ustedes, pero de lo que vos no te estás dando cuenta, es de que querés vivir algo más que esta vida que tengo. ¿Vos no te pensás que no me encantaría estar con tu papá comiendo pizza en Italia o cagándome de frío en los Alpes Suizos? Pero, no, nos estamos rompiendo el lomo para que comas —y, le señaló su milanesa con puré, casi intactos—, para que tengas techo— encogió nuevamente los hombros—, y oportunidades. ¿Cuánto más creés que puedas desperdiciarlas?

—No desperdicié nada—. No pudo decir más. Maria Inés ya se encontraba al borde de las lágrimas. Si seguía intentando, lloraría sin dudas.

—¿No me decís que rechazaste el trabajo?

—No hice quedar mal a papá.

—Pero, ¿vos sabés lo que es que la Jueza misma la llamó a esa mujer del Ministerio para que te reciba? ¿Cómo le va a explicar después que fuiste a hacerte de la guardiana de lo justo e hiciste perder el tiempo a todos?

—No pude aceptar esa mierda.

—Elegiste mal tu profesión entonces… tuve que haber sido yo la abogada. ¿Sabés dónde estaría en este momento?

María Inés ya soltaba lágrimas mientras miraba con el más sincero desprecio a su madre, pero Rebeca no iba a rendirse ahora que tenía a su hija a merced de la verdad más dolorosa.

—Esta es la profesión de los amigos, en el país de los amigos, y acá la justicia se hace entre amigos. Si vos *no querés* amigos, remás contra la corriente, y tarde o temprano te vas a cansar—. Habiendo dicho esto, su madre tuvo compasión por la niña que tenía delante, y estiró su mano para acariciar la de su nena, momento en que María Inés se soltó efectivamente en un llanto desconsolado, pero contenido. Allí Rebeca se puso de pie, caminó hasta su hija y la abrazó con la fuerza del mundo—. Lo que menos quiero es ver que te rindas.

—No quiero que papá deje de ayudarme.

—Y, ¿qué hay de mi ayuda? —Su madre sonrió para sí, y le dio a su comentario un tono de broma, aunque si hizo la pregunta, era porque le preocupaba.

Su hija, aun en sus brazos, negó con la cabeza. *"Vos tampoco dejes de ayudarme"*.

—Ya va a llegar, ya va a llegar —le susurró, meciéndola de pie —, pero tenés que escucharnos, que las oportunidades se dan solo una, y en algunos casos, dos veces, porque no es que somos *millonarios* como para tener tres o cuatro oportunidades en la vida.

María Inés soltó una risita.

Luego de eso, ambas volvieron a almorzar como si nada, pero en absoluto silencio.

Del otro lado de la puerta que daba a la oficina, Ignacio apartaba el oído de la pared y se sentaba detrás del escritorio adjunto a meditar su futuro trabajando para María Inés.

#

Capítulo IV – Ronquidos

Los ronquidos de Esteban se prolongaron con decidida fuerza desde las doce hasta las dos de la mañana, momento en el que María Inés perdió la paciencia, se volvió hacia su esposo y comprobó que él se había dado vuelta en sueños; ahora dormía boca arriba y casi con la lengua para afuera. Durante las primeras dos horas no pensaba despertarlo porque sabía que era el cansancio de un día interminable el que lo había rendido hasta tal punto, pero si lo dejaba estar, el día siguiente sería igual, y el siguiente peor; entonces, algo había que hacerse.

No pudieron hablar sobre la presencia de su papá en la casa durante todo el día, ni del hecho de que este quiso hacerse cargo de todo dentro de su mejor intención, inclusive de la comida de las nenas, negando al verdadero padre el derecho de sentirse orgulloso por ser capaz de alimentarlas a la vez que trabaja y a la vez que se puede dar el lujo de admitir a su esposa que está cansado de todo. Frente a su suegro, Esteban ni siquiera podía bostezar sin sentirse inútil en comparación a los logros que "a su edad", Vicente ya podía cuantificar.

Al menos, María Inés había aprovechado la presencia de las nenas para admitir en campo de juego propio que no había aceptado aquel trabajo que la hacía sentirse tan denigrada. Su padre no pudo sino mostrarle decepción en el tono de voz y en las ocasionales miradas que le dedicaba, puesto que Esteban la apoyó, como de costumbre: *"Sí o sí te van a llamar dentro de poco de algo que merezca el sacrificio"*. Y, frente a las niñas, el abuelo jamás propondría a María Inés meterse en chanchullos que ambas perfectamente eran capaces de entender. Entonces, le negó al abuelo un posible berrinche o recriminación, aunque Vicente, como padre conoce al hijo, soltó una bomba que dolió antes de retirarse:

—Te tengo una noticia —dijo—. No le quería decir a Esteban todavía hasta que llegaras vos—. Se tomó el tiempo para limpiarse la barba encanecida de los restos de la sopa de fideos que preparó él mismo.

—¿Por qué?

—Porque era una sorpresa y hoy era ocasión de festejo.

"Era".

—¿Mamá sabe?

—Claro. A tu mamá le conté primero.

Familia de manipuladores profesionales. María Inés quedó como la más estúpida.

—Bueno, ¿vas a contar?

—Vos sabés que el fin de semana me fui a hacer la instalación en unos dúplex que el gobernador Ortiz está haciendo en Areguá. Bueno, le dije que tenía esta hija, que egresada con honores y un montón de cosas más y, ¿sabés qué me preguntó?

—No…

—Me preguntó si eras Abogada de Pasillo. Por suerte me acordé del término y le dije que no te ibas prácticamente al Palacio, que ahora llevás negociaciones, consultorías, y que cuando trabajabas en el estudio de Erickson analizabas casos y tratabas con clientes… que los pasilleros eran otros.

—¿Por qué le dijiste eso? Apenas tengo dos o tres referencias si es que-

—No importa, no importa. *Siempre* hay que exagerar un poco tu currículum. Igualmente, yo que vos, les voy a pedir referencia a esos hijos de puta de Erickson.

—No me van a dar.

—Estás en tu derecho.

Esteban levantó ligeramente una mirada de advertencia para cruzarla con la de su esposa, pero ni estando irracionalmente ebrio se habría metido en esa discusión entre padre e hija, así que estaba tragándoselo todo con la amargura que implicaba volver a tratar el tema.

—No estamos para meternos con ellos.

—Lo que vos digas, mi hija, pero-

—¿Podés seguir con lo que estabas contando?

Vicente carraspeó, ofendido, pero decidió continuar.

—Bueno, yo no entendí por qué me preguntó eso.

—No tengo problemas en ir a ser pasillera.

—No es para eso. Me dijo que su abogado se suele ir a menudo y le hace los trámites.

—Entonces ya tiene abogado. Si ya sabías eso va a pensar que estoy desesperada.

—¿No estás?

María Inés encogió los hombros. Las niñas miraron a su madre, y entonces el abuelo se dio cuenta de que había ido un paso muy lejos.

—Cuando llegué a la casa, su abogado ya se estaba yendo a acelerar los títulos de propiedad en el Registro Público.

—Esa clase de pasillera, no. Ese tipo es un sucio.

—¡A la pu-! —Levantó ambos brazos en el aire—. ¿Me vas a

dejar terminar o no?

Toda la mesa se acongojó.

—Amor, dejale que termine —intervino Esteban con una *expertisse* devenida de lo empírico.

—Dale, seguí—. No había manera de detener la conversación sin que ocurriera una pelea fuerte.

Vicente se quedó en silencio, haciéndose desear, y entonces continuó:

—Me preguntó además si sos amiga de alguno de los Ministros de la Corte…

—¿Qué le dijiste?

—Esa pregunta sí me agarró por sorpresa, porque pensé que quería que le facilitase algún documento, algún expediente, pero no entendí por qué no podía pedirle a su abogado. Él, gobernador, su papá exdiputado stronista y hacendado, ¿cómo no va a tener amigos en la Corte?

—Bueno y, ¿qué le dijiste?

—Le dije que no, que no eran amigos tuyos.

—Bueno… —. Esto sí le produjo un leve alivio. Suspiró.

—Ahí quedó el tema. Me agradeció nomás. Hice mi trabajo de maravilla, como siempre, y me fui. Lo que sí, hoy me llamó y me pidió tu número. Le di, y te va a llamar mañana de mañana.

—Papá-

—Escuchá lo que tenga para decirte. No sabés qué va a ser. Puede ser una asesoría nomás, algo que te dé plata este mes. ¿No tienen que pagar la hipoteca? —Miró de reojo a Esteban, que inclinó apenas la cabeza, dándole la razón, pero sin mirarlo—. Lo importante es cómo te pueda recomendar. Andá junto a él, ve qué tal. Haceme ese favor, porque o si no el que queda mal soy yo. Al menos con trabajos como este yo les puedo ayudar a ustedes.

Aquello tenía sentido y, como le dijo su madre, dos oportunidades ya eran mucho. Miró a Esteban a los ojos; él no aguantó mucho la mirada. La que no tenía trabajo era ella.

—Hacele caso, amor —acotó su marido—. Puede ser bueno. Igualmente, tené cuidado. Llevale a Ignacio si te da tranquilidad.

—Exacto —agregó Vicente—; tené todo el cuidado del mundo, pero, ¿qué podés perder? Atendé la llamada y háganse ver.

—Voy a pensar.

—Gracias.

De ese modo logró atenuar el conflicto, y era cierto que el tiempo no era un lujo del que su familia podía disfrutar en este momento.

Cuando Vicente se fue, se llevó consigo una nube de tensión que dejó a la familia visiblemente agotada, tanto que, en vez de

comentar lo sucedido, hasta prefirieron rodear la pregunta de *"¿qué tal les fue hoy?"* y dar por terminada la noche yendo cada uno a acostarse.

Ya en la cama, Esteban fue el primero en quedarse dormido, dejando a María Inés con la libertad de meditar sobre su futuro, detalle que agradeció para sus adentros, pero cuando Esteban cayó boca arriba y empezó con su constipada respiración a tronar el interior de la ya pequeña sala, su mente no hizo más que interrumpirse a sí misma y dedicarse a escuchar con toda su atención cada ronquido, seguido por el siguiente.

Finalmente, decidió empujarlo por el hombro hasta colocarlo nuevamente de costado y que siguiera respirando como un ser humano normal, pero siendo Esteban corpulento y fornido, el esfuerzo aplicado por María Inés acabó por despertarlo.

—¿Qué pasa? —le preguntó pudiendo apenas abrir los ojos. Ese pequeño intento de consciencia ya le iba a costar una mañana efectiva en Emergencias. Así que, habiéndolo despertado, debía tener un motivo justo.

—Voy a ir ver lo que quiere ese hombre.

—Y… ¿si es alguna mierda? —. Esteban empezaba a ganar plenitud en su razonar.

—Vos escuchaste a papá. El tipo está metido con demasiada gente; está donde está; nadie puede tocarlo. Enseguida se hace intendente. ¿Qué es lo que me puede pedir que sea muy jodido? No le va a dar el robo del siglo a una abogada nueva y sin nombre.

Esteban ya la miraba con extrañeza, pero asentía.

—No quiero que nos vayamos a la mierda por esto. Yo puedo hasta perder mi cargo si es que se te relaciona.

—Te prometo que voy a escucharlo y vamos a decidir juntos.

—Bueno.

María Inés le dio un beso en la frente.

—Vamos a dormir.

Luego del beso, Esteban ya se había puesto de costado, aunque su respiración igualmente sonaba como ronquidos a los oídos de María Inés.

#

Capítulo V – Maquillaje

Se levantó cuatro horas antes de la posible reunión porque se resignó a que no dormiría en absoluto mientras siguiera acostada en esa cama. Así fue que salió al patio, de tierra roja algo lodosa, sin importarle que sus ojotas estuvieran metiéndose en el barro, y buscando las estrellas por encima de la copa del ficus que techaba naturalmente su casa, trató de imaginarse cuántas maneras existían de transmitir sobriedad con la ropa y el maquillaje de los que disponía.

Entró decidida a planchar su saquito negro y unos pantalones de igual color que se le ceñían a las piernas, temiendo que por la mañana hiciera un calor agobiante, pero prefiriendo la elegancia que pudiera darle el conjunto. Planchó hasta el límite de toda costura una camisa blanca que no le quedaba tan bien, obviando la rosada que usó el día anterior porque la había sudado de más. Para darse mayor impacto, eligió un perfume notable con olor a almizcle y jazmines, pero sin que pudiera llegar a agitar el olfato de quien estuviera delante. Se miró en el espejo y se asustó con sus propios ojos de *"parezco una vaca"*. Se lavó la cara con agua fría y se colocó sobre los párpados el dorso de una cuchara que había metido previamente en el congelador. Preparó el desayuno de Esteban y de las niñas a las seis de la mañana, y consiguió que todos se despertaran con el aroma del café que acababa de filtrar y de los mixtos con huevos revueltos y embadurnados con una paletada ligera de manteca, aunque ella de eso nada pudo tragar.

La embriagaba un entusiasmo como hacía meses no experimentaba. De hecho, no recordaba la última vez que había depositado tantas esperanzas en algo. Sí; sabía que el tipo era gobernador, y por lo tanto podía llegar a pedirle cualquier cosa, pero estaría acompañada por un testigo que amedrentaría al tipo de proponerle algo que lo comprometiera… Claro; eso fue lo que la devolvió a tierra. De repente, se preguntó si acaso no sería mejor ir sola. ¿Por qué querría un hombre como ese trabajar con un abogado nuevo? Justamente, porque no quería que los relacionaran de antemano. Pese a que ya acarreaba el cansancio en los ojos y en el cuerpo, la adrenalina que alimentaba su mente le había dado la capacidad de ver el asunto con mayor claridad que la noche anterior.

Se despidió de Esteban, que ya se llevaba a las niñas al colegio,

y se sorprendió cuando los tres la bendijeron con un pequeño rezo cristiano y un abrazo fuerte, deseándoles a ella y a Ignacio lo mejor. Aquello la cargó de energías, pero también de dudas.

Para terminar el proceso y meditar mejor el tema, María Inés sacó del ropero el cajón con llave en el que mantenía todos sus maquillajes hasta que tuviera su rincón propio destinado al *toilette* (pues valían más que el auto que manejaba y tampoco quería que las niñas jugaran con ellos). Del interior seleccionó el conjunto que ya había planificado dos horas antes: una base diurna para tostar la piel medio pálida y esconder las ojeras que se ganó durante las últimas semanas; una sombra ligera de día, casi imperceptible -pero que hacía toda la diferencia a la hora de atraer a sus ojos la mirada de cualquiera-; delineador fino para que cada ojeada que diera dijera a la perfección: *"Sé de lo que hablo y no tengo dudas"*, y finalmente un labial *nude* inclinado al rosado, que no podía ofender a nadie, que tampoco podía decirse coqueto, pero que sí decía: *"No descuido el mínimo detalle"*.

Antes de empezar, viendo que ya eran las siete y media, escribió un mensaje al Gobernador, preguntándole… no, *afirmándole* que podía verlo esa misma mañana en el lugar que él eligiera, a lo que él le respondió: *"Buenísimo, doctora. La veo en mi casa a las nueve si le queda bien. Esta es mi dirección"*. La naturalidad con la que él le respondió la tranquilizó un poco; quizás estaba exagerando la posibilidad de que fuera un chanchullo, pero igualmente debía tomar una decisión antes de ir.

Con armas en mano, se emperejiló con espacio del tiempo que le quedaba.

En el auto, María Inés llamó a Ignacio.

—¡Jefa! Buen día. Decime.

—Sí… Buen día, Ignacio. Quería avisarte que tengo reunión con un cliente; voy a llegar tarde a la oficina. Abrí nomás vos y esperame; capaz que llegue después del mediodía.

—Bueno, doctora. ¿No esperamos a nadie de mañana?

Su propia respuesta le dolió.

—No, quedate tranquilo. No esperamos a nadie.

—Ah, dale. Mucha suerte, doctora.

Le agradeció, encendió el auto, y se dio cuenta de que faltaba hora y diez para la reunión. Puso al máximo el aire acondicionado, activó una alarma en el celular, y se dejó dormir por treinta minutos, suficientes para darle un respiro, insuficientes para arruinarle el maquillaje.

#

Capítulo VI – El Castillo

Resguardado en la garita cristalizada de una muralla propia de una fortaleza esperando ser cañoneada, el guardia de seguridad revisó la cédula de María Inés, levantó el teléfono y marcó un único número. De inmediato, a través de los orificios de escucha mutua en el vidrio, María Inés identificó la voz del Gobernador se le anudó el estómago.

El guardia la autorizó después de un par de asentimientos, y presionando un botón levantó el portón automático delante del auto de la abogada, tal como si se hubiese tratado de un pontón medieval sitiado y ella tuviera el honor de ver al rey en persona.

Nunca se había permitido sentirse genuinamente inferior a otro ser humano; sus padres hicieron bien en hacerle creer que nadie era mejor que ella en ningún aspecto de la vida, pero no podía sino verse humillada ante tal despliegue de ostentosidad, pues una cosa era lo que le decían que creyera, y otra aquello que podía ver por sí misma. Era especialmente atemorizante considerar que la propiedad, que ocupaba media manzana en mitad de una ciudad cada vez más apretada por edificios, pertenecía casi en su totalidad a una época muy anterior, conservando una casona colonial intacta y de pintura brillante en el centro del terreno, cercada por palmeras y árboles con decenas de años encima, una entrada para vehículos que se extendía por una pradera de hasta treinta metros de largo y otros cincuenta de ancho, de césped cortado al ras y salpicada por arbustos circulares cuidadosamente podados.

Con el auto pasó de largo una cancha de tenis vacía, y pudo atisbar a un encargado de piscinas saliendo de uno de los pasillos de la casa y dirigiéndose hasta el fondo con sus herramientas. Unos cuatro vehículos de alta gama dormían a la sombra de un sauce centenario al costado de la casa.

Estacionó donde le indicó el guardia, que era un espacio con un cartelito que decía: “Invitados”, dándole a cada huésped la obligación de recorrer al menos diez metros de senda pavimentada a pie para contemplar el tamaño del reino que se erigía frente a este. Se trataba de una decisión consciente, y aquello le dio un claro mensaje sobre el hombre con el que estaba a punto de negociar. Respiró hondo, y se aseguró que ya hubo tomado una buena decisión al dejar a Ignacio en casa, como si el joven aspirante a abogado pudiera efectivamente

hacer diferencia contra el peso de una familia con más años en la política que los que tenía de vida el padre de María Inés.

Cuando puso un pie en el pórtico de la casona, y quedó atrapada en el marco que formaban las columnas lisas de la galería, se imaginó a sí misma en una vida diferente. Más bien, cuando empezaba como alumna de derecho y aún no había tenido a las nenas. Se vio de pie frente a las puertas de madera labradas y restauradas, y a una empleada propia abriéndoselas del otro lado, dándole la bienvenida a su propia casa. Rompió su ensoñación la ama de llaves, curiosamente vestida con uniforme de mucama de hotel, cosa que hasta el momento pocas veces había visto en empleados domésticos.

Antes de entrar, se fijó una vez más en el mundo exterior, y se presagió engullida por una fuerza superior a ella, pues la muralla, de arquitectura moderna, escondía la casa de miradas maledicentes que pudieran provenir de la calle, más nada podía hacer contra los edificios que pretendían elevarse decenas de pisos para poder ver lo que ocurría en el corazón de la única propiedad que se había mantenido intacta por generaciones enteras.

El gobernador Ortiz era un hombre panzón, más nada descuidado en otros aspectos visibles. Ya esperándola en el desayunador de la casona -repletas las paredes de obras de arte paraguayas-, tomaba un café en taza de *espresso* y leía el diario sentado contra un mostrador que daba al jardín interior, con un aljibe antiguo impecable y colmado de plantas verdes y pájaros.

Lo primero de lo que María Inés se percató al entrar, fue que el aroma más intenso del lugar no era el propio del café recién hecho, ni de las tostadas, ni inclusive de la chipa recién horneada que la cocinera estaba trayendo desde el *tatakuá* del fondo, sino que provenía del perfume -pero *perfume, perfume*- que el Gobernador se había puesto.

Alcides Ortiz estaba vestido con una camisa blanca y lisa 100% de algodón, tan recios el cuello y las mangas, que María Inés concluyó que la empleada le planchaba la ropa usando apresto, cosa que ella no podía darse el lujo de hacer en su propia casa. Los pantalones del hombre eran negros e impolutos, entallados al cuerpo y de corte clásico, así que nada de tela le sobraba, y aunque en figura el hombre no tenía una forma concreta, la ropa impedía que pareciera que llevara encima una bolsa. Tenía puestos mocasines de cuero puro, marrón tabaco y lustrados al límite, y hasta pudo escuchar el tintineo de los eslabones metálicos del Rolex que le colgaba de la pulsera al momento de saludarla con la mano.

Con un afeitado sin sombra en las patillas ni en la papada, y ya peinado con gel hacia un lado, en conjunto el Gobernador apestaba a

una formalidad que alertó todas las campanas de María Inés, pues quedó claro que estaba tratando con un político de cepa, con una fachada meditada con completa consciencia -tal como la suya propia, claro-, pero más orgullosa de lo que su poder, su herencia y sus hazañas (Sean cuales fueren) le habían conseguido. Inclusive, pensó que con todo ese dinero podía aspirar a ser diputado, senador, o inclusive presidente.

Irónicamente, cuando el hombre la invitó a sentarse con la sonrisa más sincera y pacífica que alguna vez había visto en personas de esa clase, quedó aún más desorientada.

—¿Con leche el café, doctora? —empezó él, a la vez que la empleada le traía a María Inés una rosca caliente de chipa y un cuenco con fruta cortada en cubos y un tenedor de acero inoxidable más pesado que los suyos—. Espero que no hayas desayunado.

María Inés se moría de hambre, y hasta le dolieron las mejillas mientras se hacía agua a la boca, pero, ¿cómo iba a empezar su reunión comiendo como bestia?

—Tomé un café en casa, pero le acepto sin leche—. Cada palabra, cada acción, un mensaje al Gobernador. Desde que se presentó ante el guardia privado ella se había metido en una pelea implícita por mantenerse a la altura de lo que este hombre esperaba de ella, pues María Inés ya se había dado cuenta de que él la ojeó de pies a cabeza apenas pisó la puerta del comedor, guardándose completamente el juicio, por supuesto, porque un hombre que aspiraba alto no cometía errores banales.

Inclusive, él se refería a ella como “doctora”, que era la manera con la que *el-que-no-conoce* se refería a los abogados, aún si no tenían doctorado universitario. El término no correspondía legal ni profesionalmente, y hasta era ofensivo para médicos y doctores de verdad, pero María Inés nunca corregía al que se dirigía a ella de esa forma, pues siempre se propuso verse a sí misma como una doctora de los problemas civiles. Ahora, en cierto modo, había venido a ver a un paciente, y que él la tratara así, significaba que estaba depositándole su confianza. Podía decirle “abogada” simplemente, o tutearla, y eso hubiese significado que primero tendría que ganársela.

Ahora, la pregunta era: ¿Cómo se había ganado su confianza con tanta facilidad?

—Tu papá me habló maravillas de cómo trabajás.

—¿Sí? Papá exagera a veces.

El Gobernador soltó una carcajada.

—No. Tu papá es trabajador y no macana. Eso ya no hay más, doctora. Trabajador honesto, encima.

—Honestamente…

—Sí, sí. Ya te digo. Nuestros papás hacen y dicen por nosotros

mucho más de lo que queremos escuchar. A veces, cuando tenía doce o trece, me daba vergüenza cuando papá me llevaba a las reuniones y me presentaba a todos sus amigos. Yo ni siquiera quería ir, ¿sabés, doctora? —. Alcides Ortiz se veía genuinamente interesado—. Inclusive, me llegó a presentar a Stroessner en persona; ya después de presidente, en Brasil.

—Qué increíble.

Alcides Ortiz sonrió.

—Tu papá es de esa época. Por eso hablamos tanto. Antes se vivía seguro, no tenías miedo de salir a la calle, tu hija podía volver tranquila de noche y vos sabías que no iba a pasarle nada.

—Es cierto, tengo dos hijas y… apenas me animo a dejarlas ir solas al colegio.

Aquella conversación estaba incomodando a María Inés, así que trató de desviar un poco el tema antes de tener que vender asimismo sus principios para caerle bien al hombre.

—Entonces, veo que esas reuniones funcionaron.

—¡Mirame nomás! —dijo con una sonrisa—. Papá tuvo todo bien claro, *siempre*. Ahora estoy acá—. Con las manos le señaló la totalidad de la casa, abarcando el mundo entero, como si no hubiera otro rey en este.

—Es una casa hermosa—. Ella le dedicó una sonrisa leve, de labios, apenas.

—Fue de uno de los hijos del Mariscal López.

—¿En serio?

—A papá le encantaba todo eso de la historia. Por eso la compró y la restauró él mismo ya cuando se jubiló como diputado. Te cuento algo más, doctora: gracias a él, este lugar se declaró de Patrimonio Nacional… —hizo una mueca de desagrado— Vos sabés que, qué suerte que existe gente como él, porque alguien más hubiese vendido y acá habría un edificio, como esos adefesios que tenemos acá al lado. No se puede mi hija ni bañar en la piscina tranquila. Todo un drama.

María Inés encogió los hombros.

—Podría usted haberle hablado al intendente; pedirle que pasara un proyecto de edicto para que esta zona no permitiera edificios altos.

El Gobernador… Alcides Ortiz rio con una carcajada fuerte y clara. Luego, le sonrió abiertamente, como si María Inés le hubiese pegado en el clavo de lo que él estaba buscando.

—Vos sabés que, *justamente*, en una posición como la mía, no hay que tomar esa clase de decisiones; o sea, quemarse por cosas chicas. Papá sí tuvo esos errores; por eso nunca pasó de diputado y le jubilaron a los cincuenta, cuando todavía podía hacer mil cosas más.

Yo tengo treinta y tres y quise empezar como gobernador porque pienso hacer las cosas *bien,* paso a paso. La discreción… no podemos burlarnos así de la gente, abusar del poder. Más ahora, que tenemos a los herederos de la dictadura volviendo al poder. Hay que ser cuidadosos y no patear nuestra olla, que segundas oportunidades en política…

—Solamente en Paraguay.

—Sí; no—. Se interrumpió para aclararse—. Claro, pero eso no significa que podamos andar a nuestras anchas y no ser prudentes.

—Qué bueno que tengamos gobernadores que piensen así —añadió a la vez que sonreía pícara.

Él la señaló un par de veces.

—Y eso que podía haber sido intendente, pero ahí en la Muni mis colegas lo que son unos *payaaaaasos*. De última, algunos. Pasa que muchos llegan nomás sin trasfondo, sin historia… sin educación, bah, ¿por qué no somos honestos? Sin dinero, sin respaldo, y deben favores políticos-

—A medio mundo.

—¡Sí! Acá se encuentran con que pueden hacer lo que quieren y… ¡hacen! Que total, les sale bien y es su misma gente la que está en el poder.

—Pero eso es *ahora*.

—Exacto. *Después* —contestó él, agarrándose del ritmo— la prensa pega el grito, después la gente, y *después* las urnas, y para entonces vos ya sos cadáver político en, ¿cuánto? Cuatro años. Chau carrera; lo único que hiciste fue pagar favores… —. En efecto, de Alcides Ortiz poco se hablaba en la prensa aparte de algunos artículos con ataques de la oposición, pero eso siempre se esperaba, lo cual significaba que su poder real se escondía en otras esferas—. Nadie que deba favores va a progresar alguna vez en su vida.

Ese fue el comentario que el Gobernador estaba esperando hacer, y el que María Inés esperaba desde que había llegado, el comentario que le daba la llave para acceder a ese trabajo. El Gobernador se refería a María Inés, y era una pregunta camuflada, lógicamente.

—Por suerte yo me volqué a ser independiente.

—Tu papá me contó que antes trabajabas en un estudio.

—Erickson.

—Buenos abogados. Oscar Erickson fue constitucionalista en el 92'—. Es decir, rival indirecto de su papá—. ¿Por qué saliste?

Ya estaba jugando su juego, así que con él debía ser honesta.

—Me despidieron cuando me embaracé. Yo era chica, no tenía estabilidad y-

—¿No pensaste demandarles?

—Era Oscar Erickson —dijo, encogiendo los hombros.

—Sí, es cierto, pero, ¿sabés una cosa? Más adelante yo te quiero presentar a mi abogado de cabecera… él es un *monstruo* penalista, y él conoce a los mejores. Yo te aseguro que, hablamos con un abogado laboralista, y les caemos con todo a esos hijos de puta.

No quería aceptar de lleno, pero debía darle una respuesta positiva.

—Suena bien.

Entusiasmado, Alcides Ortiz palmeó la mesa. Había conseguido que María Inés le debiera su primer favor, y sin darse cuenta*, además.*

"Laputaqueloparió". Ya no estaba cómoda y, sin quererlo, María Inés echó un vistazo al Rolex de plata del Gobernador, preguntándose cuánto tiempo había pasado, cuánto le faltaba para que fuera razonablemente tarde como para darse por derrotada y seguir buscando, pues el hombre no estaba soltando nada.

En el interior del Rolex vio detalles en oro y cristales. Su propio reloj, de pulsera de cuero sintético y bisel de acero inoxidable, carecía de detalles, tantos que, para un hombre como él, la escasez le habría resultado ofensiva, así que, con un movimiento de muñeca, ella lo escondió de su vista.

El gesto no se le pasó desapercibido al hombre, que también miró su reloj en un acto reflejo.

—Bueno, no te quiero quitar más tiempo, doctora-

—No, no, por favor. Tengo todo el tiempo que necesite.

—No, porque yo también tengo que ir a la oficina en un rato y *estoooy* acá hablando de boludeces—. Este era el momento: *"Gusto en conocerte, doctora. Te aviso entonces cómo va a ser"*, y nunca más la llamaría, o —Te llamé por algo concreto, doctora. No sé cuánto te dijo tu papá…

—Me dijo que buscaba a alguien que no fuera de pasillo, esencialmente.

—Ya veo.

—Y, que fuera brillante en su trabajo.

El Gobernador sonrió.

—Sí… —carraspeó—. Dejame que te explico por qué le dije eso.

#

Capítulo VII – Sin Vos, No

Abrumada por toda la información que acababa de escuchar, necesitaba hablar con alguien objetivo sobre el asunto. Alcides Ortiz no la había obligado a tomar la decisión de trabajar con él en ese mismo instante, pues se había dado cuenta de la responsabilidad que le estaba poniendo encima a una profesional como María Inés, o más bien, entendía perfectamente la clase de trabajo que le estaba proponiendo.

Como Esteban estaba trabajando y las niñas pasaban el día entero en un colegio de doble escolaridad, regresó a su oficina e ingresó directamente a través del hall sin siquiera asomarse a la casa de sus padres. Sabía que ellos le dirían lo obvio: *"Aceptá. ¿Qué opción tenés?"*. Esteban, por su parte, le habría dicho algo como: *"No podés aceptar. Esto empieza así. Vos sabés lo que le pasa a esta clase de gente después. Que el karma devuelve, que consecuencias…"*, y ella le respondería, y de hecho le respondió, estúpidamente, *"pero, ¿de qué consecuencias me estás hablando? Su papá era uno de los funcionarios más corruptos de su época y lo despidieron con honores. ¿Vos ves que el hijo esté sufriendo los pecados del padre?"*, cosa que ya lo predispuso negativamente.

Entrada la noche, con los nervios de Esteban gastados por atender cuanto motociclista decidió accidentarse ese día, María Inés no pudo encontrar mejor momento para contarle cómo le había ido. Honestamente, ya tenía tomada su decisión, pero necesitaba escucharlo igualmente, porque confiaba en él, confiaba en su criterio, y confiaba en la promesa de que, a su lado, nunca tendría que acabar como los abogados a los que ella tanto detestaba. Quería escucharlo renovar esa promesa, y ella le habría dicho entonces: *"Acepto. Luchemos juntos. Pan y cebolla, en la muerte y en la enfermedad, bla bla bla"*. Habría llamado al día siguiente al Gobernador, que ya esperaba una respuesta, para decirle: *"Le agradezco infinitamente la oportunidad. Realmente es algo que nunca esperé, pero me siento honestamente incapaz de realizar este trabajo por la clase de compromiso que conlleva, y no quisiera fallarle de ninguna manera"*, a lo que Alcides Ortiz le hubiese contestado dos cosas: *"No se preocupe, que esto es demasiado fácil. Yo lo que necesito es a alguien que haga de mis ojos en la tasación y medición mientras la gente del MOPC y la SENAVITAT llegan a un acuerdo"*. Allí

no habría tenido más remedio que aceptar, porque ya estaría en una posición en la que el otro la percibiría como haciéndose rogar, y todos detestan a los profesionales así. La otra opción habría sido que le respondiera: *"No se preocupe, abogada. Entiendo perfectamente. Mándele un abrazo a su papá"*, y ni ella ni su papá habrían tenido más trabajo con la gente de la Junta Departamental, o con la gente en general, en esa ciudad, de ese departamento… durante el resto de sus vidas.

María Inés se había reunido con uno de los Príncipes del Infierno, y este le había permitido sentarse en un trono sobre el que invisible colgaba la Espada de Damocles; él disfrutando de verla saborear el néctar de la prosperidad bajo la hoja afilada de la ruina en vida, porque de esa manera él se alimentaba.

Como no podían discutir en el interior de la casa y con las niñas a un lado, tuvieron que ponerse repelente para mosquitos y salir al patio para sentarse entre el césped y la tierra roja en sillas de cable que guardaban para su futuro quincho, pero que *ahora* le encendían los nervios mientras le apretaban la piel.

Le dolió -y le dolió profundamente- que Esteban no le renovara la promesa de que él haría lo posible por reemprender sus estudios, enviar su currículum a otros sanatorios privados, *"tratar de avanzar";* la lucha juntos, incansable, etc., etc. En cambio, lo que sí hizo fue llenarla de todos esos sermones que María Inés ya había previsto. Pero ella siempre en actitud de escucha, y él citándole las razones por las que aceptar ese trabajo sería la peor decisión de su vida. Para él era fácil decirlo: amaba su profesión (Aunque estaba cómodo con lo que tenía), tenía trabajo (Aunque no alcanzaba… quizás, sí, era la culpa de ella en el fondo, pero ya él había aceptado jugar el mismo juego mucho tiempo atrás), y además un trabajo honesto que, si bien exigía mucho de él, le daba una realización clara, traducida en vidas salvadas, agradecimientos honestos. Él luchaba contra el pánico de la gente; buscaba su tranquilidad. Ella buscaba lo mismo, pero no podía encontrar gente necesitada en las aguas por las que se movía. ¿No entendía Esteban que por algún lugar ella debía empezar? Que no era un buitre para ir a alimentar a otros carroñeros que se despedazan a sus víctimas. *"Puedo estar por encima de eso, ¿sabés? Nadie dice que me tengo que casar con esta gente, pero este trabajo ya me salió. Mi sueldo es una parte de la venta final, y es un mes. De hecho que ya me va a pagar de entrada, y al final. Un mes nomás. Nadie te pone un arma en la cabeza para obligarte a hacer lo mismo después, o cosas peores".*

—Así se empieza. Así funcionan las mafias.

—Es un tipo común que quiere que el Estado le expropie *su* propio terreno y venderlo a un precio conveniente. ¿Qué me debe importar a mí cómo lo obtuvo su papá, cómo-

—Importa…

¿Cómo explicarle que esta era su segunda oportunidad, su última oportunidad? Él le habría respondido que habría muchas más, pero María Inés rozaba los treinta y cinco y no tenía experiencia real más que salvando primos alcoholizados o divorciando amigos. *¡Dios mío!*

—…porque la gente que pelea contra esos vestigios es cada vez más fuerte, y *de alguna* manera se te va a relacionar y vas a cagar a nuestra familia.

—A un médico no se le critica por salvar a un asesino. ¿Por qué a un abogado sí?

Esteban se quedó callado. Rio, pero con una carcajada de burla, y luego habló enojado:

—No funciona así. *Sabés bien* que no funciona así—. Se levantó de su silla—. No podés decir eso—. Y, la miraba como si recién en ese momento se hubiese dado cuenta de que el alma de su esposa ya estaba entregada.

Esa misma mirada a María Inés le produjo un ataque de decisión.

—Voy a aceptar el trabajo.

—Entonces no me pidas ayuda en *absolutamente* nada.

Ella ya empezó a lagrimear de la impotencia.

—¡Vos sos mi esposo!

Él también lagrimeaba, pero como si la hubiese perdido.

—¿No entendés lo que puede significar?

Y a ella le hubiese encantado que Esteban viera la casona antigua, de uno de los hijos del Mariscal, que viera la garita del guardia, dos metros por dos metros más lujosos y cómodos que toda la casa en la que ellos vivían… que probara el café, la fruta, el cocido y la chipa hecha en el *tatakuá* de más de ciento cincuenta años. Ahí su visión habría sido tan distinta. Su propio concepto de justicia terrenal se habría desmoronado.

—Si las cosas se ponen feas… —le dijo ella, para calmarlo y para calmarse también, porque en verdad estaba sintiendo que su alma corría peligro.

—¡No quiero saber! No quiero saber *nada*—. Él empezó a gritar —. ¿Entendés lo que te quiero decir?

—Te prometo que dejo. *Me abro*, y, y, no sé *qué puta* voy a hacer. Me voy a dedicar a cuidar a las nenas, que este terreno de *mierda* se lo quede el banco, alquilar algún lugarcito con tu sueldo, irnos a la mierda.

Esteban se quedó mirándola con los ojos llorosos. Ella miraba su casa; se había ensuciado los tacones (que no se quitaba desde que llegó) con la tierra roja, y parte de esta estropeaba su pantalón negro prolijamente planchado. Se compadeció por ella, por sí mismo, por el

lío en que se habían metido, y le dijo:

—Hacé lo que creas conveniente—. Suspiró—. ¿Por qué no puede hacerle esto su abogado?

—Dice Alcides que le conoce tanto que ya no confía en él. Piensa que querrá aprovecharse si sabe el dinero que le puede tocar con la expropiación y toda la gente que está metida.

—Y confía en vos porque…

—Porque Alcides me puede arruinar la carrera o impulsar… lejísimos. Dice que si algún Ministro de la Corte Suprema se muestra interesado en restituir al Estado o a los indígenas la propiedad, sí o sí le va a extorsionar a Alcides en primer lugar, porque es político chico todavía, y si no lo extorsiona, le va a manchar el nombre para ser el héroe. *"Luego de fallo de la Corte Interamericana de Derechos Humanos contra Estado paraguayo, Ministros y Procuraduría encabezan lucha para devolver a comunidades indígenas propiedades malhabidas durante la Dictadura"*.

—Bien que sería bueno.

María Inés frunció el ceño.

—No es momento de hacernos los héroes.

—Mi amor, mi amor—. Se agachó hasta estar a la altura de María Inés—. *Cualquier* abogado va a estar interesado en empezar ese proceso de restitución o sacar tajada del tema. Podrías hacerlo vos.

—¿Tracionarle? ¿Estás en pedo? —. Negó con la cabeza—. Además, *justamente*, yo tendría que tener contactos en el Poder Judicial.

—*Pff*, va a ser súper fácil. ¿No es que el Estado está tratando de limpiar su pasado dictatorial con todo esto de la restitución?

—¿Sabés que el Ministro de Obras Públicas y el Presidente ya dieron su ok para esta expropiación?

Esteban retrocedió un poco y se quedó mirándola.

—¿No entendés? —María Inés ahora se puso de pie—. Se están quitando de encima las propiedades de su familia en ventas bien escondidas. No son idiotas.

—Carajo… No me gusta. Es mucho dinero y hay gente importante metida.

—Yo ni siquiera soy una intermediaria. Soy los ojos de Alcides. *Nada más*. Ni siquiera tienen por qué saber mi nombre.

—¿Cuánto te van a pagar?

—Quince millones para empezar, quince para terminar… y después el resto.

—Dios mío…—. Esteban se quedó pensando—. No quiero que hagas sola los viajes.

—Me fui con Ignacio a verle al gobernador —mintió—; va a acompañarme de nuevo sin problemas.

—¿Aceptó? ¿Te va a acompañar a la tasación y demás viajes que hagan falta?

María Inés asintió.

—Ignacio está cobrando un sueldo. O acepta o-

—Bueno… —. No había nada de seguridad en la voz de Esteban, pero era mejor que nada—. No me digas nada más, por favor. ¿Cuándo tenés que responderle?

—Mañana mismo. Antes de que llegue marzo y empiecen las lluvias. Esa zona se inunda y ya no se van a poder hacer las mediciones.

—Que sea lo que Dios quiera—. Esteban regresó a la casa para prepararle la cena a las niñas.

A la mañana siguiente, ella le escribió un mensaje al gobernador Alcides Ortiz: *"Cuente conmigo, Gobernador"*.

Él respondió: *"Es un honor, doctora"*.

#

Capítulo VII – La Tranquera

María Inés encontraba paz en el acto de deslizarse con su sedán por la inalterable ruta hacia lo más profundo de Villa Hayes, envuelta por kilómetros de monótonas planicies de cultivos de maíz y llanuras de pastoreo. Montes bajos delimitaban el horizonte, como si el Paraguay estuviera encerrado por aquellas murallas naturales. Nada en el país cambiaba bajo ese sol, y a cambio de mantener sus engranajes aceitados, el día se les ofreció prístino, con poco tráfico y música pop en la radio para despejar cualquier nebulosa. Ella lo interpretó como un buen augurio; su trabajo implicaba una estadía breve, fructífera y hasta efímera, porque, ¿a quién podía interesarle que se hiciera mal el trabajo? Estaría en su casa para el mediodía con dinero en la cartera y la sensación de un proyecto bien encaminado.

Estaba… contenta. Inclusive, con Ignacio de copiloto, no había manera de adormecerse, pues el muchacho la inquiría sobre cada detalle del trabajo; ella no le quiso decir mucho antes de salir, para no darle la oportunidad de negarse, de dudar. En algún momento sintió que estaba siendo injusta con él, pero necesitaba contar con alguien que la acompañara (Con un cómplice). No… con un *hombre*, porque pocos casos se daban en el interior de hombres que respetaban a una mujer al frente de un negocio, así que tener la compañía (físicamente) inseparable de Ignacio era su garantía de seguridad, aunque al chico le faltaran músculo y altura, pero gozaba del espabilo que le daba la ciudad, y la viveza de una vida llena de carencias en el campo. Sabía hablar guaraní mucho mejor que María Inés, y tenía menos problemas que ella para entablar conversaciones con desconocidos. Estaba tan preparado para sobrevivir en cualquier mundo, que a ella la atosigaba esa minúscula espina de cactus bajo la piel, la espina del abogado, que le recordaba siempre que debía ser especialmente cauta y desconfiada de la gente que tenía más cerca.

Cuando desviaron por un camino de tierra enramado desde la ruta principal, cruzaron por debajo de un portal de madera hecho para camiones, de madera labrada que bien podía ser de quebracho o de palo santo por el color verde olivo, lo cual ya anunciaba riqueza y prosperidad, más la pintura sobre el nombre de la estancia estaba descolorida de tantos años bajo el sol.

Fue ahí cuando empezaron a notar otros detalles. La tierra del

camino estaba seca, pues el sedán traqueteaba como carreta y empolvaba el aire y el parabrisas. Pudieron ver delante de ellos las huellas de un vehículo que parecía haber llegado antes que el suyo.

—Parece que el tasador se nos adelantó —indicó Ignacio.

—No puede ser. Se supone que está esperando a que le envíe la ubicación.

María Inés juró que una sombra pasó delante de ella; era solo una nube.

—No está bien… —agregó ella, e Ignacio compartió la inquietud con un silencio sombrío.

—¿Por las dudas no tenés revólver en tu auto? —preguntó Ignacio con una soltura que a María Inés le produjo una carcajada. Nunca se lo hubiese imaginado manejando un arma.

—¿Vos sabés disparar?

—Disparé un par de veces de chico, con el revólver de mi abuelo.

—¿Vos no tenés?

—Puedo conseguir…

Alrededor, una tranquera hecha de alambre de púas y pedazos de madera podrida. Cercaba una propiedad de miles de hectáreas de largo y ancho, perdiéndose la vista más allá del horizonte, entre montes bajos y pequeños bosques de eucalipto. Las tierras *habían* sido de pastoreo, concluyeron, por la poca vegetación en una llanura con pasto crecido en exceso, y algunas nacientes secas esparcidas aquí y allá. No se veían animales de ninguna clase, salvo garzas y pájaros pequeños.

—¿A qué es que se dedica el hijo? —preguntó Ignacio, queriendo traer una necesitada tranquilidad al aire del auto. María Inés había subido los vidrios para impedir la entrada de polvo, y como el aire acondicionado no funcionaba, empezaba a sentirse la presión del calor.

—Es exportador.

—¿De qué, no te dijo? —. Miraba su alrededor con extrañeza, como si estuviera contemplando algo ilógico, incoherente.

—De carne no es.

Ignacio rio. Intuía a qué habían venido, más no estaba en su determinación decir nada que contradijera a su jefa.

Aprovechando eso, María Inés le explicó un poco más.

—Todas estas tierras que ves, Stroessner le regaló a su papá hacia la mitad de la dictadura. Dice que gracias a la ganadería su papá pudo pagar la candidatura de Diputado. Y, después de jubilarse se siguió dedicando a esto.

Pasaron de largo una pasarela de madera destartalada, que en algún momento se habría usado para movilizar a las vacas desde el

campo hasta el camión al borde de la ruta.

—Qué raro que el hijo no lo haya continuado. Siempre da mucho dinero este. Vos no sabés lo que se robaba ganado allá en Concepción.

—El hijo fue inteligente—. Casi un kilómetro hacia el horizonte, empezaron a divisar una antigua propiedad, oculta entre árboles altos y frondosos. Una tranquera vieja estaba abierta, esperándolos. María Inés bajó su ventanilla apenas, como para dejar entrar un poco de aire.

—Ahora le puede traer problemas a nivel público —añadió—. Viste que el gobierno está con esa campaña para devolver tierras malhabidas-

—Sí, por esa restitución a los indígenas…

—Les humilla que ganen los de Derechos Humanos.

—Podríamos dedicarnos a eso.

María Inés le sonrió.

—Te ganarías muchos enemigos.

—Pero es mucho dinero, doctora. El Estado contra los particulares. Lo que han de pagarles esos políticos a sus abogados para proteger sus tierras. ¿Eso quiere el Gobernador?

—No… es más complicado. Alcides todavía tiene contactos y amigos de su papá allá arriba. El Presidente acaba de promulgar una nueva ley que afecta a las expropiaciones y al Ministerio de Obras Públicas. Básicamente, Alcides consiguió que el Ministerio le expropie este terreno para donárselo a la Senavitat. Como toda esta es tierra no productiva, se van a construir acá propiedades comunitarias para familias necesitadas.

Estaban por llegar. Sí; no había visto mal, la tranquera estaba abierta; las huellas de una camioneta habían quebrado la tierra desde la ruta hasta el interior de la estancia, mas todavía había un trecho largo que recorrer desde la tranquera hasta la casa.

—¿Entramos? —preguntó María Inés.

—¿A quién más le puede interesar esto? ¿No sería…

—¿Sí?

—¿No sería bueno que le llames al tasador?

—Sí.

María Inés marcó su número. Este le atendió enseguida. Lo puso en altavoz.

—Estoy esperando la ubicación nomás, doctora.

—Dale, dale. Enseguida te paso.

Para no quedar como boluda:

—También te quería preguntar, doctor, si es importante que veas el Poder General que me firmó el Gobernador.

—¿Poder General? ¿Te firmó *gua'u* eso?

—Pasa que dejé en la oficina y puedo pedir que me envíen una foto-

—*Mba'e,* ¿Poder General, pio, doctora? —Rio a carcajadas. Alguien rió a su lado—. *Nambre,* doctora. No te vayas a preocupar. Ya me avisó él que me ibas a llamar. Más seguridad que esa no necesitamos.

—Por las dudas, nomás. Viste, doctor, que hay que ser precavido. Ahora te paso la ubicación.

La sospecha le erizó la piel de los brazos.

—¿El tasador de dónde es? —preguntó Ignacio después de que ella cortara.

—Del MOPC —respondió—. O sea, es privado, pero le contrató el Ministerio de Obras. Él tiene que poner el precio del terreno; se supone que es amigo; está también metido.

—Ah… —. Ignacio empezaba a darse cuenta del alcance del negocio.

—Alcides se va a deshacer de esta propiedad y le van a dar una ganancia importante a cambio; no es que se la van a quitar judicialmente, como hicieron con ese al que le demandaron hace poco. Él se deshace de estas tierras, consigue una ganancia, se evita problemas con la prensa, y evita que haya gente involucrada del Poder Judicial; por eso son pocos. Todavía no se fijaron en esta propiedad de su papá ahí en el Registro de la Propiedad.

—¿Puede ser gente del Ministerio que vino sin avisar?

—No sé.

—¿No tiene capataz?

María Inés negó con la cabeza.

—Tenía uno, pero ahora no hay nadie. Él mismo me explicó cómo abrir la tranquera.

Habiendo dicho esto, sin embargo, nadie hizo ademán de bajar del auto para ir a verificar la cerradura. Ignacio se fijó en que María Inés no dejaba de atajarse al volante con una mano, la otra en la palanca de cambios. Ella reparó en sus nudillos blancos, y soltó ambas cosas para indicarle al muchacho que estaba por abrir la puerta del auto y bajar, pese a que el presentimiento se lo impedía.

—¿Alguien más sabe de esto? —preguntó finalmente Ignacio, compartiendo la inseguridad.

—Nadie… o sea, el Ministro ya firmó la resolución que dice que esta es área de utilidad, pero nadie más sabe todavía. Él tiene que enviar el proyecto al Presidente, y este aprobar la indemnización. Está el *ingeniero* del MOPC, que tenía que venir para determinar que se pueden construir las viviendas acá, pero él vino junto con Ortiz ya hace rato.

—¿Por qué no le llamás al gobernador antes de entrar? Puede

avisarle a la comisaría de la zona.

—Te dije que nadie se puede enterar.

Ignacio se quedó mirándola; ella enfrentando el peso de su juicio. Lo miró a los ojos y la invadió la misma alerta que reflejaba la expresión del muchacho. De inmediato llamó al Gobernador.

—No, ¿cómo puede haber nadie ahí? —le contestó el hombre —. Las huellas habrán quedado desde que nos fuimos. Todo el riacho de ese lugar se secó hace rato. ¿No viste mi camioneta?

No tenía sentido. Podía perfectamente haber llovido, haberse formado barro, o…

—Dale, gracias, Gobernador. Perdón por la molestia.

—No hay problema, abogada. Mirá que el tasador no dispone de toda la mañana.

—No se preocupe. Que tenga un buen día.

Él le cortó antes de que ella pudiera terminar.

—No quiero insistirle más. Va a decir que soy una pelotuda. Me dijo que había que levantar nomás un alambre. Capaz falló el alambre; se abrió con el viento…

—Puede ser.

Ya le había llegado un nuevo mensaje del tasador. Seguía esperando la ubicación.

—¿Entramos, entonces?

En su teléfono, Ignacio marcó el 911 y dejó el dedo encima de *“Llamar”*.

María Inés asintió para sí misma con todas las dudas del mundo, pero en vez de bajarse y verificar la cerradura de alambre, puso en marcha el vehículo y siguieron las huellas que los llevaban a rodear la casa abandonada del patrón y la vieja casita del capataz.

#

Capítulo VIII – Bajo el Sol del Paraguay

Siguieron las huellas alrededor de la casa hasta que acabaron detrás de la propiedad, siempre dentro del vehículo y con las ventanillas arriba, hasta que se detuvieron frente a una extensa pradera salpicada por cocoteros, montículos de tierra que debían ser termiteros, hierba alta y una muralla viva de árboles muertos que limitaba la propiedad más adelante.

Delante del aljibe próximo a la casona, estaba estacionada una Chevrolet antigua de color rojo apagado, probablemente de los ochenta, de pintura descascarada por el óxido y con las paredes de la carrocería hechas de tabla vieja. Sobre la carrocería había picos, palas, azadones y rastrillos de hierro maltratados por varias generaciones de uso. Más adelante, atravesando un sendero que llevaba directamente hasta una antigua naciente, había un grupo de hombres de torso desnudo reunido alrededor, cavando y conversando abiertamente. Llevaban camisas sobre los hombros y sombreros de paja para protegerse del sol. Estaban tan absortos con la excavación, que ninguno se había dado cuenta de que María Inés e Ignacio habían estacionado el sedán bajo un árbol de naranja agria, y empezaron a caminar hacia ellos luego de cerciorarse de que no había hombres armados vigilando la camioneta.

—¿Qué carajos están haciendo? —preguntó María Inés.

—¿No te dijo el Gobernador que a su papá le gustaba todo lo histórico?

—No va a ser que este lugar tiene algo que ver con *plata yvyguy*. Si es así, no nos van a decir.

—Nos tienen que decir—. Ignacio imprimió seguridad a sus palabras y se adelantó ligeramente a María Inés—. Voy a hablar yo. ¿No tenés problema, doctora?

Ella lo miró un momento, preguntándose si era la mejor decisión, pero rápidamente concluyó que sí.

Ignacio se aproximó a la tranquera y se apoyó con parsimonia contra ella. Levantó la mano, como saludo, y silbó al grupo que paleaba y se pasaba el tereré.

—*¿Mba'e piko nde rejapo upépe?* —les gritó.

Uno de los hombres -probablemente el jefe del grupo-, le correspondió el saludo con la mano, levantándose la gorra y

caminando hasta Ignacio.

—¡No pasa nada! —le gritó el hombre, mientras que el resto se detenía a mirar con cuidado el intercambio.

En ese momento, con el rabillo del ojo, María Inés se dio cuenta de que alguien se estaba moviendo dentro de la casa del viejo capataz.

—Tené cuidado— le dijo a Ignacio. Le señaló la pequeña casa con techo de chapa y sala abierta, sin puerta alguna.

—Tranquila, doctora. No digas nada. Les pregunté bien qué están haciendo—. Entonces, Ignacio levantó ambas manos al aire, indicando que no estaba armado.

—¿En serio les vas a avisar que no tenemos armas?

—No van a hacer nada estúpido. Ya están en problemas.

Finalmente, el jefe terminó por acercarse del todo. Se trataba de un hombre que podría tener cincuenta, sesenta años. Iba con la camisa raída abierta. Estaba sudado, con la piel tostada y el rostro cuarteado por años de trabajo acalorado. Tenía los labios resecos y los ojos rojos; por cansancio y exposición, supuso María Inés.

—¿Qué *piko* están haciendo ahí? Esta *ko* es la propiedad de la señora.

María Inés asintió en saludo al hombre.

—¿Qué tal?

El hombre asintió también y le pasó la mano a Ignacio. En chocante contraste, Ignacio iba impecable desde la camisa hasta los mocasines. Inclusive la corbata la tenía perfectamente anudada. Él aceptó pasarle la mano. María Inés se dio cuenta de que el jefe miró rápidamente hacia la casa del capataz y asintió con la cabeza a alguien fuera de su vista.

De inmediato, de la casa salió otro hombre con un termo lleno de agua en la mano, más antes de asomarse, María Inés llegó a darse cuenta de que apoyaba algo contra el suelo y la pared: un rifle.

—Yo *nio* trabajaba acá con el señor Ortiz padre —le contestó el jefe en tono desafiante—. Este es de su hijo ahora.

—Pe *Kuñakarai*, María Inés, es la abogada de su hijo. Leguleya. Y, ahora están viniendo también otros secretarios del doctor.

El hombre bajó un poco la altivez de su tono.

—¿Abogada? ¿Para qué piko? No va a ser que quiere vender.

En ese momento, Ignacio se dio cuenta de que no podía decir más, así que miró de lado a María Inés, y ella comprendió perfectamente. Ella dio un paso hacia el hombre y le pasó la mano, delicada y de uñas pintadas el día anterior.

El jefe del grupo dudó en tocarla, enseñándole ambas manos, llenas de tierra, sudadas, callosas.

—No importa —le dijo María Inés, insistiendo.

El hombre le pasó la mano, el agarre firme, como piedra

Pómez.

—Ya se va a vender.

—*Nderakore*—. Empezó a aflorar preocupación en el rostro del hombre—. ¿Cuándo pio?

—Y, en una semana por ahí. Al Estado, encima. ¿Cómo te llamás?

—Alfonso. Alfonso Barrios. Allá les tengo a mis primos nomás, y dos amigos—. Le hizo una señal al socio de la casa—. *Eju* nomás. ¿*Regueru piko* el agua fría?

El otro asintió.

—Andate pues; *ndaipóri hina* tiempo.

El joven, que no pasaría los veinte años, pasó al lado de los dos abogados, inclinando la cabeza con una desconfianza natural, y luego fue con su termo junto al grupo del fondo, que todavía no se tranquilizaba. En eso, Alfonso le susurró en guaraní: *"Deciles que está todo bien"*. María Inés pudo entenderlo.

—¿Qué están haciendo ahí? —Ella trató de sonar inquisitiva, pero sin llegar al punto de ofender a Alfonso.

—Este es propiedad privada —agregó Ignacio—. Mirá que yo ya le tengo marcado al Comisario de la Cinco—. Le enseñó su celular con el 911 bien visible.

María Inés extendió la mano para calmar a Ignacio.

—Por favor, dejá.

Alfonso la miró bien un momento, quizás preguntándose cuánto podía decir, pero entonces encogió los hombros, y todo rastro de asertividad desapareció:

—Nosotros pensábamos que este estaba abandonado.

—¿No dijiste que sabías que este era del hijo?

—Sí, pero —chasqueó la lengua y agitó la mano— el hijo *ko nunca más* vino, señora. Yo trabajé desde chico para el papá del señor, para el diputado Ortiz. ¿Le llegó a conocer Usted?

—Le conocí antes de morir, claro—. No era cierto.

—Bueno; yo ahí nomás vivía con mi familia —le señaló la casa del capataz—. Yo le acompañé al señor desde que era *mitã'i; siempre*, a todos lados yo me iba con él. Yo le voy a contar bien, señora, porque todos nosotros somos buena gente, gente trabajadora, y no queremos problemas, ni con la policía, ni con el doctor Ortiz.

—¿Alcides no sabe que están acá?

Alfonso se apretó la gorra contra el pecho haciendo mea culpa.

—Yo pensaba decirle cuando volviera a verle, pero *jamás* pensé que él iba a querer vender este.

—¿*Nde piko* la *reheka peteĩ* tesoro, *mba'e*?

Alfonso se quedó mudo.

—No va a haber problema si me dice bien qué pasa —continuó

María Inés.

—Y, sí —contestó Alfonso—. *Vamos* a encontrar el tesoro, pero Usted me tiene que prometer una cosa… —le dijo a María Inés.

—Le escucho.

—*Un mes* nos tiene que conseguir, y vamos a encontrar el tesoro y nos vamos a dividir—. Se volvió a colocar la gorra, nuevamente inspirado.

—Es demasiado. Se va a perder la venta. ¿Por qué no habló con el doctor Ortiz?

—Él no quiere saber nada, señora. Él *sabe hina* que su papá quería buscar. Por eso luego Stroessner le dio esta tierra—. Le señaló el lugar en donde estaba el grupo reunido, que distaba a casi dos cuadras desde donde estaban. Alrededor, María Inés comprobó que lo que pensaban que eran termiteros, en realidad eran montículos de tierra sobre los que empezó a crecer hierba de nuevo—. Acá, el Mariscal le envió a su hijo con su tesoro mientras escapaba de los brasileños, en la Guerra Guasú.

—Ese *ko* ha de ser leyenda —le dijo Ignacio, burlándose.

—*Mba'e*, ¿leyenda *piko*? —. Se lo dijo indignado. Entonces, mirando hacia atrás, para cerciorarse de que ninguno de sus colegas se diera cuenta de lo que estaba haciendo, Alfonso metió la mano en el bolsillo de su pantalón -hecho más bien de retales que de una pieza única-, sacó una moneda antigua, cubierta de tierra, la limpió con los dedos, y se la pasó con seguridad a María Inés—. Ese es mío, *hina*, Señora—. Su expresión fue jocosa, aunque se le notaba fácilmente el recelo en ella.

Ella le dio la vuelta y vio grabado en ella el año: 1860. Sin embargo, no era de bronce, o níquel, como se fabricaban normalmente las falsificaciones, sino que era pesada al tacto, y brillaba.

—¿Este con qué limpiaste?

Alfonso negó con la cabeza.

—Con nada. Ése es plata, y nosotros encontramos ahí cerca del pozo. Acá *hay*. Don Ortiz Padre no tenía nomás plata ni gente para buscar cuando este se le dio, y después sique sus vacas le dieron más dinero y se olvidó, pero Stroessner quería el tesoro, Señora, y *por eso* le dio esta tierra. Nosotros desde hace años que venimos a buscar; después de que llueve y todo. Yo le aseguro que, si Usted nos ayuda, en *un mes* vamos a tener todo.

Alfonso estiró la mano como para que ella le devolviera la moneda. Sus ojos brillaban por ella, y eso no podía fingirse.

Se la devolvió. Él la besó y volvió a guardársela.

—No depende de mí —le contestó—. Está viniendo alguien del Ministerio también ahora.

—Y, hay que hablar con él nomás también—. En la sonrisa de

pícaro le faltaba un par de molares, pero en general, era agradable, confianzuda, aunque también se le notaba la desesperación en las comisuras.

—Tengo que comentar también con Alcides.

—Yo le digo que él no va a querer. No le va a permitir, luego. *Ndaipóri*. No hay forma. Capaz nos mande encima a la policía, *mba'e*. Él *nunca* fue trabajador como su papá. Nunca quiso ni estar acá. Él no va a saber valorar. Llamale si querés, Señora, pero yo ya sé lo que te va a decir. Por eso tuvimos que venir nosotros sin permiso—. Extendió los brazos, excusándose frente a ambos—. No es que seamos mala gente; nosotros *ko* somos pobres, pero cristianos—. Reprodujo contra su frente la señal de la Cruz—. Sabemos lo que existe acá; no queremos que se pierda, Señora. Los *espíritus* de sus dueños nos mandaron esta moneda—. Miró el celular que Ignacio sostenía en la mano—. Dale *na che* amigo; la policía… acá *ko* no hace falta.

Asintiendo con cuidado de no parecer demasiado flexible, Ignacio guardó nuevamente el teléfono y le mostró las manos abiertas, vacías.

—Vamos a esperar a que venga el Tasador y hablamos todos. ¿Te parece, Alfonso?

—Claro que sí.

—Pero, vos tenés que estar conmigo. Toda tu gente, también.

Alfonso le sonrió y le hizo una venia militar con fría seriedad, tal como se la hubiera hecho a Don Ortiz Padre muchos años atrás, y quizás también a Stroessner en persona.

#

Capítulo IX – Cosa de Familia

Cerca del mediodía, el primo de Alfonso, un chico al que le decían Vera; otro primo, un poco más lejano, dos hermanos de padre y un tío, se encontraban en plena excavación, utilizando a músculo pelado sus palas y picos, arrancando pedazos de raíz seca envueltos en tierra y partiendo piedras. Por encima del pozo, que ya había alcanzado unos dos metros de profundidad, observaba la faena Alfonso, como cabecilla del grupo, quien sostenía con el brazo estirado y duro un aparatito hecho de un caño de metal y un mango. En el extremo del caño estaba pegada la moneda de plata de Alfonso. Cuando María Inés le preguntó de qué se trataba, Alfonso le contó que era un detector de oro casero, "pea detector de radiestesia". Este aparato giraba libremente sobre su eje y sin impulso visible sobre las cabezas de los excavadores, cosa que, sin viento, llamaba en extremo la atención. Sin embargo, después de investigar un poco en su teléfono, María Inés descubrió que se trataba de una forma de adivinación. No pensaba decirles nada.

En lugar de eso, ella estudiaba el trabajo en silencio a la vez que Oscar, el ingeniero, y Héctor, el tasador -ambos privados y para el MOPC-, discutían posibilidades a unos metros de distancia, sudando sus camisas de algodón impecables y ensuciando con tierra seca la manga de sus pantalones y zapatos.

Ignacio acompañaba a María Inés a un lado, ofreciéndole su propia guampa con agua fresca extraída del aljibe viejo de la casa.

—Yo no voy a tomar.

María Inés se moría de sed, y habría matado por tomar *tereré,* pero los casi cuarenta grados de calor elevaban desde el suelo una bruma húmeda que le atravesaba la ropa y la hacía sentirse atrapada dentro de sus prendas. Si tomaba agua empezaría a sudar por cada poro; desde ya, empezaba a corrérsele el maquillaje y el aceite del perfume se le había secado, así que el tasador y el ingeniero la habían visto poco idónea. De todas formas, más le preocupaba la idea que se le estaba metiendo en la cabeza. Si acaso esos dos hombres, que no paraban de discutir con despreocupada agresividad a una distancia prudente, decidían que lo del tesoro era una buena idea, entonces, ¿aceptaría ella encabezar el engaño solamente para meterse de cabeza a creer una leyenda sin sustento, prueba o indicio convincente? Como

abogada, la idea le pareció ridícula, pero no dejaba de atraerle el brillo de aquella moneda, que Héctor, el tasador, inmediatamente identificó como plata, y que fue la que lo llevó a contagiarse de esa febrícula que producía la idea un tesoro.

Mientras excavaban, los seis hombres, incluido Alfonso, hacían bromas y comentarios sobre la vida que los esperaba en casa. Resultó que llevaban yendo y viniendo de ahí casi dos semanas, entre investigaciones, rumores, pruebas y rituales. En conjunto desprendían un olor a sudor viejo, ropa húmeda y tierra que encendía otra chispa de esperanza en María Inés. Si esos seis parientes verdaderamente estaban sacrificando reputación, trabajo, vida familiar, comidas decentes y aseo propio, *tenía que ser por algo.* Ella lo sentía; era su instinto hablándole detrás. Se le vino Esteban a la mente: ¿qué pasaba si tenía razón, y Alcides Ortiz era el inicio de algo peligroso para toda su familia? Suponiendo que le pagaran esos treinta millones al final del mes y parte de la venta, ¿qué iba a hacer después? Iba a quedarse de brazos cruzados viendo cómo en quince días ese dinero se le esfumaba solamente para completar el baño y la cocina de la casa. No era nada ese dinero, y si el que tenía bajo sus pies era el tesoro del Mariscal, una mínima parte habría servido para asegurarle a ella y a su familia al menos diez años de tranquilidad (Y la casa pagada). Oro, joyas traídas del extranjero, armas de acero labradas, piedras preciosas, vajillería de plata de la Madama Lynch y, quién sabe, también de todas las amantes que tuvo el Mariscal. Pertenencias de mujeres que enterraron todo en su huida final, de hombres, ancianos; tesoros familiares que nunca más vieron la luz. Cuántas almas depositaron eso ahí, solo para que ella viniera a encontrarlo ahora… ella e Ignacio.

Pero, no; no tenía que pensar en eso. Miró al chico, que se divertía con los excavadores mientras les soltaba comentarios en guaraní, y poco a poco notó cómo la tierra de las paladas lo salpicaba a él también. Ignacio era su principal aliado. Tendrían que dividírselo; y bueno. ¿Qué iba a hacer? No; no estaba pensando en lo importante. Lo importante era que, si Alcides podía conseguirle más trabajos, estos podían ser cada vez peores, y María Inés pronto se encontraría con tanta tierra hasta el cuello, que acabaría presa tarde o temprano, o peor. No podía depender de un hombre así para darse una vida decente. Total, si el ingeniero y el tasador se ponían de acuerdo, ¿qué daño le iba a hacer al Gobernador esperar unos días más, unos días menos?

A María Inés se le secaba la garganta. Un vendaval de aire caliente llegó para llevarse toda la humedad de un soplido y meter polvo hasta en los pulmones. Empezaron a toser y se cubrieron las bocas con sus remeras y camisas mientras la resolana les quemaba las

espaldas.

—Esta ya no es hora de estar acá —dijo Alfonso, enterrando la pala nuevamente en el túnel, dejándola ahí, al igual que el resto.

—¿Qué pasa? —preguntó María Inés mientras los hombres trepaban el túnel y se dirigían rumbo a la casa con expresiones de solemnidad religiosa.

—*Pea* hora de los *póra*—, le contestó Vera, el joven primo.

—Los dueños de las joyas aparecen desde el mediodía hasta las tres —añadió Ignacio—. De eso estaban hablando hace un rato. Por eso se tienen que apurar de mañana.

Antes de regresar a la casa, Ignacio detuvo a María Inés por el brazo, sujetándola con delicada urgencia.

Alfonso seguía al resto por detrás, mientras que el ingeniero y el tasador dejaban su conversación y regresaban junto a la abogada.

—*¡Nde rejapota la karu opa tekove guarã!* —le gritó Alfonso al tío, quien solamente gruñó. Estaba claro que aquello no le gustaba.

—Dice que uno se quejó porque nos tenemos que dividir.

—¿Quién te dijo?

—El muchachito; Vera. Me dijo cuando estábamos cargando agua para el *tereré*.

—¿Cómo te dijo?

—*"Dice Alfonso que nos van a ayudar. Hay que hablar bien nomás cómo nos dividimos, porque acá hay mucho trabajo que mi tío y eso ya estuvieron haciendo desde hace años"*. Más o menos así.

Tuvo un presentimiento aciago. Se dio cuenta de que era la única mujer entre ese montón de nueve hombres. No sabía defenderse; llamar a alguien hubiese sido en vano. Oscar y Héctor pintaban tan citadinos que sus manos parecían de quinceañera al lado de los leños que cada excavador tenía por dedos. Lo peor: todos familia; cada uno poseía un físico hecho de fibras de madera, y bastaba apenas un… Ignacio. Estaba empezando a congraciarse con ellos. María Inés ni siquiera podía acceder a la misma información que él. Iban a dejarla fuera. Podían hacerle lo que quisieran; a ella y a los otros dos.

—¿Qué le contestaste cuando te dijo eso?

—Que no se preocupen, que vamos a hablar bien de la división antes de poner cualquier ayuda.

—Bueno, está bien—. Pero, lógicamente, no estaba tranquila.

Cuando finalmente se aproximaron Héctor y Óscar, el tasador traía cara de triunfo, y el ingeniero, de desamparo.

—¿Qué decidieron?

En el fondo, María Inés deseaba que hubieran concluido que era un riesgo, una estupidez; que no había tiempo, y que le dieran miles de razones más para obligar a esos hombres a irse, inclusive si debían meter a la policía.

—Habría que excavar con demasiado cuidado y estudio —dijo Óscar, el ingeniero, mirando el hoyo rústico que habían hecho—. Si esto hicieron en dos semanas, es imposible que encuentren nada sin ayuda. Tengo que hablar con un montón de gente; pedir financiación, máquinas, retroexcavadoras, sensores, equipamiento. Esto no se puede hacer así nomás, y va a ser carísimo.

Héctor le tocó el brazo.

—Podemos *nio* conseguir el dinero—. Héctor le dio una mirada cómplice—. Podemos empezar con los sensores, ver si hay sedimentación de minerales en superficie o está limpio para explorar, y si damos con algo… cualquier cubierto...

¿En serio estaban considerando lanzarse?

—¿Así nomás? —preguntó María Inés, quizás con más entusiasmo del que hubiese querido mostrar— ¿Pueden conseguir eso?

—Ahora estuvimos haciendo unos llamados, y es posible que esta propiedad hubiese sido *usada* por el Mariscal, porque fue del Instituto Agrario en su momento, y se le entregó a Ortiz Padre específicamente este lote de quinientas hectáreas, que para ganadería no sirve, honestamente, y está lejos del arroyo. Acá *hay* una historia que no vemos, doctora—. Encogió los hombros—. Obvio; tenemos que traer geosensores primero, revisar… pero, yo creo que se puede.

—El problema es que un mes es *mucho* —dijo Óscar, mucho más prudente—, y si hacemos *mal*, la SENAVITAT ya no va a poder construir sobre esta tierra. Si el pozo es muy grande o muy profundo… se queda sin base el proyecto. Me parece demasiado riesgo.

—La decisión es tuya, doctora —dijo Héctor.

—Esta gente parece convencida.

—Mirá: si vos le podés convencer al Doctor Ortiz…

—¿Si no acepta?

—Honestamente… —dijo Héctor, asegurándose muy bien de que estaba por decir lo que iba a decir— yo me animaría igual—. Hizo una pausa larga, como para confirmarse que ya estaba metido—. Podemos elevar un informe perfectamente que diga que tienen que hacerse más estudios porque en la medición encontramos nacientes debajo del terreno destinado a las edificaciones; montón de cosas, en serio.

Óscar negó con la cabeza. Para él, ya estaban yendo muy lejos.

—No habría que alargar mucho nomás —añadió Héctor para darle tranquilidad a su socio—. ¿Un mes, te dicen?

—Un mes.

—Hurrm. Sí o sí tendría que ser este lugar.

Óscar le dio un golpecito en el hombro.

—Estás en pedo. ¿Vos no viste el detector que están usando?

—No… ¿Qué pasa si traemos un detector de metales y encontramos algo? ¿Un pitido, aunque sea? ¿Qué te va a hacer tener que venir un día más acá? Igualmente, la tasación no es que se hace en un día—. Héctor miró a María Inés—. El Doctor sabe que esto tarda varios días, ¿verdad?

—Sí, sabe.

—¡Ya está!

Óscar miró para otro lado y suspiró.

—A veces esta gente sabe más que nosotros —incluyó Ignacio, quien ya parecía sentirse un poco apartado de la conversación. Tampoco era intención de María Inés el incluirlo.

Héctor lo señaló con entusiasmo.

—Es lo que yo siempre digo. Por algo nacen las leyendas, los dichos. No hay que subestimar porque ustedes —se refirió a Óscar y a María Inés —se mueven exclusivamente por la lógica y las falacias. Hay cosas que no se pueden explicar así nomás.

—¿Qué hago entonces? —preguntó María Inés.

—No le digas nada al Doctor de que ya vamos a empezar —dijo Héctor, muy cuidadosamente—. Comentale *si querés* lo de la leyenda y que encontraste a alguien acá, pero eso nomás. No le digas que nosotros estamos dentro. Sondeale un poco, a ver si él mismo o qué no quiere poner dinero—. Sonrió como un zorro—. Y, si encontramos algo en estos días, entonces nosotros mismos vamos a alargar este mes. ¿Estás de acuerdo, doctora?

Otro problema: camino a casa tenía que pensar en cómo decírselo a Esteban. Si corría riesgo de que la mataran ahí, su esposo debía ser el primero en saber dónde podría encontrar su cadáver.

María Inés miró la mano delicada extendida, la mano sin trabajo duro, *"la mano deshonesta*".

Se la estrechó. Después, Héctor se la estrechó a Ignacio, y Óscar igual, pero no le gustó a María Inés que el joven secretario recibiera tanta atención.

Poco después, el recién nacido grupo de espeleólogos y cazadores de tesoros se hallaba en ronda a la sombra de un limonero de copa frondosa e impenetrable. Comían locro casero con pollo y mandioca hervida de cuencos de latón y succionando del plato. Al principio, comer sin ensuciarse se le dificultó un poco a María Inés, pero cuando finalmente manchó su camisa blanca impecable con el caldo, y Alfonso en especial la señaló y se rio de ella, se dijo a sí misma que estaba en el Viejo Oeste Americano, y por lo tanto la ley de la civilización no imperaba en cómo debía verse una abogada de prestigio, mucho menos en cómo debía comer.

Fue fácil llegar hasta las tres de la tarde conversando, porque empezaron a hablar de testimonios que se originaban hasta dos y tres

generaciones antes; hablaron de apariciones espectrales de *Plata Yvyguy,* que como perros blancos sin cabeza o bruma en forma de mujer se manifestaban señalando el lugar en los días de lluvia, y de cómo Alfonso y su papá los veían cuando salían a mirar a las vacas inquietas en aquellas largas medianoches.

Luego pasaron a estimar las cantidades siderales que bajo tierra se podrían esconder, mencionando cada uno las historias que conocía de los últimos días de la Guerra Contra la Triple Alianza, y cuando finalmente los recién llegados alcanzaron la vara de confianza necesaria frente a las diez personas allí reunidas, María Inés inició y encabezó la discusión difícil: partes y repartijas.

Para su sorpresa, en menos de quince minutos le asignó a cada uno un porcentaje con el que estuvieron de acuerdo, y bajo criterio de Alfonso y de Héctor, ya sería más que suficiente para pagar los costos, y asegurarse de nunca más tener que meterse en líos como esos. Más no todos parecían contentos, si uno miraba las expresiones serias y arrugadas del tío mayor, del primo lejano, y las de los hermanastros (¿No eran amigos?). Pero, también, así se veían la mayor parte del tiempo, cuajados por tanto trabajo duro a lo largo de sus vidas.

—Si Dios quiere, por fin vamos a descansar —concluyó Alfonso, levantando su vaso de lata con agua.

—Amén —respondió el resto en coro, brindando igualmente.

#

Capítulo X – Lo Inevitable

Cuando esa misma noche Esteban y las nenas le preguntaron a María Inés qué tal le había ido, ella reparó en las miradas de inocente fascinación de Dana y de Erika, y aunque en el camino de regreso acordó con Ignacio que no se diría ni una sola palabra a las familias hasta tanto el proyecto estuviera en marcha, se imaginó cuánto saltarían de la emoción al saber que su madre estaba por convertirse en una cazadora de tesoros profesional.

Esteban, sin embargo, la miraba hasta con malicia, esperando tener razón, como era su costumbre. No le preguntó: *"¿Qué tal te fue? ¿No nos vas a decir nada?"* con la intención de hacerla sentir bien, con la intención de saber exactamente cómo se sintió, qué tal la pasó. Dónde comió, tuvo sed, estuvo cómoda. Aún el indicio de celos hacia Ignacio habría sido más tranquilizante que saber con certeza que su esposo la inquiría solo para darse ínfulas de moralista, de superado, de ser superior. Él esperaba que le detallara su trabajo como si fuera un esquema mafioso -que, en realidad era-, cargado de roña e intrigas, cuando lo único que debía hacer era ir y no aburrirse mientras otro trabajaba.

—¿Eso fue todo?

—Sí. ¿Qué más esperabas? —. Encogió los hombros. No era para mucho, y las nenas se decepcionaron un poco. *"Apenas confirme algo, les digo todo"*. Tampoco volvió a llamar a Alcides en todo el día, aunque una parte de sí, quizás la instintiva, le decía que debía contárselo cuanto antes, pero este instinto apenas era respaldado por el temor de una represalia, como ese que viene del que está por morder la mano que le da de comer; claro, si la mano llegaba a enterarse.

Mayores eran, sin embargo, el miedo a una oportunidad perdida, o el miedo a que no le correspondiese nada si Alcides se enterase y decidiera ocuparse con su propio abogado... Inclusive, cuando obtuvieran la primera confirmación de la existencia y ya hubiese hecho firmar a todos los involucrados un contrato, ahí se aproximaría a Alcides y le diría: *"Jefe, mil disculpas por tomarme el atrevimiento, pero esto está listo para empezar y hacerlo multimillonario"*. Se habría ganado la confianza de todo el equipo, y entonces no podrían cambiarla. Pondría en jaque al Gobernador. Todo este plan lo

elaboró en estricto silencio durante el camino a casa, e Ignacio no se atrevió a interrumpirla porque él también se hallaría meditando el protagonismo del papel que le tocaría representar.

Con respecto a Ignacio, María Inés se propuso que la norma sería actuar simulándole confianza absoluta, aunque, valorando el silencio de Ignacio, trataba de imaginarse en qué momento el destino de los enfebrecidos por el oro la haría probar el sabor a hierro de su propia sangre traicionada. Un escozor en la columna siguió a la idea de Ignacio hundiéndole un machete oxidado en la espalda, a falta de un instrumento más lírico. Ya no estaban en el Oeste ni en los años de la Colonia en el Paraguay. Morirse por algo así no podía ser tan fácil... Un contrato sería su coraza, aunque, ¿quién lo reclamaría en su nombre si todos se ponían de acuerdo en su contra? Su única opción, entonces, era fingir una calculada demencia en asuntos de desconfianza. Básicamente, fingir que de abogada solo tenía el título y no las mañas.

—Hoy llegamos del colegio y le encontramos a tu papá ya con dos tipos —dijo Esteban—. ¿No le querés decir que venga más temprano? Nos encantaría dormir algo, aunque sea hasta la cena, pero están ahí martillando y-

—No nos deja estudiar —añadió Dana.

—A mí me gusta que el abuelo esté acá —reclamó Erika, buscando la aprobación de su mamá, visiblemente desinteresada por un drama tan insulso.

—¿No preguntó por mí? —María Inés desvió el tema con astucia.

—Le dije que estabas en el interior por el trabajo del gobernador. Nada más.

—¿Dijo algo?

—Está feliz, él. Pasa que él nunca tuvo que hacer ni aceptar algo así... —Ufff, Esteban empezaba de nuevo. Qué pesado, *la puta que lo parió*... Perdón, Dios, perdón, suegra—. La tuvo fácil con el trabajo que hace —continuó su esposo.

—No podés saber qué tuvo que hacer o dejar de hacer.

—No hace falta que me respondas así.

María Inés se detuvo a remarcar su reclamo.

—¿Así? ¿Cómo?

—¡No discutan! —A veces la voz chillona de la diminuta Erika podía resultar tan irritante.

Esteban se puso en ánimo conciliatorio.

—Está bien. No te sulfures.

—¿Por qué no te ocupás de tu trabajo y yo me ocupo del mío? ¿O vos me escuchás todos los días diciéndote qué tenés que hacer y cómo?

—Siempre te pido tu opinión cuando no estoy seguro de algo.

Dana levantó a Erika de la mesa con sutileza de adolescente entendida y se la llevó al patio.

—No hace falta que escuchemos —le dijo a su hermana, y Erika la siguió sin protestar.

Sus padres las ignoraron, cada uno concentrado en la mirada del otro, en cuánto odio podían albergar, en el tono de voz y en su carga de malicia.

—¿Yo te pedí tu opinión? —preguntó María Inés.

—No hoy, pero-

—¡No! Entonces no te metas, por favor. Te respondí perfectamente bien a tu pregunta. ¿Cómo me fue? *Bien*. ¿Sabés a qué se parece mi trabajo? ¿Viste cuando llegás y papá está rompiendo las pelotas solo con la electricidad, la plomería o cualquier mierda, y vos estás cerca mirándolo porque si tratás de ayudarle te manda a la puta? Entonces mirás, y le das conversación o te hace pasarle el tereré porque sabe que te sentís inútil. ¿Viste eso? —Obviamente, Esteban no le contestó, sino que acumuló rabia y también impotencia. María Inés se arrepintió de inmediato, no solo por haberlo achicado, sino por meterle en la cabeza una nueva interpretación de algo que Esteban ya había asimilado como normal, que a la fuerza tuvo que hacer que funcionara en su cabeza para no terminar con ella por hartazgo hacia su familia. Ahora María Inés le había roto la frágil muralla que lo protegía de esa dolorosa verdad: se creía un inútil frente a su esposa, y frente a su familia. O, peor: así lo hacían sentirse. *"¿Tan mierda puedo ser?"*. Suspiró—. Disculpame.

—¿Por qué? Fuiste bien clara—. Toda la fuerza de su voz quedó apagada. Esteban quería llorar—. Vamos a terminar de comer, ¿sí?

—Disculpame. Me sentí atacada porque por fin estoy haciendo algo bueno, algo que me gusta...

—No quise atacarte—. Esteban ya ni la miraba. Jugaba con los tallarines en su plato—. Solamente no quiero que dejes tus principios por esto. Eso nomás. El resto… el resto viene solo si hacemos bien las cosas. Así fue siempre.

—Puedo usar la primera parte del pago para traer otra gente a trabajar, y que vengan solo los fines de semana, cuando estemos los dos.

Esteban frunció el entrecejo.

—Nah; tu papá se va a ofender. Aparte, si puede ayudarnos en eso... Tenemos otras cosas que pagar.

—¿Vas a poder aguantar entonces? Necesito que me apoyes en esto.

—Sí... Puede ser peor. Aparte las nenas sufren conmigo. No es que estoy solo.

—Te prometo que este es el último trabajo que agarro de esta clase.

Esteban ya se levantó.

—Sí, claro. Me voy a acostar. Estoy demasiado cansado.

Ella se quedó mirándolo mientras le daba la espalda.

—Te amo —le dijo, pero sonó como si tirase del carrete cuando el pez ya había soltado el anzuelo.

—Sí. Hasta mañana.

*

Doce personas estallaron por el júbilo de lo increíble materializándose frente a sus ojos, y lo increíble tomó forma de marcas amarillas en una pantalla LED, marcas que se extendían a lo largo y a lo ancho, que abarcaban metro, tras metro, tras metro de medición por el que el detector de metales pasaba, acompañado de pitidos largos y cortes breves que gritaban: *"¡Aquí discurre un arroyo de oro!"*. Ahora estaban incluidos un geógrafo que interpretaba al detector y un maestro mayor de obras que aún no había anunciado su papel; ambos traídos por el tasador y el ingeniero.

María Inés todavía no le había adelantado a Alfonso que el maestro mayor sería el nuevo jefe de toda la cuadrilla, y le costaba imaginárselo tomando la noticia con azúcar, porque eso implicaba más gente, menor paga para todos ellos, los exploradores originales, menor parte para Alfonso, menor crédito y, por ende, menor valía frente a los ojos de todos. Lo bueno era que no debía lidiar con eso todavía, porque, contrario a todo silogismo razonable, un montón de leyendas y corazonadas con trasfondo metafísico ayudaron a la ciencia más perfecta a formar la hipótesis de que, en ese preciso lugar, no solo existía oro, sino que lo había en cantidades imposibles de cargar por once hombres y una mujer, lo cual, claro estaba, trajo otros problemas.

—¡Doctora! —le gritó Héctor, la camisa blanca sudada hasta el pecho y el cabello pegado a su frente por toda una mañana de haber caminado bajo el sol—. ¿Qué dice la ley de los tesoros en propiedad privada?

—Que son mitad del dueño y mitad del descubridor.

Un aire ominoso nubló la exaltación.

—Y, ¿si el dueño no participa de la excavación?

Los doce estaban mirándola.

—Igual nomás. Es la ley… Esto en sí, sin permiso, está prohibido.

—¿Se puede pio hacer algo?

—Muy difícil —respondió ella. Un leve malestar en el estómago —. Igualmente, para eso primero habría que llegar a juicio —añadió

para quitarle gravedad al asunto, pero la imagen de Alcides Ortiz ya estaba plantada en la mente de todos.

Héctor sonrió, nervioso.

—¿Vos le llegaste a decir ya al Gobernador?

Ahí se dio cuenta del peligro real. Eran doce locos contra un hombre con el poder de un Estado heredado y con envidiable salud corrompida. Y, aunque Héctor no quería confesar quién estaba financiando todo el equipo que estaban por traer ahora que se había confirmado la existencia de oro, ella estaba segura de que nadie alcanzaba la altura del poder que Alcides Ortiz sostenía sobre sus cabezas.

—No… no le dije.

—¿Le vas a decir?

—Mejor, no. ¿Verdad?

—Tenés toda la razón, doctora —concluyó Héctor—. Nosotros nos encargamos de hablar con él, entonces. Vos estás al frente. ¿Está bien, *pa*?

Ella asintió.

—Óscar y Julio (Acá nuestro Maestro de Obras) se ocupan de la logística—. Se dirigió a todos—: Pero nosotros procedemos solamente hasta donde ella nos diga. ¿Verdad?

Los once hombres asintieron, incluido Ignacio, que estaba al lado de ella. Más le valía a María Inés quitarse el asunto del contrato de la cabeza. Allí jamás se firmaría nada. Estaba poniéndose al frente de una bomba de tiempo, una bomba que podía estallarle en la cara, o solucionarle la vida hasta sus tataranietos.

#

Capítulo XI – Maestro de Obras

Revisó su teléfono mientras le vibraba en medio de la excavación. "Gobernador Alcides Ortiz".

Se le anudó el alma pensando en que el hombre podría estar ingresando a la estancia en ese mismo instante y descubriendo que quince extraños hacían un pozo tamaño piscina en su tierra y sin permiso.

María Inés se alejó del resto del grupo para contestar. Casi la totalidad de los excavadores se volteó para mirarla, la única distracción atractiva en medio de torsos peludos de hombre, olor a sudor terroso y extensiones aburridas de nada. Además, ahora había venido vestida con un sombrero de fieltro estilo panameño, camisa suelta blanca sobre unos pantalones de algodón de bota manga aireada, y botas de cuero para que las ortigas no se le pegaran al pantalón y entre las medias. Era la mejor vestida del grupo, por supuesto, y aunque se daba cuenta de esas miradas descaradas nacidas de la monotonía, para ella todavía no podían convertirse en un peligro, puesto que los ánimos estaban calmos y los trabajadores entusiastas, así que mientras sostuviera las miradas de esa forma, también sostendría poder sobre las decisiones que concernían a todo el grupo. Tenía que tener cuidado, nada más, que de que esas miradas no se volvieran lujuriosas, y de que ese descaro no se encontrara nunca acompañado por la sensación de que los derechos estaban injustamente repartidos.

—¿Gobernador?

¿Aprovechaba y le contaba absolutamente todo? ¿Qué pasaba si le decía: *"estoy llegando"*? Era posible; en derecho la habían preparado para saber que todo lo que podía salir mal, con frecuencia salía mal. Por ello existía la ley, por ello existían los abogados. Para el futuro, para prever.

—¿Qué tal todo, doctora? —. Alcides estaba en calma—. Me llamó el tasador para comentarme que se está atrasando por unos cálculos del ingeniero y no sé qué cosa—. Ella suspiró del alivio al saber que él no estaba llegando. Por otra parte, la presión en su pecho solamente aumentó: el plan se había empezado a mover en serio—. Quiero saber si vos *pa* estás todo el tiempo con ellos—. Allí notó algo de irritación en su voz, pero lo movía una curiosidad legítima por el

repentino cambio de planes.

—Sí, sí. *Justamente* ayer estuve con ellos dos en la estancia, y es cierto lo que dicen. Pero dicen que un mes máximo se va a extender.

—Mirá que el Ministro me dijo que ellos son de confianza, los mejores y todo eso, pero si vos me decís que están boleteando para pedir más dinero, hago que los cambien ya mismo.

—No, no. Yo les acompañé, señor, y es cierto lo que dicen. Hay mediciones que sí o sí se tienen que hacer para que en el Registro de la Propiedad no salten problemas, y de repente los bosquecitos y el arroyo dificultan un poco.

—Ah, bueno. Por eso nomás te llamaba, doctora, pero si me decís que me tranquilice, entonces *me entrego a tus manos sanadoras*—. Alcides Ortiz soltó una carcajada, que María Inés acompañó—. Que tenga un buen día, doctora.

—Igualmente, Gobernador.

Le cortó. La oportunidad de hacer "bien" las cosas se le acababa de escapar.

De la casa del capataz salía Alfonso, quien como ahora no tenía mucho que hacer, se pasaba hablando con Ignacio, supervisando la comida y acercándose de tanto en tanto a ver el progreso de la obra. No era uno de esos hombres a los que les gustaba recibir órdenes; menos le gustaba estar con el resto hombreando paladas de tierra y rompiéndose el lomo en posiciones peligrosas. María Inés no podía reclamarle nada, porque la idea original era suya y el equipo también, pero por un momento se acordó de Esteban. Ignacio, por fortuna, lo entretenía con astucia y no le permitía aburrirse ni desarrollar planes o protestas que atrasaran el trabajo, puesto que el muchacho tampoco aportaba demasiado, pero era un cable conector entre María Inés y los obreros que no hablaban español. El problema siempre estaba en: ¿qué pasa si Ignacio es el que se aburre y Alfonso lo convence? Significaba que ella tenía que estar encima de ellos tanto como pudiera, pero, honestamente, le desagradaba la idea.

Esa mañana, María Inés había cobrado la primera parte de su sueldo. Con su propio dinero fue a la carnicería en compañía de Ignacio, y le preguntó cómo debía elegir la carne. Compró tiras de asado de primera, costilla de primera, osobuco, chorizos a rabiar, entre parrilleros y rellenos de queso, carnaza para puchero, tomate, lechuga, cebolla, papa y mandioca sin pelar para que el cocinero no tuviera todo tan fácil, y llegó con semejante ofrenda de paz a la estancia, a la vez que Alfonso traía en su camioneta cinco pares de manos hábiles, y Julio, el joven maestro de obras de veinticinco que había venido con Héctor y Óscar, llegaba a su vez con dos obreros más, herramientas, detectores más pequeños, carteles de señalamiento y hasta una heladera pequeña que conectaron en la casa del capataz,

todo pagado vaya uno a saber cómo, más ni el tasador ni el ingeniero aparecieron ese día, ocupados en Asunción con engaños burocráticos e informes falsificados.

Luego de la ofrenda de paz, Alfonso designó al cocinero, un señor de más de cuarenta con manos hábiles con los caldos y las carnes, el que ya venía cocinándole al grupo original desde hacía meses. Pero, para sorpresa de Alfonso, María Inés tenía algo que decirle, y el recién llegado Julio estaba su lado.

Fue ahí que se enteró de que estaba relevado de su labor como jefe de cuadrilla.

—Igualmente necesito que te encargues de supervisar la comida, de la logística… que no les falte nada. Y, si no le entienden tus hombres a Julio, que le ayudes.

—De repente vamos a tener que ir a la ferretería del pueblo por si faltan cosas —añadió Julio, ayudándola a darle utilidad a Alfonso.

Alfonso levantó la vista y lo miró fijo al muchacho, a quien doblaba en edad.

—Pero, ¿no es que vos ya estás trayendo todo?

María Inés intercedió apenas olisqueó la tensión.

—Sí, pero él no conoce la ferretería, ni el pueblo ni a la gente como vos sí conocés. No es que puede ir un extraño y comprar muchas cosas y volver sin llamar la atención. Vos sí te podés ir y venir sin problema, sin que nadie te diga nada.

Alfonso asintió sin mirarla a los ojos.

—Bueno.

María Inés le había pedido a Ignacio que se mantuviera todo ese tiempo hablando con los obreros. No quería que tres personas atosigaran a Alfonso en ese momento y lo hicieran sentirse acorralado.

—¿Te gustaría avisarle a tu familia que ahora Julio les va a decir cómo hacer?

Alfonso negó con la cabeza.

—Mejor deciles vos, doctora. Vos les vas a saber contestar mejor todo.

Lógicamente, Alfonso sabía que ella no hablaba el guaraní, y que tendría que hacerlo con Ignacio como intérprete.

Luego de darles la larga noticia a todos, observó cómo Ignacio repetía y las miradas de confusión, irritación y fatiga se manifestaban en los rostros de los familiares. *“Tanto tiempo trabajando bien y ahora nos quitan nuestro derecho”. “Sí”,* quiso contestarles en ese momento, *“siempre es fácil trabajar gratis con la esperanza de que ocurra un milagro, pero cuando viene alguien a darles una mano, a asegurarles que con su ayuda van a poder meterse más profundo que nunca y encontrar el dinero, ahora que todo se hace realmente posible, también les preocupa ceder un poco. ¿Qué es sacrificar una parte si a cambio se aseguran la vida?”.*

Podía darles el discurso, pero sin el ímpetu motivador que requería, arruinado por las pausas en la traducción y el desánimo natural de Ignacio. Dicho así, de nada habría servido.

María Inés podía sentir el peso del descontento de Alfonso presionando la parte de atrás de su cuello.

—Me dice Martín que la comida enseguida ya va a estar —anunció en guaraní el nuevo jefe de cocina, de logística, el ideólogo, llevándose el crédito por relajar las miradas.

—Les traje carne para asado, chorizos y costilla. Para mañana hay puchero —anunció ahora María Inés, e Ignacio tradujo.

Si bien apenas le prestaron atención y ya se encaminaban hacia la casita para buscar sus platos, era importante recalcar que ella era la que los estaba manteniendo. Dentro de todo, salvo los asuncenos, los de ahí estaban trabajando sin sueldo alguno. Si se enteraban de que a los recién llegados alguien los estaba financiando, ¿quién sabía cómo podrían reaccionar?

Al final del día, el agujero había alcanzado tres metros de profundidad y cuatro de ancho, orgullo de Julio al terminar la jornada.

Ya cuando María Inés se encontraba regresando a casa con Ignacio a su lado, le preguntó si se había enterado de algo importante.

—Me dijo el muchachito Vera, el primo, que nunca habían excavado tan rápido desde que empezaron.

—¿Entonces Julio les dirige bien?

—Más que bien. El que no parece contento con eso es Alfonso.

María Inés inspiró profundo y exhaló en silencio.

—¿No le dijiste todavía a Esteban y a tus nenas?

Ella negó con la cabeza.

—Capaz que les diga hoy. ¿Vos le dijiste a alguien?

—A nadie, doctora.

—Más vale —sonrió, como si hubiese sido una broma—. Ni siquiera a mis papás.

—Ni te vayas a preocupar.

#

Capítulo XII – Vanas Esperanzas

La proyección real de un futuro como pareja siempre se producía después de una discusión al rojo vivo, emocionalmente violenta, dentro del límite de la paciencia y también cruzándolo hasta el punto en que uno de los dos (generalmente el atacado) decía: "Ya está. Me voy de esta casa y vos, abogada, te encargás de nuestro divorcio". La verdad… en general este era Esteban.

La pregunta era: ¿por qué? ¿Por qué siempre tenía que ocurrir de esa manera? ¿No podía él un día sencillamente llegar a casa y decir: *"Ya está. Pagué mi matrícula de la universidad y desde el mes que viene retomo mis clases"?* ¿O, decir: *"encontré un nuevo trabajo como asistente de consultorio privado"?* No. ¿Por qué tenía que ser siempre ella la que lo tuviera que empujar de esa manera? La que lo hiciera reaccionar a través de algún comentario inintencionalmente hiriente, o a través de una pregunta sencilla*: "¿Llegaste a averiguar algo de?"*. Era todo, y él explotaba, que *"por qué me metés encima tanta presión",* que *"por qué esperás tanto de mí que, si no fuera por vos, no estaríamos así",* y la convertía a ella en el villano, solamente por querer verlo en su mejor versión posible, tal como lo había conocido, tal como se había enamorado de él y le había dado la confianza de que tener a sus hijas sería una dicha y no una carga. Gracias a ella él había llegado a ser alguien, no se había fugado, no estaba teniendo otra familia en cualquier parte o viviendo en camas calientes. Ahora, si bien su techo era de tela, dormía en una cama caliente (propia) y cocinaba sobre un horno a gas con una olla Essen a presión que despedía vapor caliente y aroma a caldo de verduras, una vida que tantos envidiaban. Llegó hasta eso porque en algún momento deseó más, quiso más; ¿no era así?

Lo peor era que, solo al final, cuando ella llegaba al llanto y él también, acababan cediendo, ella diciendo que no lo volvería a molestar sobre el tema, aunque a ella le seguiría molestando, pero él aceptando que *"Está bien, tenés razón. Voy a preguntar por el tema de la matrícula el lunes".* Eso mismo había ocurrido con la discusión sobre este último trabajo del Gobernador, y había resultado *tan* desgastante emocionalmente, que tener que pasar por otro proceso similar en menos de una semana de haber empezado…

Pocas veces realmente seguían sus propias promesas, pero al

menos se daban una mutua impresión de crecimiento, de aceptación, y así llegaba el futuro, se hacían viejos, y en realidad nunca habían cambiado, solamente cedido, pero cedido en las expectativas sobre el otro; nada más.

Últimamente llegaban a ese límite con mucha más frecuencia que de costumbre; frustraciones personales que volcaban una cortina de oscuridad sobre el futuro y provocaban una resignación de la que ninguno quería hablar. Especialmente le ocurría a Esteban, pero la satisfacción que traía resolver juntos esos impasses se suponía que justificaba seguir juntos y seguir confiando el uno en el otro. Ambos habían experimentado lo bueno y lo malo como pareja, y eran conscientes de cómo funcionaban juntos, pero con esto del tesoro y el hecho de que Esteban estaba cerrándose emocionalmente, María Inés se preguntaba cuán detrás estaba de la cortina de oscuridad. ¿Podía esperar que Esteban se esforzara por levantarla y buscar a su esposa? Probablemente, ya no. Él estaba detrás de su propia cortina, y ella no se encontraba ni la mitad de segura de querer sacarlo de ella esta vez. Siempre era ella la que reaccionaba primero, la que le hacía ver que se estaba relajando demasiado, que no estaba procurando adaptarse a la vida que sí evolucionaba y exigía más de ellos con el paso de los años. Nadie decía que María Inés no tenía fallas; claro que las tenía, pero al menos *hacía algo* para cambiar su situación.

De todas formas, ¿cuánto tiempo más podría guardar el secreto?

"Solo un mes, hasta que salga mi parte".

Pero, su familia ya debería estar preparada emocionalmente para entonces, y tal signo de desconfianza hacia Esteban y hacia sus hijas no podría ser perdonado ni con todo el oro del mundo.

"Los estaría protegiendo de lo que implica desear ese dinero". Desear dinero en sí era un problema que a ella no la dejaba vivir en paz. A veces envidiaba la capacidad de Esteban de vivir bajo el lema de *"Dios proveerá",* pero a ella su familia le había enseñado lo costosa que era la buena vida, la vida que no implicaba ir a esperar turno desde las cinco de la mañana al IPS cuando una migraña no la dejaba dormir, la que les permitía a sus hijas ir a un sanatorio privado aun si apenas sufrían dolores menstruales, la vida de alguien que no tiene que pensar: *"No me alcanza"*. *"No me alcanza, no me alcanza"*. Eso a ella la atormentaba por días y noches enteras, ¿y ahora estaba por meterle la misma preocupación a toda su familia? No era justo. No era justo tener que desear tanto tener dinero, teniendo la capacidad para producirlo, pero no las oportunidades. Inclusive tenía que ir con Ignacio porque los hombres que estaban allá a ella jamás la hubiesen escuchado en primer lugar. ¿Qué de justo tenía imbuir a Esteban de una carga que nunca podría comprender del todo, y a sus hijas con un demonio que, si hacía bien las cosas, nunca tendrían que conocer?

Y, mirando a Esteban a los ojos, hirviendo verduras para sacar un caldo de maíz, calabaza, papa, tomate y zanahorias, se preguntó cómo es que, teniendo que experimentar esa realidad día tras día, la de ver a la gente teniendo que gastarse hasta su último guaraní para comprar los medicamentos que el maldito IPS no tenía, él no pensaba en hacer algo para evitarse caer en algún momento en semejante vida.

—Heeeeyy, te veo bien hoy, chef —le coqueteó ella con intención real de conocer su secreto. A su vez, colocaba los cubiertos sobre la mesa siguiendo las maneras del protocolo ceremonial con ayuda de Dana, para que ella también aprendiera. Erika, por su parte, estaba concentrada en su rincón de sala/habitación haciendo la tarea, así que estaba dispensada del deber de esa noche.

Esteban le sonrió abiertamente y soltó una carcajada.

—A veces se ven cosas en los pasillos de IPS que te hacen valorar cada verdura que tenemos. Eso nomás. Esto me da paz. ¿A vos no?

María Inés no le contestó ni le permitió profundizar sobre el tema, pasando a hablar… de cualquier otra cosa.

#

Capítulo XIII – El Alma de la Tierra

A la semana el hoyo ya se había expandido como si con la excavación hubiesen dilatado la pupila de la tierra. Daba esa impresión parándose María Inés al borde del pozo, viendo las capas de tierra que formaban un hueco en el centro y se sumergían por un canal de túneles y escaleras hasta la profundidad, hasta el alma escondida detrás de la pupila, hasta el tesoro del Mariscal López.

Julio y sus obreros empezaban el trabajo diariamente desde las cinco de la mañana. Dos horas más tarde, acostumbraban llegar María Inés e Ignacio trayendo pequeñas ofrendas para las tres comidas de ese día, ya que, desde el segundo día, fue Héctor quien empezó a traer la comida por sí mismo, pero se dieron cuenta de que no alcanzaba ya cuando llegaba la tarde y no encontraban ni una clase de sobra que echar al fuego, más el trabajo se extendía hasta las ocho y más.

—¿No le podés pedir más dinero a tu jefe? —le preguntó Ignacio.

—No es así nomás. Seiscientos es lo máximo que conseguí. Imaginate que tiene que alcanzar para un mes, y no hay nada que mostrarle todavía. Julio dice que si llueve vamos a necesitar carpas, generador… miles de cosas. Vos no te hacés idea de lo que esto cuesta.

—A ver —le dijo Ignacio—. Tengo una idea.

—¿Por qué no me das a mí, patrón? —le preguntó Alfonso uno de esos días, en un momento en el que María Inés se asomó al pozo queriendo sentir el aire viciado del que se decía provenía del interior, como si estuvieran ventilando la habitación sellada de un alma atormentada. Quien sí escuchó la conversación, y quien a su vez intervino en ella, fue Ignacio, y se la relató posteriormente a María Inés de esta manera:

—Vos sabés que este dinero a mí me da mi jefe para ustedes —le contestó Héctor, mientras Ignacio cebaba *mate* para los tres, sentados a la mesa. Hacía una mañana fría y amenazaban las lluvias, pero el trabajo no cesaba, aunque Julio determinó que tendría que traerse una carpa y construirse un depósito nuevo para las herramientas, luces y cableado que pronto necesitarían cuando el túnel profundizara—. Yo le tengo que llevar factura todos los días de lo que compro.

Ignacio miró a Alfonso. La mirada de Alfonso indicaba que no estaba dispuesto a entender la razón de Héctor.

—Yo puedo comprar en el pueblo por la mitad de lo que vos pagás en Asunción, ¡si mi amigo mismo es el que mata a la vaca! Dame, y yo te traigo más por el mismo dinero.

Héctor ya se veía incómodo. Asimismo, Ignacio se había dado cuenta de que lo que Alfonso quería era dinero. Por supuesto; desconfiaba de que fuese a tocarle una porción decente al final de la excavación, y como ya empezaba a ver sus esperanzas hacer agua entre sus manos y las de su familia, quería empezar a tapar agujeros de la forma que pudiera.

—Vos sabés que yo me voy cuando haga falta al pueblo a buscar todo. Mejor calidad luego te voy a traer.

Héctor miró a Ignacio, y este asintió apenas con un parpadeo, suficiente para que el tasador entendiera el mensaje.

—Si te doy, me tenés que traer factura.

—Ese *ko* es el tema. En el pueblo *nio* no se hace factura, *che* amigo, pero que te voy a traer más y mejor carne, así va a ser —se apoyó solemne la mano contra el pecho— por mi abuela te juro. Pan y todo.

—Bueno, igualmente no puedo yo traer todos los días. Nos estarías haciendo un favor.

Héctor suspiró y le pasó el dinero, que llegaba a seiscientos mil guaraníes. Se suponía que, en el pueblo, equivalían a casi cinco millones.

—Vos sabés que él se va a quedar con el vuelto —le recriminó María Inés a Ignacio.

—Pero tiene que traer buena carne. Se comprometió con Héctor. Aparte, si se queda con un poco… —encogió los hombros—. Mejor es que no te comprometas vos, doctora. Es mucho trabajo.

Por supuesto, al día siguiente Alfonso se excusó con que *"le llevaron de mi amigo toda la carne de primera, pero dice que mañana le traen de primera los menó"*.

Después del mediodía, se acercó Julio a María Inés y la llevó hacia un costado para hablar. El joven se encontraba sudoroso, con toda la ropa incómodamente pegada a su cuerpo, y del casco con linterna le chorreaba el sudor que le colgaba de las pestañas y llegaba hasta su bigote.

—Doctora, ¿vos trajiste hoy la carne?

—No. Trajo Alfonso.

—Hurrm… —no supo cómo decirlo. Se limpió el rostro con la camisa. A pasos de él, reunidos en ronda bajo el árbol, los excavadores, igual o mucho más mugrientos que él, peleaban con la carne al punto de tener que devolverla al plato. Apenas se comían las

verduras, y un par de hombres donó sus pedazos de puchero de segunda (no, de tercera, y conste que se hizo a la olla) al perro flaco *barcino colí* que se paseaba entre el lugar. Nadie supo de dónde vino, pero inmediatamente fue adoptado como una buena señal—. ¿Será que mañana te podrías encargar vos?

—Necesito pedirle el dinero a Héctor.

—Sí, decile *na* porfa, doctora. Vos sabés que estamos yendo bien, pero todo el día tienen que aguantar ahí abajo y no quiero que alguien se me queje, se enferme, se canse... ¿entendés?

—Entiendo, no te preocupes. Me encargo.

Pensó en llamar a Héctor, pero Ignacio:

—¿Qué pasa si Alfonso ya se está quedando el dinero y le pasa también a su gente?

Inés lo meditó.

—¿Vos qué harías?

—Aguantaría nomás, doctora.

—¿Podés conversar vos con él?

Él pareció retroceder un poco.

—Y…

—Bueno. No te preocupes. Vamos a dejar por hoy, a ver qué trae mañana. Si es carne fea de nuevo, voy a encargarme yo directamente.

—Tenés que hacerte respetar también, doctora.

María Inés miró a Alfonso, que en persona servía con un cucharón el puchero en cada cuenco de latón, sacando porciones llenas de esa olla negra de tantas capas de grasa que se le pegaron con los años. Él les servía con orgullo de capataz. Nunca había dejado de serlo.

María Inés se preguntó cuánto tiempo pasaría hasta que Julio fuera incapaz de seguir liderando la excavación con todos los problemas que esa gente pretendería acarrear. Inclusive, se preguntó si acaso no preferirían impedir que llegaran a ningún lado, solo para que el Gobernador y su tropel no llegase a tocar un solo guaraní.

—No le voy a dejar hacer quilombo.

—¿Qué querés hacer?

—Vamos a tener que quedarnos hasta que se vayan. Lo único que falta es que empiecen a robarnos herramientas o…

En casa nadie volvió a cuestionar los motivos por los que María Inés salía con Ignacio desde las seis, siete de la mañana y regresaba a casa a veces a las ocho de la noche. Aquella indiferencia de parte de Esteban le dolía en el pecho, a la altura del corazón, no como una punzada, sino como un viento frío que le recordaba que estaba llegando una ola helada desde la Argentina en medio de los calores extremos del campo pelado paraguayo.

“Por lo menos una buena noticia”.

Para el día siguiente, se adelantó y llegó ella misma con la carne y las verduras del dinero que Héctor le había girado la tarde anterior; otros seiscientos mil. Trajo mucho menos, y Alfonso se lo hizo notar frente a los recién bañados obreros que llegaban desde el pueblo.

—Qué poca carne trajiste hoy, doctora.

Los otros la miraron, especialmente los familiares de Héctor.

Julio ignoraba adrede el conflicto, yendo él mismo con sus hombres de confianza a desbloquear la caseta con las herramientas. El túnel no hacía falta resguardarlo: solo había cableado y unas cuantas lámparas instaladas.

—Es de primera, Alfonso. Les va a gustar y no hace falta que le tengan que dar al perro. Para el perro dejen los huesos, pero ustedes tienen que comer bien.

Uno de ellos respondió en guaraní. María Inés le preguntó a Alfonso qué dijo.

—Dijo que le dieron al perro porque tenía hambre, y era la carne de ellos e igual pudieron trabajar.

El perro había regresado nuevamente ese día. Esperaba el desayuno, ya recostado junto al brasero, mirándola, compadeciéndose de ella.

—¿Qué te dijo tu amigo de la carne que él tiene? Porque vos sabés que yo le tengo que responder a Héctor, y él me pasa el dinero. No es mi decisión.

—Confiá nomás en mí, señora, porque, así como vos traés, no *alcanzaité* luego—. Miró a los otros, que negaron con la cabeza—. Hay que hacer rendir. Vos sabés que a medida que más profundo entremos, hay que empezar a dejar gente que haga guardia, de noche y todo, y para ellos también tiene que alcanzar.

—Le voy a pedir más dinero entonces.

—Es lo máximo que Héctor pudo conseguir —añadió Ignacio.

Alfonso lo señaló, dándole la razón:

—Doctora, vos no estabas cuando Héctor nos dijo. Por eso me dio a mí el dinero. Aparte, vos *ko* tenés que encargarte de demasiadas cosas. Dejame a mí que yo me ocupo de la comida, para que nos alcance bien, ¿sí?

María Inés también terminó cediendo, presionada por el grupo de hombres que parecía cerrarse sobre ella. Ignacio, pese a que estaba a su lado, también empezaba a formar parte de esa presión.

—Mañana de mañana te traigo el dinero, cuando retire, de venida.

—Pero no le molestes nomás a Don Héctor, doctora, porque él tiene que estar acá para saber qué es lo que se necesita, así que, mejor

hacemos lo que podemos con lo que tenemos.

María Inés no le contestó.

De camino a casa, no le habló a Ignacio en todo el camino. No se consideraba traicionada, ni de por asomo, pero consideró la idea; consideró la idea, y eso hizo que empezara a medir cada palabra que había salido del muchacho hasta entonces. Ignacio, por su parte, comentaba esto y aquello y ella solamente asentía, más no le devolvía preguntas de ninguna clase. Él se dio cuenta de que algo estaba mal, y guardó silencio también.

De vuelta en casa, se habían hecho las diez de la noche. Julio le había recomendado que volviera temprano, y que por esa noche dejaría a dos de sus hombres guardando el túnel y las herramientas, cuyo canal parecía llegar cada vez más lejos, sumergirse en oscuridad, tocar el alma de ese cuerpo ancestral.

—¿Podés poner francotiradores en los árboles de por acá? — María Inés le señaló los árboles con cierta inocencia. Julio rio a carcajadas.

—No tenemos ese presupuesto, doctora. Ojalá, pero esto es lo que tenemos—. Le enseñó a María Inés un revólver brillante, negro, de tambor lustroso, que sacó desde la parte de atrás de su pantalón. Rápidamente le enseñó con un par de movimientos que cada una de las ranuras de las balas estaba llena con un cartucho—. Cada uno de mis muchachos va a tener una, y eso es mejor que nada. ¿Querés agarrar?

Ella la tomó de las manos de Julio. Así pesaba la muerte.

—Capaz que vos necesites una también.

—No creo.

—No sabemos, doctora.

—¿No confiás en los tipos de Alfonso?

Julio negó vehemente con la cabeza.

—Nada, luego. Yo siento que están esperando. Ojalá pudiera tener más gente mía acá. Ya con lo de la comida se me quejaron hoy, y supuestamente uno se enfermó. Están a punto de dejarme sus palas y con todo este trabajo encima. No sé qué quieren hacer, pero no me gustan. ¿Le podés pedir más gente a Héctor?

—Voy a ver qué dice. Como dijiste; no hay presupuesto.

—Sí… yo uno o dos días nomás les voy a dejar a los míos—. Miró largo rato a la casa del capataz, donde ahora dormía Alfonso, y luego miró a la línea de árboles que demarcaba el fin de la propiedad, como si esperara que algo saliera de ella—. Si acá no encontramos nada rápido, no voy a dejar que les cueste sus vidas. Ellos son chicos, doctora.

—Yo sé.

—Bueno… algo tenemos que hacer.

—Voy a hacer lo que esté en mis manos.

—¿No nos puede caer el Gobernador en cualquier día?

—Hasta ahora está tranquilo.

—Sí… —Julio asentía para sí y estudiaba la profundidad negra del pozo, esta noche en completa tiniebla. Sus dos hombres dormían dentro del depósito de herramientas, construido con madera a unos metros de la casa principal—. Tengo esperanza de que lleguemos. Un mes parece buen tiempo, pero se va a poner tenso si es que seguimos así. Eso nomás te digo. Yo, en lo personal, no le quiero a Alfonso cerca. Si es por mí, ni siquiera le vuelvo a llamar a esta gente.

—Son los descubridores.

—Sí, bueno, sin dinero y sin esfuerzo de nada sirve la idea.

Ya en casa, y por primera vez:

—¿Por qué viniste a esta hora? —. Las niñas ya estaban dormidas, así que Esteban la llevó cautelosamente hasta el jardín.

—¿Ahora te importa?

—Me preocupa.

—¿Qué te preocupa? ¿No sabés que voy y vengo con Ignacio?

—No me gusta que estés mucho tiempo con él.

—¿Qué? ¿Desde cuándo tenés celos de Ignacio? ¿No ves que tiene veintidós, veinte años?

Esteban evitó su mirada, avergonzado.

—¿Qué pasó? —insistió ella.

—Nada.

—¿Hoy vino papá?

—Sí.

—¿Qué te dijo?

—Que le traés súper tarde a ese chico a su casa. Quiere saber qué es lo que tanto hacen.

—¿Eso nomás te dijo?

—Sí.

Pero habría sido el tono, seguramente, el que le instaló la duda.

—Te vamos a acompañar. Mañana pedí mi día libre y en el colegio no hay clases.

—¿Qué?

—Va a haber asamblea de profesores en el MEC o algo así.

—No.

—¿Por qué?

No sabía cómo explicárselo.

—Porque hablás desde los celos. ¿Sabés los problemas que vas a darme si vas mañana a tener un ataque de celos en el medio de la obra?

—¿Por qué pensás que debería darme un ataque?

—No insinúes nada —lo amenazó.

—Entonces dejame ir. ¿Qué es lo que tenés que esconder?

María Inés empezó a sentir la urgente necesidad de morderse las uñas.

—Aparte, me voy con las nenas. ¿Qué es lo que puede pasar?

María Inés cerró los ojos un momento. Lo último que necesitaba era otro problema a sus espaldas.

—Bueno, vamos mañana.

—¿Ignacio se va?

—Sí —le respondió ella con seguridad—. ¿Pasa algo si se va?

—No, nada.

—Bueno, es mi secretario. Acordate de eso.

Ella se dio vuelta y regresó a la casa, que ya no le daba el espíritu para seguir un minuto más de pie. Cómo les explicaría lo del tesoro sería la parte más fácil de todos los dramas que tenía por resolver al día siguiente. Lo peor fue que ya eran las doce. Dormiría apenas cinco horas, y para más, se había olvidado de llamar a Héctor con el pedido de más gente para Julio. A esas alturas ya no podía hacerlo.

No lo pudo llamar tampoco a las seis de la mañana, porque ya tenía encima a Ignacio por un lado, y a su familia completa por el otro, esperando ir de día de campo.

Ya estando allá, dejó que su marido y sus hijas descubrieran por sus cuentas lo que estaba pasando. Apenas llegaron, Julio le dijo que habían faltado dos obreros. Se sintieron mal del estómago. Apenas vinieron el más joven, el primo Vera, y uno de los hermanastros, igual de joven. Del tío mayor, ni siquiera Alfonso sabía qué había pasado, según él.

El trabajo se había puesto el doble de exigente, y la carne siguió llegando peor; no por culpa de Alfonso, por supuesto.

—¿Hablaste con Héctor, doctora?

Esteban los miraba, confundido, pero María Inés hacía todo lo posible por no tener que explicarle nada.

—Ahora lo llamo.

—Hoy ya pudieron venir dos personas nuevas, doctora.

—¿Qué pasa? —preguntó Esteban, tratando de intervenir, pero Julio solamente lo miró con desdén y no le contestó.

—Yo te explico, doctor —le dijo Ignacio, llevándoselo consigo.

—Hoy ya es un día perdido si no consigo a la gente que faltó —insistió Julio, avanzando hacia María Inés.

Ella lo ignoró y se apartó rápidamente para llamar a Héctor.

—¿Está en pedo para tenerlos armados? —le dijo Héctor del otro lado.

—Es lo que dice.

—No… menos para que los tenga de guardias. Decile que no se le paga para que se le escape la gente. Esos que le acompañan son funcionarios míos; no quiero meter ni una persona más. El jefe no me va a permitir tampoco. ¿Cuál es el problema que no puede controlar a esos obreros?

—Nada. Tiene miedo; es un tesoro.

—Vos vas a saber qué hacer, doctora. Yo acá ya no me puedo ocupar del tema. Tengo que buscar generadores y toda esa mierda, y el Gobernador y el Ministro me rompen las pelotas para que termine esto. Decile que no jodan.

Ella le cortó antes de seguir escuchándolo.

Antes de regresar con Julio, fue directamente hacia Alfonso, que observaba las raciones de carne, mandioca y pan que irían para el desayuno y para el almuerzo con diligencia militar.

—Traeme del pueblo a tres personas más de tu confianza, pero que no me fallen, Alfonso. Un mes nomás tenemos y no se puede avanzar así.

Él le sonrió y sacó las llaves de su camioneta.

—Ahora mismo me voy y vuelvo, jefa—. Le hizo la venia militar y se fue.

Luego fue con Julio.

—Están viniendo tres personas más.

Él solamente se dedicó a mirarla fijo.

—No cuentes con Héctor. Arreglátelas, Julio.

Julio asintió varias veces, le dio la espalda, y regresó a liderar al pequeño grupo que había asistido ese día.

Por su parte, Esteban, las nenas e Ignacio estaban casi al borde de la piscina de tierra, a punto de ser tocados por el aire que provenía del alma misma de la tierra paraguaya.

Ella aceleró el paso hasta ellos antes de que se acercaran demasiado, y allí tuvo que explicarles y disculparse, pese a las caras de asombro absoluto e indignación que no podían quitarse de encima.

#

Capítulo XIV - La Semilla

Dana llevaba a Erika de la mano mientras Ignacio les explicaba en qué consistía una excavación del tesoro. El joven empleaba dulzura sincera en sus palabras, aunque no debía agradarle en absoluto el tener que cuidar a una niña y a una adolescente en medio de esa tierra sin ley. A María Inés, por su parte, no le gustaba que estuvieran mucho tiempo con el joven; corrían el riesgo de que llenara sus cabecitas con esa leyenda sobre la plata yvyguy, pero no le quedaba alternativa mientras Esteban se encontrara emocionalmente indispuesto, meditando en silencio, preguntándose adónde había dejado que se dirigiera su vida.

A Julio, por su parte, se lo veía cada vez más tenso mientras trataba de que cinco personas hicieran el trabajo de diez, incluyéndose a sí mismo. Fue recién a las once de la mañana que Alfonso regresó con tres hombres más, los tres con aspecto de parientes, entre los quince y los cincuenta años.

Alfonso los llevó ante Julio y María Inés y los presentó por sus nombres, aunque a María Inés se le olvidaron casi de inmediato mientras juzgaba el porte de holgazanes que cada uno cargaba como una bolsa sobre la espalda.

—Ellos no entienden nada de castellano, Julio —le dijo Alfonso —. ¿No querés decirme nomás lo que tenemos que hacer y yo hago la parte difícil ahí con ellos?

Julio miró a María Inés a los ojos. Ella le dio su *okay* con la mirada.

—Andá, nomás —lo autorizó Julio—. Pediles a mis muchachos que te expliquen qué hay que hacer.

Alfonso asintió con una genuina satisfacción; los llevó a tomar palas y picos, y pronto se dejaron caer en la pupila de la tierra.

—¿Por qué no me preguntaste, doctora? Ese tipo va a hacer lo que se le antoje. Jamás me resolviste lo de la carne.

—¿Preferís romperte vos la espalda con esos chicos?

—Puedo volver perfectamente a mi oficina con aire.

"Volvé, entonces, y perdete de todo esto", pero no funcionaba así.

—¿Qué necesidad tenés de estar al frente? —lo inquirió María Inés—. ¿Por qué no le podés decir a Alfonso bien las cosas y que él les mande? *Su* gente es. Él les trajo acá.

—No es lo que digo—. Hizo una pausa, y cambió a un tono más amistoso—. Mi jefe, nosotros… estamos poniendo demasiado dinero y tiempo, María Inés. Alfonso se queda con el dinero de la carne; yo sé. No sé si les reparte o no, pero a ellos realmente no les interesa el tesoro, no si tienen que compartir con nosotros. ¿Por qué? Porque puede ser chico y tenemos que pagar primero todos los costos; porque según esa gente, los espíritus mueven de lugar si no les gustamos, y ya escuché que a ellos no les gustamos. ¿Qué significa eso? Que prefieren hacernos perder el tiempo para que no encontremos y nos tengamos que ir.

—No van a hacer eso jamás. Saben que si no se encuentra ahora después se va a construir encima y nunca más van a poder.

—Ellos *no piensan* en el futuro. No quieren nomás que nosotros alcancemos nada. ¿Sabés que dicen mientras construyen? Que de noche Alfonso se dedica a usar su aparato de mierda de radiestesia para buscar, y que el tesoro está hacia otra dirección, que si seguimos ignorando a los espíritus entonces se van a enojar con nosotros, pero, ¿te acordás lo que salió en el scanner? *Todos* lo vieron. Estamos yendo bien. Solamente no quieren que sea para nosotros. Aparte, ¿me vas a decir que ellos no saben que si no se tapa a tiempo acá no se va a poder construir nada? Claro que saben. Vos misma les dijiste, y el ingeniero también ese primer día. Alfonso les habrá aclarado demasiado bien.

María Inés estaba encasillada, rodeada por una inmensidad cuyos límites era incapaz de sondear.

—Julio… —suspiró— Yo necesito que hagas tu trabajo y que terminemos esto.

—Yo le tengo que decir a Héctor lo que está pasando. Esto tiene costo, doctora. Alguien está pagando, y cada día que pasa se gasta más… Si el Gobernador se entera y le cuestiona a Héctor por qué perdió el valor de la venta, él -y todos nosotros- vamos a decir que fue tu orden, y que nosotros te seguimos porque penábamos que era lo que Don Alcides quería.

De golpe, toda esa planicie que crecía inconmensurable se encogió sobre ella; la presión interna del golpe afloró sus miedos y estuvo a punto de llorar, pero por ningún motivo se iba a permitir hacerlo frente a ese tipo, aunque su voz flaqueaba.

—Llamale a Héctor —lo desafió—. Llamale, y cuando te atienda, y le cuentes, pasame el teléfono.

Para colmo, ella volvió a sentir la mirada de Esteban puesta sobre su hombro. María Inés se volvió; su esposo no la miraba. Su marido estaba sentado a la mesa del desayuno, esperándola bajo la sombra del mangal mientras vigilaba a las nenas acercándose al hoyo y atosigar con preguntas al joven Ignacio.

—¿Qué voy a hacer, entonces? —le preguntó Julio, evidentemente incómodo con la idea de molestar a Héctor él mismo.

—Llamale. Vos dijiste, ¿o no?

—¿Qué pasa si no me puede ayudar? María Inés… Alfonso se está queriendo hacer cargo de la excavación.

—Entonces ayudale a que termine más rápido.

Lo dejó plantado con el desafío en la boca. ¿Era buena idea que llamara a Héctor? Por supuesto que no. La acusaría por haberlo desobedecido con el asunto de la carne, y lo de esta gente nueva… pero, la idea, la excavación entera, todo estaba a cargo de ella ahora. No iba a permitirle que le hablara mal; ni siquiera que insinuara hacerlo.

—¿Cuándo decís que tienen que terminar? —preguntó Esteban.

—En dos semanas o menos—. Ella se sentó a su lado, pero él tenía los brazos en jarra y se apartaba como un niño del tacto de su esposa si esta intentaba tocarlo o rozarle el muslo con el suyo.

—No sabe nada ese Alcides Ortiz, me imagino, o no habrías guardado el secreto.

—No… ¿Me odiás?

Él frunció el ceño.

—No, claro que no—. No podía mirarla a los ojos; o más bien, no dejaba de mirar el hoyo, a las paladas de tierra que eran despedidas del interior, a la carretilla llena de escombros y raíces que arrastraban fuera cada quince minutos. Uno de los señores se encargaba de filtrar de la tierra cualquier indicio de pepita con una especie de bandeja de aluminio y un cubo con agua—. Me decepciona.

Lo cual era peor y para María Inés resultaba igual a una piedra atorada en el alma.

—Perdón… —. No pudo decirle más.

—Ya estás en esto, ¿verdad? —Encogió los hombros, como si no le importara—. Es súper fácil pedir perdón.

La disculpa de María Inés era genuina, pero la respuesta que le dio Esteban fue una bofetada. ¿Cómo podía ser incapaz de tratar de entender todo por lo que estaba pasando?

—Nunca me hubieses dado permiso.

—No tenías por qué pedirme permiso.

—Eso decís ahora, pero llegar a esto… jamás me ibas a permitir.

—¿Qué necesidad tenías de ir más allá? —Esta vez la miró a los ojos, y aquella decepción de la que hablaba… en realidad era terror. Esteban tenía miedo—. Tu adelanto solamente te pagó *tan* bien. ¿Qué te asegura que en dos semanas van a volver a ponerte todo en orden?

En eso tenía razón; si Julio se molestaba, si Héctor tiraba de la

cuerda de la que pendían sus hombres, toda la operación recaería de nuevo sobre los hombros de María Inés; sobre los hombros y sobre su cabeza. Sopesó el riesgo por haber ofendido a Julio. Quiso ir a disculparse. El jefe de obra estaba nuevamente supervisando la operación, hablando con Alfonso, explicándole. El otro parecía acatar todo con buena predisposición. ¿De qué planes e intrigas hablaba cuando se refería a él? Igualmente, nadie estaba haciéndose cargo de supervisar la comida. Tendría que hacerlo ella. Esteban seguía hablándole. Se perdió de una parte. Esperó que no fuera demasiado importante… ¿Realmente estaba ignorando la preocupación de su marido? ¿Qué le estaba pasando?

—Te vuelvo a preguntar. ¿Qué pasa si te dejan en bolas a mitad del camino? Se dan cuenta de que fue una falsa alarma; encuentran cucharas oxidadas y alguna mierda como esa. Se mandan a mudar y te dejan a vos con el agujero ese. Fácil es poner dinero para empezar algo, pero si sale mal, si ese dinero ya se pierde, ¿vos pensás que van a poner más para dejar todo como estaba?

—Sus cabezas también corren riesgo.

—¿Entonces te preocupa tu vida?

—¡No! No. Fue un decir. Ellos responden al Ministro también. Van a perder mucho si hacen mal las cosas.

—Pueden decir perfectamente que esta fue tu idea, que vos les dijiste cómo tenía que hacerse. Total, el Gobernador te puso a vos al frente, ¿verdad? Ellos te responden directamente a vos. Inclusive pueden decir que no les volviste a llamar para terminar la tasación. *Mil cosas* pueden decir para defenderse. Acá la única persona que no tiene respaldo sos vos.

Mientras hablaba, Esteban no se dio cuenta de que María Inés ya se había soltado a llorar en silencio. Se le habían enrojecido las mejillas y la nariz le chorreaba.

Él dejó de hablar. La miró, al principio sin querer aceptar que ya no había nada que decir, y luego la abrazó; la inclinó contra su hombro y apoyó su mentón contra su cabeza. Las niñas estaban tan enfrascadas con el trabajo, que ni siquiera habían reparado en la pelea de sus padres.

—Necesito ayuda… —reclamó María Inés.

Esteban lo meditó; no le contestó de inmediato. Se tomó un buen tiempo; miró la excavación; la miró a ella, que aún lloraba como cuando era una universitaria que se enteraba de que estaba embarazada, y miró a las niñas.

—Sí, necesitás ayuda… ¿Qué querés que haga?

Ella volvió a enderezarse, se enjugó las lágrimas y lo miró con ojos hinchados y enrojecidos. Sonrió.

—El cocinero va a necesitar ayuda.

—Bueno… igualmente no me gusta que las nenas estén acá.

—Después de hoy, ya no hay necesidad de que vuelvas. Voy a ver qué hacer con lo de la cocina.

—Puedo ayudarte desde casa. Van a necesitar camiones blindados si es que encuentran la cantidad que dijo Ignacio. Puedo averiguar precios sin que nadie me relacione con nada. Vos decime qué te hace falta y-

Ella lo besó en los labios. Él siguió:

—¿Qué va a pasar con las comidas de los otros días? Puedo tomarme vacaciones si-

—Y, ¿las nenas?

—Que se queden con tu papá en casa.

—No quiero que le hablen de lo que pasa acá.

—Vamos a decirles que guarden el secreto hoy en la cena.

Y, así nomás, Esteban se había convertido en su cómplice.

María Inés pudo jurar que las pupilas negras de su marido brillaban con la misma intensidad que aquella oscuridad del túnel de las almas olvidadas.

—¡Dana, Erika! —les gritó. No quería que estuvieran muy cerca del aire viciado por la pena acumulada de un siglo y medio.

#

Capítulo XIV – Espíritus Molestos

Del otro lado de la línea, María Inés podía escuchar con ofensiva claridad la respiración agitada de un Héctor que preparaba el terreno para mandarla al diablo y hacerse cargo él de las cosas. Inclusive, de salir mal la conversación, podía él mismo llamar a Alcides Ortiz y dar por terminada toda la operación. La policía estaría en ese lugar en menos de una hora, y María Inés acabaría presa mientras su esposo y sus hijas verían cómo acaba el sueño de una familia.

Más, por determinante que fuera esa conversación, después del momento que María Inés tuvo con Esteban, se sentía recargada, segura de contestar lo que realmente pensaba sin barrera alguna, porque estaba acompañada por primera vez en mucho tiempo, aun si Esteban no parecía seguro ni confiado con el paso que estaba dando.

Julio estaba de pie a un incómodo metro de ella, esperando, escuchando, tratando de distinguir las palabras furiosas en el momento exacto en que el tasador la pusiera en su lugar y devolviera el orden al caos que se le acumulaba al jefe de obras. Cuando Julio se acercó con el teléfono en mano y le dijo: *"Héctor quiere hablar con vos",* lo primero en lo que María Inés pensó fue: *"Maricón",* pero no le sorprendió, porque fue ella quien lo había desafiado.

María Inés esperó a que el tasador acabara de descargar su frustración, su ira y su decepción con ella, sin verdaderamente escucharlo, sin dejarse tocar por las palabras afiladas, las implicaciones hirientes y las amenazas tan finas como hilo de aguja, y entonces lo puso en altavoz, cosa que llamó la atención de Julio.

—¿María Inés? —Del otro lado, Héctor se preguntaba si ella lo había escuchado. Ya descargado, sonaba manso, despejado.

—¿Me escuchás bien, Héctor?

—Te escucho…—. Regresó la tensión a su voz. Estaba preparándose para defenderse de cualquier ataque, pero nada lo iba a preparar para lo que María Inés se estaba guardando.

—Escuché todo lo que me dijiste—. Pausa. Su corazón latía aprisa, y se notaba en su voz una rabia igual de contenida y que no iba a dejar escapar repentinamente, no fuera cosa que lo perdiera por obligarlo a ponerse a la defensiva—. Cuando vengas acá te voy a permitir tomar las decisiones que quieras con el dinero que traigas—. Dejó que él y Julio la escucharan bien. Miró a Julio a los ojos, y siguió

—. Acordate de que gracias a mí es que todos ustedes están acá, y que fuiste vos quien dijo que se iba a acatar lo que yo determinara y que consideraba necesario. ¿Te acordás, Héctor?

Él no le contestó.

—Será el dinero de tu jefe —aquí no se contuvo y creó una fuerte presión con sus palabras— o no sé de quién carajos, pero mientras sea *yo* la que viene a diario acá a verificar que no falte nada y que todos hagan su trabajo, cada cien mil guaraníes que salen o entren pasan por mí y se destinan a lo que yo diga. Si quedarse con cincuenta mil para cada uno es lo que cuesta tener a Alfonso y a su gente contenta y que no me rompan los ovarios, entonces vamos a hacer lo que haga falta, y si ya no *querés* seguir con esta mierda, que a mí hasta me está costando a mi familia, entonces decime tranquilamente, o que me diga Julio, que está acá conmigo, y cerramos todo; le pagamos a Alfonso y a su gente para que se vayan y nos dejen en paz, y empezamos la construcción antes de que el Gobernador vuelva a preguntar nada. ¿Estás de acuerdo, Héctor?

No contestó durante unos largos segundos.

—¿Me escuchaste bien, Héctor?

—Sí, doctora.

—Podés decirme María Inés. Hay confianza entre nosotros, ¿o no?

—Sí, María Inés.

Ella miró a Julio, satisfecha, orgullosa.

—¿Podés enviarle a Julio a dos albañiles más?

—Me es muy difícil, doctora.

—Ah… entiendo. ¿Me autorizás entonces a que nosotros recibamos un poco menos para poder pagarles sus partes a Alfonso y a su gente, así trae más brazos y terminamos más rápido?

—Es tu decisión, doctora.

—*Daaale*. ¿Tenés algo que decirle a Julio?

—No, no. Eso nomás era. Que siga y haga lo pueda, pero que encuentre la forma de llevarse bien con esa gente. No hay tiempo y la Senavitat en cualquier momento va a mandar a su gente para empezar la obra.

—¡Dale! —Puso tono de tonta; burlón, absurdo y jovial—. ¡Te paso con Julio!

Le entregó el celular al hombre y le preguntó si necesitaba algo más.

—No… vuelvo a trabajar.

—Decile a Alfonso que venga un ratito.

Cuando el hombre se presentó frente a ella, María Inés se aseguró de que siguiera reconociendo a la verdadera cabeza de toda esa operación. Más, inteligentemente, ella se hizo acompañar de

Ignacio mientras Esteban se encargaba de ayudar al cocinero con el almuerzo.

—Hablé con mi gente. Tenemos dos semanas para encontrar esto. Sabés eso, ¿verdad? Si llueve —le señaló las nubes grises que amenazaban el vasto campo y llegaban desde las cordilleras—, el barro no les va a dejar cavar.

—Sí, señora, pero no es fácil. A mí mi aparato me dice que tenemos que ir hacia un lado, pero el ingeniero dice que es hacia otro. Los *póra* de los dueños nos dicen hacia dónde tenemos que ir, y si no les escuchamos, se van a enojar con nosotros y van a cambiar de lugar. A todos nos van a perseguir si pasa eso.

Ignacio pretendía decir algo, pero María Inés no se lo permitió.

—A ustedes les va a corresponder un poco más si se apuran; a mí me acaban de confirmar, pero le tenés que hacer caso al ingeniero Julio. Entendés eso, ¿verdad? Diez por ciento más te negocié, para vos y para tu gente, sin importar la cantidad que se encuentre.

Alfonso se quedó pensando.

—¿Qué pasa si no encontramos nada, doctora?

—Entonces se quedan hasta tapar de nuevo el pozo y dejar todo como estaba. Hablé también para que se les pagara algo por su esfuerzo.

—¿Cuánto, señora?

—Siete millones, para todos ustedes.

Este ya era el dinero de María Inés, y decir abiertamente semejante suma le dolió en el alma, especialmente si consideraba que, de los primeros quince millones que recibió, ya había gastado doce solamente en su casa y en lo que ella misma invirtió para la excavación. Solamente podría pagarle lo que les prometió si es que cobraba los otros quince restantes y si la operación se concretaba.

—Poco es eso para todo este trabajo, señora—. Trató de ponerse firme, pero le flaqueó la voz.

—Se les está dando comida, se te paga el combustible —y, pensó en no decírselo, pero necesitaba que hubiera confianza entre ellos—, y se te deja comprar esa carne de mierda y quedarte con el vuelto. Si vos le das a tu gente, a nosotros nos da igual, pero si no les das, entonces me voy a encargar de que sepan.

—Yo jamás haría eso, señora.

—No importa. Antes de esto ustedes estaban trabajando gratis. No hay dinero de sobra, pero siete millones es lo justo que ahora les podemos dar. ¿Aceptás o no? Conseguime mejor carne por ese dinero, o colaboren todos con Julio y encuentren ese tesoro.

Él la miraba a los ojos, pero sin ninguna clase de desafío. Cruzó una breve mirada con Ignacio, que se mantenía en respetuoso silencio.

—Nosotros *nio* somos muy respetuosos de los espíritus, doctora.

No es *ko* culpa de mi gente que se enfermen y no puedan venir. Todo eso es señal. Nosotros no sabemos qué es lo que va a pasar si seguimos haciendo esto en su casa; ¿qué pasa si le hacen daño a mi familia o de repente nos quedamos sin nada? Tengo que verme yo. Yo les traje acá.

Alfonso parecía convencido y, por un momento fugaz, María Inés llegó a pensar en que algo de razón podía tener.

—¿Querés dar por terminada la obra?

—No, doctora. No me vayas *na* a malentender… Yo quiero que nos pague antes la mitad de lo que dijo; tres y medio. Yo sé que tu gente cobra del Estado sus sueldos. Nosotros estamos dejando de trabajar por esto. En algo *ko* nos tienen que ayudar.

Era su último dinero por el mes. ¿Cómo iba a explicarle a Esteban cuando él le preguntara por qué debía ser él nuevamente quien pagara las cuotas de las niñas, quien pagara la comida y al secretario de su esposa?

—Mañana te voy a traer tres.

—Gracias, señora —añadió, algo empequeñecido—. Mañana yo le voy a traer si querés al sacerdote del pueblo para que bendiga la excavación.

El sacerdote de un pueblo era la persona que mayor cantidad de secretos oía y compartía. Si dejaba que viniera, estaría ventilando la excavación a toda la gente que no debía escuchar sobre ella, pero, ¿no había cruzado ya esa línea cuando dejó que Alfonso trajera consigo a la mitad de su familia? Además, ¿qué daño podía hacer que un sacerdote le confirmara lo que pensaban los dueños del tesoro? Los aceptaban, los rechazaban… o que los expulsara con su poder divino si es que estaban ahí para causar problemas. Aquello les daría tranquilidad; a ella, a Alfonso, y a toda su gente, en realidad.

—Llamale, entonces. Traele con tu gente y llevale después. No quiero que se quede mucho tiempo.

—Sí, señora—. No hizo una venia militar ni otro gesto por el estilo que pudiera denotar ligereza; se limitó a regresar al hoyo y a seguir trabajando.

—Qué bien hiciste, doctora —le dijo Ignacio.

Ella se guardó el orgullo.

—¿Querías decir algo hace rato?

—Sí… quería decir nomás que de repente no es bueno hacerles molestar a los dueños del tesoro; que, si a Alfonso ya le están señalando, mejor hacerles caso, pero ahora que vas a traerle al sacerdote, de repente-

—Sí… —ella apretó los labios, y luego sonrió—. Suerte que no abriste la boca—. Después, se fue a acompañar a Esteban, y dejó que Ignacio regresara a conversar con los obreros, pero estaba empezando a darse cuenta de que el joven pasaba ya más tiempo con ellos que

orbitando alrededor de ella.

#

Capítulo XV – El Pa'i

Aceptada la oferta de María Inés, Alfonso regresó al día siguiente con siete personas apretadas en la carrocería de su destartalada Chevrolet, una de ellas el bendito párroco del pueblo, vestido con sotana blanca, una Biblia vieja bajo el brazo y un bolsito de tela al hombro con sus herramientas de purificación.

—Se recuperaron milagrosamente —acotó Inés cuando vio a los enfermos de los días anteriores bajar de un salto y con el color de la piel más sano que nunca—. Les vino bien inclusive el descanso.

Alfonso le sonrió, haciéndose el tonto o ignorando por completo la doble intención de ese comentario.

—El *pa'i* ya ora por nosotros —señaló al cielo.

Esa mañana, con Esteban incluido en el grupo, hicieron una ronda cercando al hoyo, se tomaron de las manos y rezaron en voz alta, clara y fuerte tres Padre Nuestro, tres Ave María y un Credo, porque de esa manera, según el sacerdote, estaban invocando a Dios para espantar a todos los malos espíritus…

—Que vivieron con desgracia sus últimos días —dijo mientras alzaba la cruz de bronce sobre la oscuridad del túnel y sacudía ramilletes húmedos de mirto con agua bendita hacia la insondable oscuridad. Al lado, Alfonso le sostenía un balde con agua santa—, que escapaban de sus hogares dejando atrás familia, trabajo y todo aquello que amaban, pero que, cuando llegó el momento de desprenderse de sus bienes y negociar con sus vidas, no supieron aceptar que el valor de lo material había llegado a su fin, y que debían, en su lugar, encomendar sus almas a Dios para lograr el descanso eterno. Perdónalos, Señor, por su cariño al oro y por su miedo a perderlo, y te pedimos ahora, Señor Mío, que liberes sus almas de ese tormento al que han sido condenadas, y nos permitas acceder nosotros a ello, a cambio de las promesas que te hemos hecho frente a este lugar sagrado—. El sacerdote abrió los ojos, como si hubiera estado sumido en un trance, y miró a la gente a su alrededor, todos estudiándolo y dando vistazos breves y temerosos al interior del túnel—. Te lo pedimos, Señor.

—Te lo pedimos, Señor —repitió el círculo de personas.

Durante el rezo, María Inés pidió perdón por haber tenido poca fe, por haberse dejado encantar por el brillo del oro, por haber desconfiado de Ignacio, por haber maltratado a sus pares, por haberle

mentido a su esposo y a sus hijas, por haber sido codiciosa, por haber aceptado negocios sucios, por defraudar a sus padres, y por haberse defraudado a sí misma. Aprovechó para limpiar sus pecados con una disculpa extensa y detallada, pero no dejó de sentirse culpable pensando que, al hacer eso, estaba buscando que Dios, o al menos los espíritus cuidadores, vieran la pureza de su alma y determinaran cuán justo era que ella recibiera lo que tanto tiempo estuvo buscando. Pidió disculpas también por la hipocresía. Y, para finalizar su comunicación personal con Dios, el Espíritu Santo, Jesús, la Virgen, San José y su Ángel de la Guarda (Porque se aseguró de que no se olvidara de hablar con ninguno), hizo una promesa. Prometió que, de permitírsele acceder al tesoro, donaría la-; no… usaría un cuarto del dinero para pagarle estudios a chicos que lo necesitaban, *"así como hice antes con Ignacio"*; les daría una carrera, una profesión y un futuro, así como *"ustedes me lo dieron a mí"*.

De esa manera terminó la sesión con el sacerdote, sesión que el mismo Héctor escuchó por altavoz desde la mano de Julio.

Posteriormente, María Inés se acercó al sacerdote mientras este desayunaba cocido con chipa traída del pueblo esa misma madrugada. Cada tanto se le acercaba un obrero a pedir la bendición, y con la boca medio llena el sacerdote se la daba, haciéndole la señal de la Cruz en la frente, pidiendo a Dios por el trabajo y por sus familias. Todo se percibía puro en su inocencia, por lo que ella también le explicó al hombre santo cuál era su situación, tal como si se hubiese confesado.

—Que Dios te bendiga en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo…

—Amén—. Fue como si le desataran un fuerte nudo que le aprisionaba el pecho.

—Gracias, Padre.

—No hay de qué, mi hija—. El sacerdote tendría unos sesenta años; estaba cansado, con la piel aceitunada y un rostro tallado con profusas arrugas desde la frente hasta los colgajos de piel de la barbilla—. Me dijo Alfonso lo que querés hacer, y quiero darte gracias en nombre de Dios y de nuestra comunidad.

María Inés inclinó ligeramente la cabeza; se quedó mirándolo, pero trató de que no se le notara la confusión.

—Dios sabe lo mucho que nos hace falta ayuda en ese sentido, y desde el Vaticano es muy difícil que nos llegue nada; a veces pedir de Asunción luego ya es como pedir del Vaticano.

El nudo desatado volvió con diabólica facilidad.

—Dios permita que encontremos pronto, entonces —le contestó ella. Claro; eso explicaba por qué el sacerdote había accedido con tanto entusiasmo a bendecir una empresa en principio movida por la

codicia. María Inés rio para sus adentros. La Iglesia ahora se sumaba a su emprendimiento. Al menos, la seguridad espiritual debía probarse invaluable sobre el trabajo que estaba por venir.

—Así va a ser, mi hija. Ese lugar está bendecido, y todas las cosas malas que había adentro ahora ya se fueron. Como dice la Biblia: *"Donde dos o más-*

—…*estén presentes*… —repitió con él.

—…*ahí estaré yo"*. Muy bien, hija.

La jornada concluyó con relativa paz y amistoso progreso. El cielo se despejó con un soplido divino, y el túnel se extendió al menos dos metros más en profundidad. Ahora asemejaba a una garganta, pues aquello que se sentía en principio como un espíritu que se reflejaba a través del ojo de la tierra, ahora apestaba a un aliento estancado y podrido. Nadie estaba dispuesto a interpretarlo como un mensaje funesto, por mucho que así resonara en la cabeza de María Inés, así que, cuando le preguntó a Julio por qué olía de esa manera, el jefe de obra se limitó a decir que se trataba de una capa de sedimentos, y ese era el olor de los minerales en la tierra. No sonó convencido, pero qué importaba.

Alfonso, por su parte, percibió igualmente el aire viciado, pero tampoco volvió a utilizar su aparatito de radiestesia en ningún momento.

Para asegurar la tranquilidad del grupo entero, Alfonso designó para la guardia de esa noche a su primo hermano Vera, el más joven de todos y a la vez el menos crédulo, y a su tío, el casi anciano, quien mayor sabiduría sobrenatural guardaba sobre la vida.

Al joven le dejó un revólver que nunca antes había sostenido, y el tío ya venía con su rifle cargado, aunque de un solo disparo.

Cuanto más se difundía la noticia del tesoro, menos debía despegársele el ojo.

Que estuvieran de guardia solamente los hombres de Alfonso, a Julio no le gustó, y antes de que Ignacio, Esteban y María Inés se pusieran en camino a casa, este se lo hizo saber a su jefa.

—Estamos demasiado cerca. No digo que van a sacar ellos el tesoro y se van a escapar con él, pero ahí adentro hay equipo caro y delicado. Vale un montón y-

—Entiendo lo que querés decir, pero, ¿qué querés que haga si no podés dejar a tu gente?

—Ellos tienen que marcar sí o sí en la oficina a primera hora. Queda a tu criterio, doctora. Yo solamente te traigo el problema.

No solo le había llevado el problema, sino que se lo puso en bolsa como para comérselo amargo durante todo el camino.

Fue entonces cuando ocurrió lo inesperado.

—Yo me podría quedar —dijo Ignacio frente al tenso silencio

del interior del vehículo.

—Puede ser —añadió Esteban—. ¿Verdad?

Esteban debía estar entusiasmado de que Ignacio pasara menos tiempo con su esposa y más cuidando algo que importaba a todos, pero María Inés no lo veía de esa manera. Por el contrario, Ignacio podía llegar a excavar el tesoro él mismo con la gente de Alfonso y mandarse a mudar con este.

No le contestó a ninguno.

De regreso en casa, las niñas saltaron sobre sus padres con preguntas, una más inteligente que la anterior.

—¿Cómo vamos a hacer para esconder nuestro dinero cuando construyamos la casa? —preguntó Dana.

Erika:

—Dana dice que no le podemos decir a nadie que vamos a ser ricos.

—No, no se puede repetir —le enseñó Esteban.

—¿Por qué?

—Porque la gente es envidiosa y mala cuando sabe que te va bien —lo ayudó María Inés.

Erika:

—Pero, pero, ¿entonces de qué sirve tener dinero si no podés mostrar ni decir?

Esteban soltó una carcajada. María Inés también, aunque en ambos quedó forzada.

—Podés tener dinero, y mostrar —dijo Esteban—, pero solo de a poco, y a tus mejores amigos. Siempre hay que ser humilde, sobre todo —y lo dijo tanto para Erika y Dana como para María Inés, porque la miró con ojitos plagas de *"te advertí que esto es para problemas"*.

—Igualmente —dijo Dana—, yo ya estuve calculando dónde podemos poner cámaras y alambre de púas —. Señaló al menos diez puntos en el interior y exterior de la casa—. También vamos a necesitar chofer, y un auto blindado, una caja fuerte… Qué difícil es tener dinero —protestó.

—No cualquiera puede —le contestó María Inés, esta vez mirando ella a su marido con cara de *"a ver, sonso, si vos estás a la altura"*.

#

Capítulo XVI - Seguridad

María Inés amaneció con seis llamadas perdidas de Julio y tres de Ignacio. El corazón le pegó un salto en su cavidad. Ya eran las ocho. Se le pasó la hora de salir y Esteban la había dejado dormir hasta tarde; un acto bondadoso pero que ella maldijo en ese mismo momento. Sin embargo, no dormía de esa manera hacía tanto; la madrugada se la pasó haciendo el amor con su esposo dentro del auto de María Inés para que no los escucharan las niñas. Inclusive durmieron ahí y se acordaron largo rato de cuando recién empezaban. Como no tenían dinero para ir a un motel, debían hacer el amor en el auto de sus padres justo afuera de la casa de Esteban. Se rieron recordando cómo se toqueteaban y acababan mudándose a la parte de atrás cuando debían cambiar de asiento; Esteban era el que manejaba el auto por si es que los padres de María Inés llegaban a verlos. No era aceptable que fuera ella quien lo buscara y quien además manejara.

Esteban regresaba con el desayuno en una bandeja cuando vio a su esposa frenética con el teléfono pegado a la cara.

Devolvió primero el llamado a Ignacio, sabiendo que lo suyo sería menos problemático; debía avisarle que se había atrasado y que lo buscaría pronto.

—Doctora —sonó urgente—, Julio necesita hablar con usted. Dice que hay problemas.

Nunca le había dado a Julio el número de Ignacio. ¿Cuándo lo habían intercambiado ellos? Si ya Julio lo tenía, entonces Alfonso también, por supuesto.

—¿No me podés decir vos?

—Quiere hablar contigo, doctora. Tiene que ver con la policía.

Un escalofrío recorrió sus piernas y llegó hasta la nuca.

—Preparate y llego enseguida.

—Yo ya estoy-

Colgó y llamó a Julio.

En resumen, la excavación amaneció con dos serenos aterrados hasta el pescuezo, un generador de cinco millones de guaraníes descompuesto, seis palas robadas, y una camioneta patrullera policial detenida frente a la verja de la estancia, esperando que se presentara el dueño.

—Les dije que no les puedo hacer pasar sin permiso del dueño

ni orden —dijo Julio.

"¿Qué carajos voy a hacer?". Tenía el Poder General que le hizo firmar al Gobernador cuando empezaron a trabajar. Podía mostrarles eso para no molestar a Alcides, pero entonces tendría que revelar a la policía quién era el dueño. No le quedaba otra alternativa; tampoco era opción que llamaran a Alcides para preguntarle qué estaba pasando.

—¿Vos les llamaste, Julio? —El tono de ella rozaba lo violento.

—¿Vos me tomás de estúpido, María Inés? Vení urgente. ¿Dónde estás?

—Hacé que les lleven cocido, agua y toda la mierda que quieran mientras esperan. Voy a estar ahí en hora y media.

—¿Hora y media?

—¿Tienen otra cosa que hacer?

Él no le contestó.

—Averiguame por favor quién les llamó para cuando llegue.

Cuando se subieron al auto, María Inés descubrió que el tanque estaba en reserva.

—Tenemos que cargar combustible —. Golpeó el volante de la frustración. Esteban la miraba atemorizado—. ¿Me podés prestar tu tarjeta y después te devuelvo?

—¿Qué pasa con tu dinero?

—No… —no supo con qué completar la idea. Tendría que haber pensado en eso ya mucho antes—. Tuve que pagarles a Alfonso y a su gente para que siguieran trabajando.

Esteban la miró un rato.

—¿Cuánto?

—Tres millones, y les tengo que pagar cuatro más al final.

—Vos estás loca.

—Por favor, ¿sí? —Le pidió, pero sonó como si le exigiera.

—Es lo último que te voy a dar para esta mierda. ¿Escuchaste?

—Sí, sí. Está bien. Gracias —le tomó la mano con fuerza—. Perdón. Te prometo que esto nos va a hacer ricos.

No se dijo más sobre el asunto.

De ida, en el interior del auto subsistía una presión nacida de los nervios de los tres y del calor que apretaba las ventanas contra el aire acondicionado que solo bastaba para no sudar. Esteban se guardaba la rabia y en él crecía la impotencia de no poder discutir el asunto. Probablemente ya estaba imaginándose cómo el Gobernador haría que perdiera su trabajo. María Inés lo miraba y daba cuenta perfectamente de lo que pensaba. Ignacio quizás estaba imaginándose preso o muerto, y ella sin trabajo por el resto de su vida. Ignacio realizó varias preguntas a lo largo del camino, pero María Inés no tenía intención de contestarle. Quería preguntarle por qué les había

dado su número a los obreros, pero se convencía de que había sido con buena intención: *"En caso de Emergencias o que no le encuentren a la doctora"*. Igualmente, el hecho no dejaba de ofenderla.

Para no seguir enemistándose con su propia gente, se detuvo dos veces en chiperías y puestos de cocido quemado por la ruta y le compró a cada una vianda para desayunar en tono de *"está todo en orden"*, aunque el mal de estómago que les producían los nervios les impidió comer o tomar, y las roscas de chipa se endurecieron en sus bolsas, envueltas en el vapor de su propio calor.

Allá en la estancia, otra especie de calor sofocante llovía sobre la tierra como una fuerza física que impedía moverse o respirar sin sentir cómo se infiltraba en los pulmones. Luego de tocar el suelo, volvía a subir y se llevaba toda la humedad de la tierra. Tal mañana había sido resultado de las lluvias que se alejaron el día anterior y que todo el grupo tomó como una bendición.

Mirando al Comisario, con la cabeza sudada bajo la gorra y la camisa azul marino encajada en el pantalón para no ser desbordada por la panza de embarazada, María Inés empezó a tomarlo como lo que era: el inicio verdadero de sus problemas.

—Señora, ¿esta es su propiedad? —Al Comisario lo acompañaban dos suboficiales; flacos, jóvenes, que de olfato agudo se acercaban de más a la tranquera de la propiedad, tratando de mirar más allá de la casona. Por fortuna, la excavación no lograba definirse. Sus maneras tenían mucho de la vida relajada que les tocó como policías de pueblo, pero aquí habían venido a buscar problemas, excitación.

—Sí, oficial. Estoy a cargo en nombre del gobernador Alcides Ortiz de Central—. Finalmente, dijo su nombre. Si ya había comprado la consciencia religiosa de los obreros, al sacerdote, e inclusive a su esposo, podía comprar también a la Policía. Le enseñó el Poder General con la hoja de la escribanía que le daba autenticidad. *"Todo es legal"* quería decirle. Notó que los tres policías tenían migajas de chipa pegadas a los pantalones—. Le pido mil disculpas por la tardanza, pero se imaginará que no sabía que iban a venir, y nuestros funcionarios no pueden hacer nada sin mi autorización.

—Ya veo, señora —dijo el Comisario, devolviéndole el Poder sin leerlo mucho, realmente. Apenas buscó el nombre de Alcides Ortiz y comprobó la hoja de seguridad de la escribana—. La verdad es que nos llamaron porque dicen que hay actividad sospechosa en la estancia.

Ella lo miró algo incrédula, sinceramente confundida.

—¿Actividad sospechosa? Si ni tenemos vecinos, comisario. ¿Le puedo preguntar quién nos denunció, porque-

—Yo eso no le puedo decir, señora. ¿Le molesta si es que

entramos a ver el trabajo que están haciendo?

O los confrontaba y les exigía que regresaran con una orden judicial, cosa que no iban a conseguir por nada del mundo, pero los convertía así en sus enemigos por el resto del tiempo que llevara la excavación, o aceptaba la realidad: alguien del pueblo, de su gente, de la Iglesia, les había contado del tesoro, y ellos estaban esperando una tajada.

—Honestamente, Comisario, estamos buscando un tesoro ahí dentro por orden del Gobernador y de varios ministros, pero no les voy a dejar acercarse si es que va a ser para problemas. Puedo llamarle al Gobernador y que le diga al Comisario General que-

Inmediatamente, los tres policías abrieron los ojos y se miraron.

—No, no. Claro que no va a ser problema, señora. Nosotros venimos a ver nada más qué era esa denuncia, pero si usted me dice que están trabajando acá, entonces nosotros podemos ofrecernos a venir todos los días-

—¡No hace falta, Comisario! Mire si ustedes van a dejar su trabajo para venir a ver esta macanada. Estoy demasiado segura de que en el pueblo los necesitan más-

—*Nambrena*, señora —dijo con el tono más amistoso que le salió—. Dos veces al día y todo podemos venir también si hace falta. Sabe usted cómo abundan por acá individuos peligrosos, abigeos y eso.

Ella le sonrió, soltó una carcajada y le pasó la mano a cada uno. Esteban e Ignacio la miraban boquiabiertos.

—¿Quieren entrar a ver y les presento a los muchachos?

Cuando entró con la policía, interrumpió la excavación y obligó a todos los que estaban metidos en la Garganta a salir con lo que tenían puesto. Si no soltaron sus herramientas era solo por la aprensión que tenían.

—Señores —les dijo—, les presento al Comisario Fleitas y a los Suboficiales Ferreira y González. Les dije que hubo robos de herramientas y que algunos ven cosas de noche, así que desde ahora van a estar a disposición para nosotros las veinticuatro horas si necesitamos ayuda.

Todos salieron de inmediato del pozo para saludarlos y presentarse.

De esta manera, María Inés cerró el círculo de seguridad que necesitaba sobre todos los hombres involucrados en esa empresa, y cimentó a través de la policía su dominio sobre la obra. A cambio, abiertamente y frente a todos, al Comisario le prometió mejoras para la estación y un asado enorme por el Día de Santa Rosa, un asado que, esta vez, *"sería una vaquita de todos nosotros para agradecerles por cuidarnos"*. Intuyó que a ninguno podía gustarle la idea de contribuir,

pero también era un castigo para aquel que hubo llamado a la policía, sin importar el propósito que tuvo cuando los llamó. *"Si piensan que van a detener esta excavación, antes les va a costar carísimo, hijos de puta"*.

Con la policía de regreso al pueblo y María Inés sentada bajo el mango tomando su cocido frío, Alfonso le trajo a su primo Vera, y a su tío. El tío explicó en guaraní lo que había visto la noche anterior.

—Luces rojas y azules que daban vuelta encima de la tierra, lejos del pozo. Están enojados con nosotros, y después el Señor de la Noche empezó a silbarnos toda la madrugada —a lo cual el primo asentía—, nos empezó a tirar piedras por la ventana y a hacer ruidos para que no durmiéramos.

—Nosotros no le contestamos —dijo el primo.

Alfonso asentía a todo ello, pero no iba a opinar sobre el asunto por respeto a María Inés, aunque con la mirada consternada le dijo todo lo que necesitaba escuchar.

—Parece que hablan en serio —le dijo Ignacio a María Inés un poco después, ya en compañía de Esteban y meditando el asunto.

Ella no le contestó, ni le permitió entender que lo había escuchado.

—Gracias, Ignacio —le dijo Esteban, indicándole con la expresión que los dejara solos.

El chico se alejó y fue a hablar con los obreros.

—¿Qué pensás hacer?

Este ya era Julio, molesto y ofendido.

—¿Cuánto nos va a tocar ahora a nosotros con la policía metida? —continuó—. Encima les dijiste el nombre del gobernador.

—¿Qué hubieses hecho en mi lugar?

—¡Los sacaba a patadas! La *policía* nomás es. *Nderakore*.

—¿Pudiste averiguar quién les llamó?

Negó con la cabeza.

—Y, ¿de las palas robadas y el generador?

—Nada, obvio. ¿Qué me van a decir? Es obvio que fueron ellos.

—¿Cómo están haciendo mientras?

—Estamos usando lámparas de aceite para el túnel, pero sin el generador no se ve una mierda. Es todo demasiado lento. Hijo de puta el que haya hecho esto. ¿Por qué no le dijiste a la policía que nos estaban robando?

—Porque necesito persuadirlos si fueron ellos. Si no fueron —chasqueó la lengua—, igual me sirve. Si empiezan a investigarlos los perdemos a todos.

Alfonso le había dicho sobre los robos:

—Yo no sé quién fue, doctora. Mi tío y mi primo dicen que pudieron haber sido las almas en pena; que son demasiado fuertes

cuando están enojadas, y el cura no sirvió.

—¿Suponés que fue uno de ellos el que llamó a la policía? —le preguntó a Julio.

—Perfectamente posible. ¿No es claro? No quieren que sigamos. Es *demasiado* sencillo.

—¿Vos querés seguir?

Julio la miró, indignado.

—¿A ver? ¿De qué me estás acusando?

—Yo no te acuso de nada, Julio. No te me hagas boludo. Te estoy preguntando claramente*: ¿querés seguir con este trabajo de mierda o no querés seguir?* ¿Qué no te queda claro? Sí o no es el asunto.

—Sí… —inclusive encogió los hombros para verse lo menos convencido posible—. Yo no tengo problema, pero no se puede trabajar con tantas interrupciones.

Perfectamente pudo haber sido él el que descompuso el generador, el que mandó llevarse las palas y el que llamó a la policía para sacarse a esa gente de encima. *"Claro, si él y su gente están entre los primeros que llegan"*. Pero, no podía deshacerse de Julio; solo debía mantenerlo dentro del barco.

Cuando el jefe de obras regresó a trabajar, ella notó que tanto él como sus dos muchachos llevaban los revólveres bien a la vista, pero ahora metidos en sus respectivas fundas, colgadas del cinturón como los vaqueros de antaño. Era el mensaje de Julio al resto y, cada día, el número de armas crecía por persona dentro de esa estancia.

—Doctora —le dijo Ignacio, frente a Esteban, inclusive—. Mañana te puedo conseguir una pistola si necesitás.

—¿De dónde pensás sacarla?

—¿Estás hablando en serio? —la cuestionó Esteban.

—No sabemos.

Su esposo suspiró profundamente.

—Hoy es el último día que vengo a este lugar.

"Sos bienvenido", pensó en decirle, pero ella se contuvo.

—¿A cuánto podés conseguírmela?

—Quinientos mil.

Miró a Esteban.

—¿Me prestás ese dinero?

Él soltó una carcajada.

Al final del día, antes de que María Inés se fuera, llegó la policía para ver qué tal había ido todo y para ayudar a cerrar y cargar las cosas en la camioneta. Ponían de su parte en esos detallitos para que la tajada se sintiera justa. Sin embargo, esto le trajo a María Inés otro problema: ninguno de los hombres de Alfonso quería quedarse después de lo que pasó la noche anterior.

—Está bien —le dijo ella—. Le voy a pedir a la policía que venga más tarde entonces—. Con eso lo amedrentaba, pero al mismo tiempo le daba un respiro.

Cuando preguntó al Comisario, este le respondió que les resultaría imposible salir a esa hora.

—No podemos venir en una hora fija. No podemos dejar de patrullar el pueblo y otras estancias a esa hora, doctora. De noche es más peligroso. Yo te sugiero que le dejes a alguien. Total, tienen todos nuestros números por si hay emergencias, o podemos hacer una ronda apenas nos liberemos.

Ignacio escuchó esto.

—Yo me puedo quedar, señora.

—Ni se te ocurra. No tenés con qué defenderte.

En realidad, ella no quería que se quedara. Ahora ya daba lo mismo que estuviera asociado a los ladrones o a los obreros.

—Dejá que se quede si quiere —insistió Esteban—. Mejor alguien en quien confiamos—. Él, a su vez, no lo quería cerca. Quizás le impedía sincerarse con María Inés, y la falta de intimidad que traía consigo terminaría matando a la pareja. Al menos, esa fue la impresión que tuvo ella.

—Puedo conseguirme ese revólver que te dije para mañana, y me quedo desde mañana entonces.

—Bueno —accedió finalmente—. ¿Sabés usar un arma?

—Claro, doctora.

Total, si es que algo más desaparecía mientras Ignacio seguía ahí, Julio se lo confirmaría, y ella acusaría a su secretario sin dudarlo. Tampoco podrían extraer el tesoro completo en una única madrugada, y María Inés podía enviarle a la policía de sorpresa. Estaba todo bajo control. En su oficina no llegaban trabajos ni llamados, y aunque sus padres llegarían a extrañar a Ignacio, sus preocupaciones a ella ahora le daban igual.

Al despedirse de Julio, con la intención de que él se pusiera positivo, con la intención de crear esperanzas, le preguntó cuánto habían avanzado.

—Estamos por llegar —concluyó, aunque incómodo e inseguro.

Luego, María Inés se acercó a Alfonso y le preguntó lo mismo. Él, por su parte, no volvió a utilizar su aparatito de radiestesia, pero tampoco parecía tan esperanzado en comparación a cómo inició el día anterior.

Ninguno le quiso decir a María Inés que, quizás, se habían equivocado en los cálculos, o en alguna decisión tomada por el camino, y si era así, María Inés tampoco quería escucharlos.

A la noche, Esteban durmió afuera a causa del calor excesivo

que hacía dentro de la casa, pero era solo una excusa. No estaba pudiendo aguantar a su esposa.

María Inés estaba en la cama cuando, cerca de las diez de la noche, le llegó un mensaje de Ignacio: *"Señora, conseguí el revólver. Mañana podemos pasar a buscar de ida"*.

—Yo hoy me quedo —le dijo Esteban cuando regresó al interior apenas amanecía—. Vuelvo al trabajo.

Ella le contestó adormilada. La noche se le pasó en un pestañeo.

—¿No era que tus vacaciones van hasta la semana que viene?

—No, me necesitan antes.

Supo inmediatamente que su esposo se estaba saliendo, pero, ¿qué iba a hacer?

—Que tengas un buen día —le dijo él.

—Vos también… No te olvides de dejarme el dinero para la cosa.

—¿Qué cosa? —Luego, se acordó.

—Voy al cajero, saco un adelanto y vuelvo.

#

Capítulo XVII - Robos

Ignacio manipulaba el revólver como si entre sus manos sostuviera un explosivo.

—¿Don Esteban no viene con nosotros? —Sabía que estaba incomodando a María Inés, así que hablaba de cualquier cosa.

—Tuvo que volver al trabajo.

Examinaba cada orificio y cada mecanismo con la curiosidad de un chico y los movimientos de un anciano.

—Qué lástima. Le van a extrañar los muchachos.

María Inés lo miraba de reojo.

—Demasiado bien cocina —agregó.

La ruta delante iba recta desde hacía media hora; a ambos lados crecían hectáreas interminables de trigales y sojales verdes que no llamaban nada la atención. Hacía una madrugada enmantelada por nubes grises y vientos fuertes que no conseguían desplazarlas, pero que trataban de desviar el auto si ella soltaba la dirección. Notó que estaba llegando a los 110 kilómetros por hora. Su auto vibraba ligeramente; un cosquilleo. Ambas manos aferradas al volante como pinzas de metal.

—¿Les dijiste a mis papás que te vas a quedar allá?

No quería bajar la velocidad. Esa mañana despertó con la necesidad de estar allí más temprano que Alfonso; más temprano que Julio, inclusive. No le gustaba cómo se estaba manejando cada uno, y un amigo le había dicho una vez: *"Si querés que algo funcione, tenés que estar"*. Supuso que esperaba, en el fondo, llegar y encontrar a los ladrones y destructores con las manos ocupadas.

Hablando de manos ocupadas, se preguntó si acaso no estaba bajando sus defensas para un Ignacio que pretendía pegarle un tiro cuando no se diera cuenta. Quizás por eso el instinto la llevaba a apretar el acelerador sin respiro, para que él no se animara a matarla en plena madrugada y con la ruta vacía, a dejar su cuerpo entre las plantaciones y rajarse con su propio vehículo. Esteban ya no estaba y tampoco estaría, así que cualquier cosa podía pasar… Estúpida; no se le ocurrió que, sola con él, en la estancia estaría igual de expuesta.

—Cerré todo y dije que iba a volver a mi casa un tiempo.

—Mamá me va a llamar más tarde y me va a preguntar si te despedí.

Ignacio sonrió. Sin querer apuntó el arma hacia el muslo de María Inés.

—¡Cuidado! —Soltó la mano del volante. El viento los puso en el carril izquierdo; los neumáticos de la izquierda empezaron a vibrar mientras pisaban la franja intermitente. Ella pegó un volantazo rápido y se alinearon de nuevo. Apenas un par de vehículos lejanos los habían visto.

Ignacio volvió a dejar el revólver en el suelo. Estaba cargado y cada *tic tic* de las piezas metálicas era un disparo a punto de darse.

—¿No era que sabías usar? —Un reproche.

—Usé cuando era chico. Mi tío me enseñó a disparar latitas, pero no es que siempre tuve una conmigo.

—¿Estás seguro de que querés quedarte?

—¿Hoy? Claro. Mejor que se termine todo lo antes posible. Total, unos días nomás son.

El volantazo podía haber amedrentado a Ignacio… por si es que hubiese pensado verdaderamente en dispararle, claro.

Llegaron una hora antes del equipo de Julio. El viaje fue agotador y el estrés ya pesaba en los párpados de María Inés. La adrenalina, la rabia y el enojo no le sirvieron de nada para despertarla y se desvanecieron apenas vio al perro de la estancia recibirla con el rabo alegre y la lengua afuera. Polvoriento y despreocupado, nadie tenía que molestarse por llenarle el agua, pues tomaba de una naciente pequeña en medio del campo, y su alimento balanceado, que comía como caramelos, rebozaba de un barrilito que le dejaron al efecto.

Contrario a lo que María Inés esperaba, no halló rastros de intrusión nocturna. La tranquera estaba perfectamente cerrada, pero de igual manera rodeó la estancia con paso lento y enviando a Ignacio por delante. Se le ocurrió que, si el chico hubiera querido matarla, ya lo habría hecho… además, el tiempo para esconder el crimen era escaso.

Vieron entonces que el predio destinado a la excavación parecía intacto. María Inés cayó en la cuenta de que nunca se había adentrado en el interior, aun si el lugar alguna vez rebozó de gente.

—¿Vos ya bajaste? —le preguntó a Ignacio.

—Sí; ya bajé, doctora. ¿Querés que te lleve para ver cómo está quedando?

“Por supuesto que no”.

—Mejor vamos a ver que esté todo en orden.

Se acercaron, y fue Ignacio el primero que se asomó a La Garganta. Entonces levantó la mano para detener a María Inés, y se llevó el índice a los labios. *“Silencio”*. El chico desenfundó el revólver

que llevaba sujeto a la espalda por el cinturón. Le temblaban visiblemente las manos, o eso quería simular.

Apuntó a la puerta un rato y prestó atención por si escuchaba algo. Luego llamó a María Inés para que se acercara.

Ignacio le señaló la puerta. El corazón se le encogió en el pecho. El candado yacía roto en el suelo, destrozado con la fuerza de un golpe inmensamente violento.

Sin consultar, María Inés llamó a la policía. El comisario ya estaba en camino.

—Tuve que haberme quedado ayer.

Ella lo miró, sospechosa.

—Gracias a Dios no estuviste ayer acá.

Él se quedó de pie frente a la puerta con el cañón hacia cualquiera que saliera de ella.

—Ojalá no se hayan llevado todo el equipo.

¿Cómo sabía ella que no estaban excavando en secreto, que total, ella jamás se enteraría? *"Para la pelotuda esa no queda nada. Le cargamos encima el quilombo con el Gobernador y desaparecemos olímpicamente"*. Julio mismo podría estar jugándole una mala pasada en complicidad con Alfonso e Ignacio. Justamente, habían cambiado números. Dios Santo; ¿cómo era posible que no pudiera confiar en ni una sola persona? Ni siquiera podía contar ya con su esposo. Estaba sola como el perro que dormía y amanecía en ese páramo sin imaginarse qué le depararía el día siguiente.

Algunos pájaros pripeaban en los árboles alrededor. La fresca quietud de la estancia debería haber sido para ella un reposo del alma, más la Garganta parecía llamarla a su interior, a que se sumergiera en ella para descubrir sus secretos, sus prósperas bondades, y así se le teñiría la suerte con la misma tierra que manchaba la ropa de los hombres que entraban y salían de ahí un día tras otro. Empezaba a verse ya en sus pieles que el color rojizo de la tierra se adhería a ellas, y entonces ellos mismos adquirían un tinte sangriento.

Siguieron en silencio vigilando la entrada hasta que, media hora después, llegó la patrullera y pasó directamente la tranquera hasta donde estaban ellos. El perro seguía el vehículo ladrando guardián, hasta que bajaron el Comisario y sus dos suboficiales y el animal se calmó, reconociéndolos al fin; otro detalle que llamó la atención de María Inés.

Con la policía en el medio, Ignacio se ocupó de ocultar su revólver nuevamente en el auto.

Los tres oficiales gritaron primero al interior del túnel. Nadie contestó. Después, el Comisario abrió la puerta con su revólver en mano, y mandó a los dos jóvenes pupilos a la oscuridad interior. Nunca llegaron a reponer el generador, así que entraron con sus

propias linternas por delante.

Quince minutos después, gritaban desde lo más profundo que no había nadie en el túnel, pero no podían saber qué faltaba o no; el único que sabría eso era Julio.

—Algo se tuvieron que haber llevado. El candado estaba puesto ayer —insistió María Inés—. Vi yo misma cuando me fui. ¿Para qué van a romper, si no?

A ella le palpitaba la cabeza detrás de los ojos. Tronaba su cuello de un lado a otro; este le dolía con insistencia; lo tenía duro y no lograba estar cómoda en ninguna posición.

—Puede ser para asustarnos —dijo el joven Ignacio.

El Comisario lo miró fijo. No podía descifrarse nada en esa mirada de zorro viejo; demasiado astuta, aparentaba carecer de significado alguno.

—Nosotros nos vamos a quedar acá hasta que llegue el resto —le dijo el Comisario a María Inés. Luego le miró el rostro a la abogada —. ¿Por qué no descansás un poco, doctora? Acá ya no va a pasar nada. Nosotros vamos a dar una vuelta por el lugar a ver qué descubrimos.

Por mucho que hubiese querido dormir, ¿qué pasaba si es que, conscientes de que ella no entendía nada, aprovechaban para llevarse todo lo que pudieran? Dios. ¿Cómo podía pensar en esa clase de cosas todo el tiempo?

—No te preocupes, Comisario. Voy a esperar acá nomás con ustedes.

Así se quedó, observando, dormitando en pequeños lapsos de cinco minutos, sentada bajo el mangal, con los codos apoyados sobre la mesa, levantando la vista cada rato para comprobar que nadie sacara nada frente a ella. ¿Qué tal si Ignacio avisó de antemano que ellos estaban saliendo, y se escondieron con suficiente tiempo?

Para empeorar su desconfianza, llegó Julio un rato después, seguido por Alfonso y su gente. Exaltado, el jefe de obras se metió al túnel y salió con la cólera pintándole el rostro de rojo.

—Se llevaron el *scanner*, linternas de cabeza y ropa de seguridad.

“Todo lo que se necesita para seguir excavando por su cuenta”.

Para casualidad necesaria, tres de los hombres de Alfonso habían vuelto a caer enfermos esa mañana.

Nadie se atrevió a decir una sola palabra, así que Julio sacó una conclusión.

—¿Vos hablás por toda tu gente? —le preguntó a Alfonso, quien inmediatamente escupió al suelo a los pies de Julio.

—¿Qué *pio* me estás queriendo decir, asunceno? —Alfonso prácticamente doblaba en físico a Julio, pero el otro ya había

henchido el pecho y estaba preparándose para golpearlo: mentón arriba, puños cerrados, pistola cargada en el costado. El mismo Alfonso llevó los dedos hacia su cintura cuando uno de los muchachos de Julio y el primo Vera de Alfonso avanzaron para separarlos.

El Comisario pegó un tiro al aire. María Inés dio un salto y la cabeza le retumbó dentro del cráneo. El resto se acobardó como perro mojado y cada uno volvió con su grupo.

—Nosotros vamos a ir al pueblo a hablar con tu gente —le dijo el Comisario a Alfonso—. Vamos a mirar por ahí; preguntar un poco —. Se dirigió a María Inés—. Te voy a llamar después si averiguo algo, doctora—. Los tres se pusieron en marcha nuevamente.

—Yo ya no pienso trabajar un *puto* día en este lugar—. Ignorando las súplicas de María Inés, Julio dio una serie de pasos firmes hasta su auto. Arrancó, llamó a sus muchachos y se mandó a mudar.

—¡Hijo de puta! —le gritaba María Inés. El resto la miraba sin compasión alguna.

—Vos no te vayas a preocupar, doctora —le dijo Alfonso, tocándola por primera vez, apoyándole la mano callosa en el hombro con intención paternal, consoladora, pero solamente logró que se sintiera como un atrevimiento. Sin embargo, ella no apartó el hombro, sino que se quedó quieta, paralizada, mientras Ignacio la miraba de reojo, su revólver lejos de él, totalmente inútil.

Tenía que llamar a Héctor. Él sabría qué hacer.

El tasador le devolvió la respuesta más breve que le fue posible.

—Julio y los muchachos me explicaron todo. Acá se acaba nuestro trabajo, María Inés. Empiecen nomás ya a cargar de nuevo la tierra. Una semana tienen. Yo les aviso al Gobernador y al Ministro que esto ya está para venderse.

—¡Esperá! ¡No! ¿Qué pasa con tu inversor? ¡Algo espera! ¿No ve el imbécil de Julio que estamos por llegar?

—Pierde dinero todos los días y lo único que consigue es que se descomponga el equipo o roben las cosas. De alguna forma él va a recuperar su dinero, doctora. Vos de eso no te preocupes. Acá se acaba nuestro trabajo.

—¡Héctor!

—Me hubieses escuchado cuando te aconsejé. Acá los que tenemos experiencia somos nosotros. Vos sos nueva, María Inés. Ahora arreglá eso si no querés más problemas.

Después, la bloqueó en todos los medios posibles.

Cuando regresó a la excavación, vio que Alfonso y su gente continuaba con el trabajo como si nada hubiese ocurrido. ¿Qué estaba pasando en verdad?

“Es culpa de los espíritus, pero ahora que esta gente incrédula se

fue, nosotros vamos a encontrar lo que era nuestro desde el principio”.

Eso le dijo Ignacio, o Alfonso, o alguno de ellos. Ya no recordaba. El cerebro le estallaba, los ojos apenas podía abrirlos. Los sonidos de una mañana gris y calma ya bastaban para torturarla como un martillo hidráulico. Todo se le confundía. Necesitaba a Esteban, pero lo odiaba.

Se acercó a ese grupo de inocentes, y con voz muerta les dijo:

—Llenen de nuevo el pozo. Se terminó el dinero y ya no hay tiempo.

No les dio tiempo a que protestaran, pero palpó de inmediato la aversión. ¿Cómo iba a lidiar con la policía, con la Iglesia…? ¿Con el pueblo entero que ya esperaba ese tesoro?

“No se van a salir con la suya, hijos de la remil puta. ¡No me van a cagar! ¿Me escuchan?”. Pensaba lo más fuerte que podía, pero no la escuchaban.

¿Le pediría Héctor que le devolviera el dinero perdido? ¿Era realmente culpa de María Inés? ¿Qué podría haber hecho diferente? Tantas cosas. No; la pregunta más importante era: ¿quién puta era ese inversor al que Héctor tanto temía? ¿Debía temerle a él también? ¿Tenía razón Esteban cuando concluyó que la vida de su familia estaba en peligro?

Se encerró en el auto, lejos de la vista del resto. El tufo húmedo del día se había concentrado en su interior. Bajó los vidrios. No podía respirar.

Quiso llamar a Esteban en medio de su desesperación, contarle todo, escuchar a las nenas. Tenía miedo de verdad. Quería escuchar que él le dijera que todo iba a estar bien, que iban a salir juntos de esa, que la ayudaría a sobrevivir la tormenta que se le avecinaba… pero tampoco confiaba en él. *"¿No te dije que esto pasaría? Vete vos”.*

Tampoco pudo llamar a sus padres. Ellos fueron quienes la pusieron en ese aprieto en primer lugar. Los maldijo; los maldijo por el día en que la hicieron parte de su seno, porque nacer en ese seno fue lo que la predestinó a una vida de fracaso.

Se puso a llorar, a golpear el volante y a gritar todo el odio que tenía guardado, hasta que cayó dormida y siguió así durante dos horas en las que nadie se atrevió a despertarla.

#

Capítulo XVIII - Aliento

Se despertó con el modesto toc toc de Ignacio. Su cuello y espalda estaban atenazados por la mala posición.

Durmió sin aire acondicionado; no tenía para cargarse otro tanque lleno. La ropa la tenía pegada a la piel, pero ya el calor húmedo cedía paso al frío.

Se quedó mirándolo, aceptando que el mundo no valía la energía necesaria para moverse. Bajó el vidrio. Un viento fuerte metió polvo dentro de la cabina. Ella reparó en que este agitaba las ramas de los árboles y descolgaba mangos, guayabas y hojas secas sobre la tierra descubierta.

—¿Qué querés?

Ignacio emanaba un fuerte olor a sudor y a tierra húmeda.

—Alfonso quiere hablarte, doctora.

Contrario a las órdenes que ella había dado, cinco de los hombres de Alfonso seguían trabajando sin detenerse en el interior de la Garganta, extrayendo tierra a carretillas llenas y probando el filtrado a ver si se aparecía el mínimo brillo de una pepita de oro. Inclusive, Alfonso había regresado a utilizar su detector metafísico casero.

Cuando la vio acercarse, el jefe del grupo dejó la faena y se acercó a hablarle bajo la sombra del mango. El aroma de un almuerzo suculento hizo rugir el estómago de María Inés. En la casa del capataz se seguía cocinando con descaro.

—Doctora, vení. Sentate—. Alfonso se sentó también a la mesa de madera y apoyó con cuidado su aparatito sobre esta.

María Inés lo siguió, aun confundida, pero sin verdaderamente importarle lo que podía pasar con ella. Se sentó. Ignacio se sentó junto a Alfonso, completamente inclinado hacia el lado de esa gente. Ella no se sorprendió.

—Vos sabés, doctora, que estuvimos hablando entre todos…— Le enseñó el detector de radiestesia. No se movía, aún con el viento que silbaba sobre sus cabezas y estaba por tirarles encima un mango —. Allá en el túnel gira como loco.

—Como quiero que veas vos misma, doctora —agregó Ignacio.

La idea no le pareció una locura.

—Bueno y, estuvimos hablando —continuó Alfonso—, y en serio estamos cerca, pero que hay que insistir dos o tres días más.

—Encontraron los restos de un túnel muy antiguo.

María Inés se avivó.

—¿Cómo saben que es así?

—Podés ver vos misma, doctora.

—¿No me pueden mostrar una foto?

—No es lo mismo que veas —le dijo Alfonso—. Yo sé que todo esto te parece estúpido, pero, ¿vos ves cómo está el cielo? No es macana esto. Ahí en el pueblo dicen que está soleado. Estas son las almas que no quieren que se les quiten sus cosas. Estamos *así* nomás.

—O, podemos empezar a tapar todo de nuevo —le dijo Ignacio, apelando a que ya conocía a su jefa, a que la decisión la estaba incomodando.

¿Qué iba a hacer con su familia? No tenía como cubrir ninguna deuda, cómo saldar su error con el Gobernador, quien necesariamente se enteraría de lo que estaba pasando. O hallaba el tesoro, o…

—¿No les podés pedir a la gente de la Iglesia, de la Comisaría, que vengan a ayudar para tapar?

Alfonso negó con la cabeza.

—Revisá *na* un poco tu celular, doctora.

Se fijó. Ninguna notificación. Le ofendió que Esteban ni siquiera se preocupara.

—No hay nada.

—¿Vos no le pediste al Comisario que te avise si encontraban algo? Ellos van a venir cuando se encuentre oro nomás. *Igualito* el cura y su gente. Capaz y el Comisario mismo empezó a quitar las cosas y a descomponer.

—¿Por qué decís?

—Y, ellos *ko* tienen todo para venir e irse como quieran.

—Pero les interesa que se encuentre el tesoro.

—Eso *nio* te dicen nomás. Ellos *ko* no quieren problemas. ¿Vos sabés lo que va a ser si de repente se sabe que ellos recibieron *hetaiterei* oro, o que entre nosotros empezamos a tener plata también? Quilombo va a ser en nuestro pueblo. Yo te aseguro.

Ignacio no decía nada. Miraba fijo la mesa, meditando en silencio.

—Va a ser un problema para ustedes entonces si encuentran el tesoro.

—*Nambrena*. Nosotros nos podemos proteger entre nosotros. *Feroz* familia *ko* somos —soltó una carcajada—. Sí o sí luego nos vamos a ir a Buenos Aires a vivir si encontramos.

—Lo único que quiero es volver a casa con mis hijas—. Ni siquiera pensaba en Esteban. Él era otro problema. Podría hacerle caso

y empezar a redactar el pedido de divorcio para el juez—. Pagar lo que se le debe a Héctor y a su gente, que el Gobernador encuentre limpio esto.

—¿Vos nos podés dar siete días más, doctora? —le preguntó Alfonso.

Ella negó con la cabeza.

—En siete días esto ya tiene que estar todo bien tapado. Va a venir de nuevo el ingeniero y va a cancelar la construcción.

Alfonso miró a Ignacio; después, se volvió hacia sus hombres, hacia su familia.

—Yo te *prometo* que, en siete días vamos a terminar, doctora. De noche y de día luego nos vamos a quedar a trabajar.

—Yo también me voy a quedar a ayudar —dijo Ignacio.

—Voy a traerle a toda la gente que haga falta, pero necesito que confíes, señora. Bajá *na* con nosotros para ver el túnel.

Si bajaba, entonces ahí se terminaba todo para ella. Igualmente estaba bien, ¿no? Porque le ahorraba a Esteban la molestia, y frente a Alcides Ortiz ella quedaría como la víctima de un montón de delincuentes. El plan era perfecto.

—Bueno —dijo, inspirando profundo—, llévenme.

De camino a la Garganta, notó que cada hombre, inclusive Ignacio, llevaba consigo al menos un revólver o una pistola de forma visible. Quizás entre la bota y la piel destacaban adrede la hoja o el mango de una faca o una daga. Se preguntó si ya sabían con certeza quién sería el primero al que asesinarían, llegada la necesidad. Bueno; ella iba a ser la primera.

De pie frente a la Garganta, sintió provenir de su interior ese aire con olor a tierra húmeda y putrefacta; a tierra antigua, inclusive. Finalmente había cedido a su llamado. Resultó que era su camino personal al Infierno, y ahora estaba aceptándolo de propio gusto.

Saltó la pared de contención para lluvias que Julio no logró terminar; ladrillo visto, cemento y apenas dos palmos de alto.

—Este vamos a terminar nosotros —le aclaró Alfonso.

Bajó la rampa, seguida por Ignacio, y luego una serie de escaleras de mano. Alfonso iba delante, moviéndose con la facilidad de quien ya conoce su propia casa.

Los apretados pasillos estaban iluminados con lámparas de aceite escasamente distribuidas, y cada hombre apuntaba al frente con sus linternas de mano. Ella era la única desprotegida en esa oscuridad, y las sombras que no lograban desintegrarse se pegaban a su piel como si siempre hubieran formado parte de ella.

Empezó a apreciar el cableado que Julio y sus hombres instalaron, las plataformas para mover tierra, el sistema de poleas, la manguera con agua que venía desde la superficie, las vigas de madera

que sostenían con precariedad el techo de tierra. Se preguntó cómo había logrado la gente del Mariscal para enterrar tan profundo el tesoro. No podía ser que, en medio de su huida entre montes, estancias y bosques, hubo tenido al menos dos meses para cavar, enterrar y tapar todo. Significaba que, o el tesoro era una exageración y debió haber tenido mayor sentido común, o quizás fue esa dedicación excesiva a sus joyas lo que los mató. Fuera uno a saber, pero era innegable que sus espíritus celosos seguían respirando en esa terrible oscuridad.

Después de quince minutos de descenso y pasillos torciéndose como un intestino, llegaron a una pared contra la que descansaban dos de los familiares de Alfonso. María Inés no los reconoció. ¿En qué momento habían llegado? Cada uno tenía consigo una pala, y hasta hacía un momento estaban llenando una carretilla con escombros.

—Mirá —le dijo Alfonso, acercándose a la pared de tierra. Nada tenía esta de especial; no había un solo indicio del tesoro escondido. Pero, entonces, Alfonso sacó el detector de radiestesia de su bolsillo y lo acercó lo máximo posible a esta pared. El aparato empezó a girar frenético sobre su eje. Luego, Alfonso se alejó varios pasos hasta el inicio de ese piso del túnel, y María Inés comprobó con sus propios ojos que el aparato apenas giraba—. Tomá, probá —le dijo, pasándoselo.

Ella temía de darle a la espalda a alguno de esos hombres, pero cumplió con Alfonso y tomó el detector. Bastó con sostenerlo para darse cuenta de que se necesita apenas un poco de presión y una mínima inclinación de muñeca para que este empezara a girar. Por las dudas, igualmente, caminó hasta el lugar donde más enloquecía, y allí este dio tantas vueltas que parecía movido por una fuerza singular e invisible. Por un momento dudó de sí misma. Trató de enderezar la muñeca para detener el tubo de metal que se la pasaba girando, y aunque logró detener el carrusel un instante, este reinició una vuelta hacia el lado contrario.

—No hay forma de pararle cuando se está cerca —dijo Alfonso. Su mano estaba próxima al revólver. Ignacio también parecía estar especialmente nervioso. Sudaba profusamente y respiraba con dificultad. No solo era el aire estancado, sino el hecho de saber que estaba por presenciar la muerte de su jefa.

"¿Para qué me muestran esto?", pensó.

Le devolvió el aparato a Alfonso, que lo tomó con fuerza y lo resguardó contra su pecho.

—¿Viste, doctora? —El hombre estaba tan expectante de la respuesta, que su rostro fácilmente se asemejaba al de un niño entusiasmado.

Si no veía, la mataban… ¿Verdad? Si veía, quizás salvaba su

vida… ¿Quería salvarla? Tener esa opción podía hacerla enloquecer ahí mismo. Podía ser… podía ser que Alfonso y su gente tuvieran razón, que ahí hubiera algo, algo para todos ellos. Podía ser que los hubiera juzgado mal. Su salvación podía estar dos metros detrás de esa pared de tierra y se había negado a ver las señales. Sí; todavía tenía la posibilidad de salvar su vida, a su familia, y hacer feliz a todos los que en ella alguna vez depositaron su confianza.

—Veo —le sonrió.

—A trabajar, entonces —Alfonso aplaudió un par de veces y sus primos, hermanastros, tíos o lo que fueran, se pusieron de pie y empezaron a picar y a cavar enajenados.

#

Capítulo XIX – Te amo

Ya eran las diez de la noche cuando regresaba sola a Asunción por una ruta desolada. Esta era la primera noche de Ignacio como sereno, aunque en realidad no estaba solo, sino que lo acompañaba la totalidad de excavadores, supuestamente para cumplir su promesa de terminar el trabajo costara lo que costara. Perfectamente podrían llevárselo por debajo de sus narices y decir: "Acá nunca hubo nada", y ella no se enteraría. Ni siquiera se molestó en escribir al Comisario para que fuera esa noche a echar un vistazo; se imaginó que la patrullera ya estaba allí para custodiar el retorno al pueblo con el botín completo.

Revisó su teléfono antes de volver. Esteban le había escrito: *"Cuidado al volver"*. Así; cortante, escondiendo su preocupación, sintiéndose culpable pero incapaz de decir: *"Voy a estar contigo*". Ella estaba demasiado cansada como para pensar en cosas positivas. Había sido traicionada por toda la gente que apreciaba, así que no iba a contestarle; ni siquiera le daría la certeza de que leyó el mensaje. Lo dejaría pensar en todo lo que quisiera, hasta que le doliera a él también. Lo peor de todo: estaba somnolienta. El paisaje zigzagueaba a derecha e izquierda; colinas bajas con siluetas negras estampadas contra el cielo nublado de una noche tormentosa; *"Los límites del Paraguay"*. Las luces de su faro alcanzaban apenas dos, tres metros por delante. Carteles de *"Si está cansado no maneje"*; el par de líneas continuas que se deslizaban a su lado y de tanto en tanto se metían entre sus ruedas, hasta que se daba cuenta y se encarrilaba nuevamente. Luces lejanas en la profundidad de los campos y llanuras; casas de pueblo, casas de capataces, casonas de estancieros. ¿Cuántos tesoros se escondían al mismo tiempo en aquellos mundos? Apretaba fuerte los párpados y volvía a abrirlos para que sus ojos recuperaran la energía, pero regresaba al mismo estado de antes. La radio sonaba despacio. Le subió el volumen hasta despertarse por su sola molestia. Se dio cuenta de que un vehículo detrás le estaba haciendo el cambio de luces, excesivamente cerca. Andaba lento y la franja continua no le permitía adelantarse. Ella quiso desafiarlo al principio. *"Chocame, imbécil"*. Pensó inclusive en bajar la velocidad. El Gobernador le había mensajeado esa tarde. *"Doctora, me avisó Héctor que ya estamos para continuar los trabajos. Esta semana dice que se van por última vez el*

ingeniero del MOPC y el de la SENAVITAT para empezar el trabajo". "Síiii. ¡Gracias a Dios! ¡Todo en orden, Gobernador!". "Gracias por tu gestión, doctora. Te va avisar Héctor cuando se van a ir de nuevo, y vos te fijás en la documentación que te muestren. Firmá nomás lo que tengas que firmar en mi nombre".

El de atrás pasó a bocinarla. Un bocinazo intenso que la quitó de su ensoñación. María Inés castañeó sus dientes. El auto empezó a tratar de adelantarla. Quiso taparle el camino; que la tocara. La culpa sería del tipo. Lo demandaría. Si le tocaba un pelo lo mandaría preso. No había forma de probar que estaba cansada. Con ella en el hospital, Ortiz tendría que esperar para la firma de la expropiación, pero el depósito de su salario tendría que hacerlo igual… supuso. Podía resultar en lo contrario; ella muerta, la operación un desastre, su familia asesinada, o algo así.

Se encostó hacia la banquina y el auto pasó bocinando como si representara la voz misma del tipo que manejaba.

En ese momento sus ruedas izquierdas empezaron a vibrar. El sonido de la gravilla pasaba a ser el de la tierra cruda. La ruta estaba construida sobre zanjas a ambos lados. Se volcaría.

Volanteó hacia la derecha y volvió a reencausarse.

Su vehículo quedó perpendicular a la ruta. Las manos le temblaban, pero seguían apretando el volante. Aceleró un poco y estacionó el auto en la banquina. Encendió las luces de stop y lo dejó ahí. Bajó sus vidrios. En el aire no solo olía a pastizales, a humedad ambiental y a asfalto, sino que también percibió el penetrante olor del caucho quemado. Le costó recuperar el ritmo normal de su respiración. Autos y camiones pasaban a su lado empujando aire contra ella. Nadie se detenía para preguntarle si estaba todo bien.

Sola de nuevo. No sabía dónde pasaría la noche. Su casa era una alternativa, claro; también lo de sus padres, pero, si dormía en lo de sus padres tendría que lidiar con el silencio reprochador de su mamá y con las preguntas indiscretas de su papá, ambos metiéndose como mejor sabían en su relación, en su trabajo, en la educación de sus hijos. Que ellos se enterasen ahora de sus problemas era lo único que le faltaba para encerrarse viva ella misma en la Garganta.

Pero, no quería morir; de eso estaba seguro, o hubiese dejado que su auto corriese a ciento diez y se mataba con una voltereta en la zanja que todavía la esperaba a un brazo de distancia. No se quería matar. No quería que la matasen, tampoco. Tenía familia, tenía hijas. No sabía cómo salir del lío en el que se había metido, pero… Pero Esteban sería tan buen padre si estuviera solo…

Miró su teléfono. El mensaje distante, en apariencia despreocupado, ocultaba de repente mucho más. Empezó a lloviznar. Pequeñas y suaves gotas tocaban el parabrisas y se deslizaban como

lágrimas. Tic, tic, tic. El sonido era relajante, era para dormirse. No podía seguir manejando. Quizás, hasta encontrar una estación de servicio y pasar ahí la noche. ¿Se preocuparía Esteban? Le escribió: *"Ahora vuelvo a casa"*.

"Acá está lloviendo fuerte. Quedate en alguna estación de servicio. Dormitá y esperá a que escampe. Ni se te ocurra venir así".

Ella sonrió.

"Bueno, amor", le respondió, aunque luego se arrepintió de haber incluido tanto amor. *"¿Cómo están las chicas?"*.

"Preocupadas".

"Y, ¿vos?", pero luego borró esto último. *"Te extraño. Te necesito"*. También lo borró. *"Llego en un ratito"*, terminó escribiéndole. *"Te amo"*. Dudó con esto… Dudó mucho en mandárselo. ¿Cómo le explicaba?

"Te amo…", le puso él, mientras ella seguía visiblemente conectada.

Si le correspondía el mensaje… ¿Cómo podía ser tan egoísta para entregarle a su esposo la carga que llevaba en ese momento? Se desconectó. Quiso darse tiempo. Él no volvió a escribirle, a insistirle. Él estaría entendiendo el gesto como el desdén de su esposa, sensación que se merecía. Había sido un perro con ella… ¿verdad? Igualmente, seguía sin ser justo. Esta era su última oportunidad de salvarlos de lo que le esperaba a ella si las cosas resultaban mal, si había jugado mal sus cartas.

Volvió a la conversación. Esteban seguía conectado. Seguramente ya estaba en cama, meditando, las niñas tratando de dormir, aunque tampoco podrían. La tormenta, los truenos y su viento, la lluvia como piedras que pretendían romper el techo de la casa. Claro que estaban preocupados. Era su familia. Ella era la madre, la esposa. Se habían lanzado juntos, y debían salir juntos, por mucho que pudiera perderse en el camino. Desde ya, sabía que la relación con Esteban no sería igual, pero sin su familia ya no le quedaba en este mundo nada que valiera la pena.

"También te amo… Te amo demasiado, con toda mi fuerza, y te extraño. Te extraño mucho".

Eso le puso.

"¿Querés contarme tu día mientras esperamos a que escampe o preferís dormir donde estés?".

Al menos, la mediatez del mensaje de texto le daría a ella el espacio suficiente para que él no estallara de frustración, y les daría la intimidad necesaria para la conversación más difícil que nunca tuvieron.

Así pues, le soltó la bomba, texto tras texto, y en cuestión de minutos le contó todo lo que había pasado.

#

Capítulo XX – La Pelea

Se largó a llover como si los ríos del Paraguay se hubiesen puesto de cabeza sobre la tierra. Tronaba y el viento rompía árboles, derribaba ramas y lanzaba rayos en el campo, marcando la tierra con fuego y electricidad.

La pelea devenida entre Esteban y María Inés podía considerarse la catarsis de un odio mutuo, inhumano, infernal, porque no fue algo que inició levemente y que luego se desinfló como el mal humor. Una pelea de tal envergadura implicaba hacer todo lo posible por destruir a la otra persona para que nada quedara de ella, y de esta manera, que el ganador pudiera reconstruir sobre los restos y formar una nueva relación. O, si luego el ganador descubría que ya no había nada por reconstruir, entonces asumieron de entrada que esta sería la pelea previa al divorcio. Si bien no sabían a qué llegarían, el objetivo mutuo era uno: destruir.

Asimismo, implícitamente conllevaba una serie malentendidos nacidos de la frustración de mensajes leídos con imprudente velocidad, solo con la intención de contestarle al otro mensaje por mensaje, tal era la idiosincrasia de abogada de María Inés, que a cada argumento de Esteban, ella trataba de responderle independientemente, pero luego los mensajes se mezclaban, y como el otro escribía con medida lentitud -porque conocía los métodos de su esposa y quería tumbarla poniéndola nerviosa y obligándola a insultarlo-, terminaban atacándose y ofendiéndose como nunca antes habían hecho.

De repente el mínimo *"Sí"* cobraba dobles sentidos, o se interpretaba como un sarcasmo, invalidando todo lo aceptado, lo disculpado. Nacían entonces ironías y contradicciones. El caso es que no importaba ya, porque cada uno tenía cosas que decirse, muy enterradas en el fondo de la tráquea, como una comida atorada que trataban de escupirse, porque no había signo alguno de belleza en aquellos sentimientos vomitivos. No había manera de que tanto odio pudiera salir de un alma en su absoluta pureza, y era así porque cada uno se aprovechaba de la frialdad del texto escrito. Se decían cosas que de ninguna manera podrían ser aceptables estando cara a cara, porque dichas a viva voz, sin importar la entonación, acabarían en gritos, llantos incontenibles y una moral acabada. Los textos eran

ataques rápidos, impersonales, y se contestaban con igual rapidez para que el mal sabor de boca no durase nada.

Así pasaron ambos la noche, María Inés llorando y gritando en el interior de su auto, a la vera de una estación de servicio al costado de la ruta. Esteban -probablemente- llorando en silencio sobre su cama mientras las niñas se preocupaban en silencio por su mamá que no había vuelto esa noche mientras la tormenta arreciaba y se devoraba al Paraguay.

¿Qué cosas se decían? *"Vos me arruinaste la vida desde el primer momento"*. *"No sé para qué me casé contigo"*. *"Mis papás siempre me dijeron cómo eras y lo que iba a pasar"*. *"Quedate con las nenas"*. *"Quedate con la casa"*. *"Andate a la puta que te re mil parió"*. *"Soy infeliz contigo"*. *"Vamos a separarnos, entonces"*. *"Nadie me lastimó en esta vida tanto como vos, y no sé por qué te dejé quedarte a mi lado"*. ¿Quién se decía qué cosa a quién? Ambos se dijeron todo eso. *"Yo siempre me esforcé por sacarnos adelante. Vos, ¿qué hiciste? Nada. Perder dinero, desaprovechar oportunidades"*. *"Siento que mi vida está arruinada"*.

Pero, lo que le dijo Esteban, y para lo que ella no tuvo respuesta: *"Nunca te voy a perdonar el que hayas puesto a nuestras hijas en peligro"*.

Y, sí, eso había hecho.

"¿Qué tengo que hacer?".

"Vete vos. Yo me las llevo a casa de mis papás a la mañana".

Listo. Ahí se terminó. *"No; no se terminó. No me vas a terminar todo de esta forma"*. Desde el estómago hasta la boca se le subió el ácido de la impotencia. Arrancó el motor para irse a casa. Las gotas como granizo contra el parabrisas.

Antes de salir le llegó un mensaje que no esperaba, que la llenó de escalofríos, que interrumpió la desolación que sentía al ver en línea a su marido, sabiendo que él no volvería a contestarle un solo mensaje en lo que quedaba de relación si no iba a buscarlo a casa en ese mismo momento, si no dejaba toda esa porquería de la excavación y regresaba a su familia, a la vida que tanto le costaba mantener pero que, a su vez la mantenía viva, la mantenía con una razón.

El mensaje vino del Comisario:

"Doctora, me llamaron urgente de la estancia. ¿Usted está ahí? Estamos llegando".

Llamó a Ignacio. No le contestó. Llamó a Alfonso. No le contestó. Llamó por último al cocinero. No le contestó.

Con el auto en marcha, salió a la ruta con sus débiles faros sin poder alumbrar más que dos metros delante. Las gotas en su multitud formaban una pared de agua que amenazó con paralizarla. Aceleró, rompiendo la pared, y fue a la estancia a cincuenta por hora para llegar antes que la policía.

#

Capítulo XXI – La Garganta

La tranquera para la casona estaba abierta y la cadena con el candado colgaba de un lado. Las manos no habían dejado de temblarle en todo el camino. Les rezaba a Dios y a la Virgen, disculpándose en primer lugar por haberlos ignorado tanto tiempo, y luego pidiéndoles por favor que el asunto se acabara, que estuviera todo bien, que le permitiesen llegar viva a su casa esa noche.

Sin darse cuenta de que la tierra bajo la tranquera estaba cubierta de agua acumulada sobre las huellas de un mes entero de vehículos entrando y saliendo, se metió de lleno sin considerar que podría no pasar. Ahí fue cuando las ruedas del auto empezaron a raspar barro y arrojar agua empantanada detrás de ella. Apretaba el acelerador, pero el auto no se movía un solo centímetro. La lluvia golpeaba su capó con violencia. *"Dios mío, Dios mío, no"*. Bajó el vidrio. Empezó a gritar pidiendo ayuda. La voz endiablada de la tormenta ahogaba la suya.

Probó llamando a Alfonso, a Ignacio, al cocinero. Nadie.

Probó en marcha atrás. El vehículo estaba atorado. Abrió la puerta. El charco debajo del auto crecía rapidísimo. Pronto llegaría a cubrir la rueda, pronto el agua se metería en la cabina del conductor. No; antes llegaría al caño de escape. Perdería su vehículo en esa estancia.

Reaccionó rápido. Apagó el motor. Sus luces seguían peleando inútiles contra la pared de agua, el capó resonando hueco con cada golpe. Quiso llamar al Comisario para saber si habían llegado, pero pensó que podría solucionarlo ella misma.

Tanteó con sus zapatos el fondo del pozo de agua. Le llegaba hasta la pantorrilla. Podría moverse, aunque el suelo estaba blando. Se bajó y dejó los faros encendidos para poder ver lo que tenía delante. Encendió la linterna de su celular. No alumbraba sino centímetros delante de su nariz, pero alcanzaba a ver la silueta de la casona bajo la tenue luz de la luna que por momentos trataba de filtrarse entre la tormenta. Los centelleos de los rayos también le daban pistas de dónde estaba cuando las nubes volvían a cubrir el cielo y oscurecían por completo el campo.

Cuando dio la vuelta a la casa, pudo ver un montón de linternas a lo lejos moviéndose agitadas, sus haces desapareciendo por

momentos allá donde se encontraba la Garganta.

Empezó a correr y a tropezar en el camino entre charco y charco, el agua helada mojándole el pantalón, tocándole la piel. No importaba. Ni siquiera le importaba qué clase de trampa podía estar esperándole allá. Necesitaba llegar antes, necesitaba solucionarlo, arreglar el problema. No interrumpió su carrera el barro que ya empezaba a obstruir cada paso, que oponía su peso contra el pie de María Inés, que rápidamente empezó a tocarle el tobillo.

Las gotas le pinchaban la piel como si la mordieran miles de avispas; caían sobre sus ojos y le impedían ver lo que tenía delante, pero sus oídos empezaron a distinguir los gritos.

—¡Viene alguien! —La habrán distinguido porque su celular todavía emanaba la luz del flash con su inútil esfuerzo.

Uno de los hombres corrió hacia ella con su linterna, y cuando la encontró, Alfonso la miró a los ojos con las pupilas desorbitadas y las cuencas de días sin dormir. Ella no pudo abrir la boca, porque él tampoco parecía creer lo que estaba pasando.

—¿Ignacio dónde está?

Él no le contestó.

María Inés se apartó de él y siguió corriendo hasta la Garganta, donde todo el equipo ascendía al exterior con las linternas en una mano y baldes de agua en la otra.

—¡Ignacio!

Los hombres tenían los rostros cubiertos por gorras o capuchas para que la lluvia no les molestara la vista. Nadie la escuchaba, o todos estaban demasiado concentrados en lo que pasaba delante.

Para su horror, cascadas de agua se habían formado alrededor del hueco de entrada y empezaron a fluir sin fin hacia el interior. La pared de contención para lluvias había sido completamente destruida, arrastrada como hojas en una corriente, y los vientos habían contribuido a tumbar sobre el túnel fragmentos de sí mismo. Frente a sus ojos, la Garganta estaba consumiéndose a sí misma, llenándose de tierra una vez más. Los hombres alrededor eran incapaces de luchar contra los volúmenes bíblicos de agua y lodo que reingresaban.

—¡Ignacio!

Los hombres levantaron la vista. No alcanzaba a ver sus rostros, pero podía sentir su desesperación, aunque tampoco veía sus ojos.

—¿Dónde está Ignacio?

Alfonso llegó hasta el borde del túnel y se arrodilló, implorando al resto de sus hombres que se detuvieran.

—¡*Eheja py*! ¡Dejen pues, *carajo*! ¿No ven que ya fueron claros?

María Inés lo tomó de la camisa y le gritó en la cara.

—¿Dónde puta está Ignacio?

—¡No sé! ¡No sé! ¡Estaba ayudando a sacar el agua!

—¡Ignacio! —le gritó de nuevo, la imagen del chico dentro del pozo más clara que nunca—. ¿Dónde está, carajo?

Ella ya estaba llorando.

Alfonso no le contestó.

—¿Vos llamaste a la policía? —lo increpó.

Mantuvo el silencio.

Lo soltó.

María Inés empezó a pasearse entre todos los hombres, quienes rendidos miraban al pozo con los hombros caídos. Con el celular trataba de alumbrarles el rostro y les preguntaba dónde estaba Ignacio, pero todos le respondían lo mismo: *"Che ndaikuaái señora. Yo estaba ayudando a sacar agua",* hasta que uno de ellos le contestó en guaraní algo que no entendió. Agotado, el chico le señaló el interior de la garganta.

—Ahí —le dijo.

—¿Quién le dejó ahí?

El chico no le contestó.

Lo habían asesinado. Lo habían asesinado. Lo mataron, se llevaron el oro y llamaron a la policía para llevarse el cuerpo, para encubrir. Fuera Dios a saber.

—¡Sáquenle de ahí! —Nadie se movía. Nadie reaccionaba. Trató de acercarse ella misma, pero resbaló en el borde con la fuerza del agua acumulada, y fue Alfonso el que la tomó por la camisa y la devolvió a tierra más firme.

—¡Ya no se puede salir de ahí!

—¿Para qué llamaron a la policía?

Querían encubrir el asesinato, tener una coartada. La tormenta fue la ocasión perfecta. Para ellos no sería un problema a futuro.

—¡No! ¡No! —gritaba—. ¡Que alguien le busque! —Lloraba a gritos dolorosos, arrodillada frente al pozo que se inundaba. Entonces, pasó a gritar otra cosa: —¡Le mataron! —Se fijó en que todos la escucharan—. ¡Ustedes le mataron a Ignacio!

Gritó hasta el cansancio y, cuando ya no pudo más, Alfonso le contestó:

—No le matamos nosotros. Le mataron los *póra* que vieron que tenía malas intenciones.

—No… no… no…

—Él le dijo a mi primo que quería el tesoro antes que usted, que por eso luego se ofreció a quedarse.

—¿Ustedes le iban a dar? —le gritó.

—Claro que no. Nosotros nos comprometimos con usted desde el principio, doctora, pero yo también cumplo en decirle lo que él quería hacer desde el principio.

Por un momento, le creyó, y se quedó en silencio, observando,

preguntándose cuánta agua se había acumulado abajo, cuánto tardarían en quitarla, cuánto más podría durar esa lluvia del Diablo.

Apenas minutos después llegaron el Comisario y sus dos suboficiales, corriendo bajo la tormenta con linternas en mano y capuchas impermeables.

—¡Hay un hombre adentro! —les dijo María Inés—. ¡Ignacio está adentro!

El Comisario se asomó al túnel y lo miró con la linterna.

—Si tuviéramos la camioneta capaz que pudiéramos meter a alguien para sacarle.

—Y, ¿por qué puta no traen?

—Está su auto en la tranquera, doña.

María Inés no podía hablar; empezó a señalar a Alfonso, al resto.

—Ellos le mataron, Comisario. Ellos no querían que se encontrara el tesoro o, no sé si le mataron para protegerme. Le mataron, Comisario. Para que se termine esto. ¿Quién le llamó?

—Alfonso me llamó, doctora.

—¡No! ¡No! ¡Hijo de puta! ¡Miente, carajo! ¡Quiero ver su celular!

Desesperado, el Comisario se agachó sobre ella para enseñarle su pantalla con el cuerpo por encima para cubrirla de la lluvia.

Las gotas sobre sus ojos y las lágrimas apenas le permitían ver lo que tenía delante, pero entre los primeros llamados vio el nombre de Alfonso.

—¡No! ¡No! ¡Miente, carajo! ¡Ustedes ya sacaron antes el tesoro!

—Vamos a llevarle adentro para que no se enferme, doctora—. El Comisario trató de levantarla por los brazos—. Tengo preguntas.

—¡No me toque, carajo!

El hombre hizo una señal a sus suboficiales para que no se acercaran. Se dirigió, entonces, a Alfonso y a su gente.

—¡*Hyepýpe*! ¡Adentro! ¡Dale que! —Se volvió entonces a María Inés—. Le esperamos adentro, doctora.

—No se puede saber, oficial —le dijo ella—. No se puede saber lo que pasó acá. Usted también está involucrado.

El Comisario la miró fijo.

—Claro que no se va a saber, doctora.

El grupo entero la dejó sola, llorando de rodillas frente a la Garganta, implorándole que le devolviera a Ignacio, disculpándose con las almas en su interior por haber dudado de él, pero esta no la escuchaba, y poco a poco se tragaba la tierra del campo.

#

Capítulo XXII – Coartada

Con el cuestionario atosigante del Comisario, no tuvo tiempo de pensar en que, quizás, aquella podía ser una solución divina a su inconveniente para rellenar la tierra antes de que terminara la semana.

No pensó, mientras se preguntaba si el Comisario estaba tratándola o no de sospechosa, en que Ignacio les había dicho a sus padres que regresaría a su casa por un tiempo; no importaba por cuánto tiempo, pero sí que *regresaba*, y que ellos probablemente estarían creyendo que tuvo un problema con María Inés.

Estaba muy ocupada para pensar en lo que el destino le deparaba, así que se pasó la noche ideando una historia convincente para una desaparición que, en primer lugar, difícilmente sería cuestionada. María Inés nunca llegó a conocer a la familia de Ignacio, y aunque ellos pudieran saber de ella, la historia estaba clara: *"Él dijo que volvería a casa"*. Nadie lo relacionaría con una excavación en medio de una Villa Hayes que nunca vio ni oyó nada.

María Inés confirmó que todos tuvieran clara la historia en sus cabezas. La ensayó una y otra vez con Alfonso, con el Comisario y los suboficiales, y ellos la volvieron a transmitir al resto, palabra por palabra, para que no se olvidaran de los detalles, que esos vendían una historia.

Al final de la entrevista con el Comisario, María Inés se dio cuenta de que no podía caer sin llevarse consigo a medio pueblo, y el resto se dio cuenta, cruzando miradas cautas y nerviosas, de que cualquiera que hablara terminaría arrastrándolos a todos de igual manera, formándose así un pacto inquebrantable entre todos ellos. No era como en las películas, donde uno sacaba un revólver y el resto se apuntaba mutuamente hasta que no quedara nadie. Por el contrario, quedaban todos, incluyendo a la persona que nunca disparó un revólver en su vida.

—¿Quedamos así, entonces, doctora?

El Comisario estaba a su merced.

—Es todo.

—Mis pésames —le dijo al despedirse, e inclusive se apretaba el sombrero contra el pecho. Claro, como si él no hubiese participado en la muerte del muchacho. Asimismo fingió Alfonso, e inclusive el primo

joven, el Vera ese que mejor se llevaba con Ignacio. A él si pareció dolerle, porque ni siquiera le pudo sostener la mirada a María Inés.

Cerró ella misma la tranquera cerca de las nueve de la mañana. Amaneció con el sol radiante, el aire fresco y sin impurezas. De la Garganta no quedaba más que una marca de tierra removida de diez metros de diámetro. De herramientas o rastros de toda la humanidad que hubo antes, ya no quedaba nada. Inclusive Alfonso se llevó al perro, que tampoco correspondía en ese cementerio.

Revisó su celular antes de subir al auto, que el mismo Comisario ayudó a sacar del pozo con el remolque de la camioneta. Una línea de barro marcaba la mitad de la puerta. Para su fortuna, el interior ya había liberado toda su agua, y el motor encendió sin ayuda.

"¿Estás bien?". Era todo lo que Esteban le había escrito. Y, si había escrito él primero, y además tan rápido, era no solo porque estaba preocupado de verdad, sino que se había tomado las pocas horas que durmió para despertar sin rabias, y sintiendo culpa y vergüenza en su lugar. Si tan solo supiera que su esposa purificó su rabia de otra manera.

"Estoy bien", le contestó, manteniendo la frialdad, aunque todo su espíritu pugnaba por regresar a casa y dormir con las niñas encima y Esteban a su lado.

Era como si nada en el mundo pudiera molestarla en ese momento. Todo pensamiento malo desapareció. Se imaginó a Ignacio, apuntándole por la espalda, ella enterrada en la Garganta en lugar de él. *"¿De qué me salvaste?",* le preguntó a Dios.

Le escribió entonces a Julio.

"Avisale a Héctor que el agujero ya está rellenado. Que envíen nomás de vuelta al ingeniero y que venga el de la Senavitat también. Acá ya terminamos".

"Encontraron algo???".

"Nada".

"Descarado. Mal parido de mierda", pensó María Inés.

En el camino de regreso, como no tenía lugar propio para llorar sin ser escuchada, ni cuarto en el que encerrarse a pensar, se refugió en un motel de mala muerte con el dinero que le quedaba, avisando a sus hijas directamente que se quedaría a terminar su obra por un par de días más.

Esteban la llamó, pero ella no le contestó. *"Que sufra"*.

Fue aquí donde se tomó dos días para bañarse, acostarse y pensar con mayor claridad. Fragmentos de ideas en principio macabras, ahora le parecieron divinas, esperanzadoras. La llevaron a creer que, en verdad, las almas en pena, las dueñas del tesoro, en realidad la habían protegido, y no solo la habían protegido, sino que

le estaban dando una segunda oportunidad. El precio, entonces, era Ignacio, el alma manchada por la codicia que estaba dispuesta a traicionarla, como si Judas hubiese reencarnado en él para volver a cometer el mismo error. Cómo no aprendía la humanidad.

El segundo día, por la mañana, recibió un llamado de Héctor, quien evidentemente ya la había desbloqueado.

—Me dice el ingeniero que acá no se puede construir.

A María Inés no le importó lo que ningún ingeniero tuviera para decirle. Héctor no tenía idea de cuán lejos ella ya se había pasado de la línea de *"todavía me importa"*.

—Decile a ese tipo que si no quiere problemas con Alcides y el Ministro, entonces que encuentre la forma.

Héctor no le contestó.

—¿Me entendiste, Héctor?

—Entendido. Voy a ver si no pueden hacer el salón comunal ahí.

—*¡Dale, dale!*

Le cortó. Empezó a molestarla ahora Esteban. Puso su teléfono en silencio, volvió a tocar con su mejilla la almohada blanda, fresca y con aroma a jabón barato de coco, y se echó a dormir por todo lo que durase el día. Ni siquiera soñó, y eso solo podía ser señal de que las cosas en su mente ya estaban en orden.

#

Capítulo XXIII – María Inés Duarte

—¿Hola?

El nombre estaba borroso.

—¿Te desperté, abogada?

Alcides Ortiz.

—¡No, Gobernador! Contame —Se sentó en la cama, esperando que no la creyera dormida—. Me agarrás medio distraída, nomás.

—Se nota… te estuve llamando.

Miró su teléfono. Su vista todavía estaba borrosa. Al menos seis… nueve llamadas perdidas.

—Mil disculpas… —las posibles excusas tardaban en aparecérsele claras.

—Abogada, te cuento lo que me pasó, ¿sí?

—¿Está todo bien con la venta? Me dijo Héctor que-

—Justamente, por eso te llamé. A que no sabés quién me llamó.

Se le encogió el estómago. Sintió endebles todos sus miembros.

—¿Adivinás? —continuó.

—No, Gobernador.

—Me llamó Ferreira Resquín.

"El Ministro de la Corte".

—¿Perdón?

—¿No le conocés, abogada?

Se había enterado un Ministro de la venta. Ya tenía la soga al cuello. Bastaba que alguien la dejara caer y se ahorcaría sola.

—Sí, sí. El Ministro, pero-

—¿Entonces le conocés?

—¡No! Le ubico, pero no le conozco personalmente.

—Bueno, vos sabés que él me llamó y me habló un poco de una excavación, un tesoro, y que supuestamente de la Senavitat no quieren hacer nada por ese terreno, que gracias a él finalmente se va a construir porque es luego del mismo partido de la Ministra, que se deben favores…

Héctor la había vendido. Le deseó profundamente que se pudriese en el infierno.

—No iba a haber ningún problema, Gobernador —le temblaba

la voz.

—¿Vos le pediste ayuda al zorro ese?

—¡Claro que no! Héctor le contó.

—Qué raro, porque inmediatamente le llamé a Héctor y me dijo lo que pasó, que vos empezaste a excavar con esa gente de mierda, que -honestamente- no sé cómo te convenció, pero dijo que cuando llegó con el ingeniero se dio cuenta de que iban a tener problemas.

—Señor, señor-

—Me dijo que te avisó, pero que vos le pediste ayuda para encontrar esa mierda fantasiosa, y como pensó que yo estaba adentro, entonces vos le hiciste creer que yo quería detener todo.

Derrotada, María Inés ya estaba lagrimeando del otro lado de la línea.

—Señor, escúcheme, por favor.

—Y que ya no hay tiempo, que se arruinó todo, y vos finalmente decidiste por tu cuenta hacer que le presionen a la Ministra de la Senavitat. ¿Por qué? Podíamos resolver entre nosotros. Yo te di atribuciones, Inesita, te di todos los poderes que me pediste, pero mordiste la mano que te dio de comer. ¿Con qué cara le voy a decir a tu papá lo que pasó? Vos sabés que esto significa que ya no voy a poder seguir trabajando con él.

—Papá no hizo nada.

—Claro que no, pero es cuestión de honor, mi hija.

—¿Señor?

—¿Qué?

—¿Qué le dijo Ferreira Resquín?

—Que va a hacer que todo pase rápido por el Registro de la Propiedad si le doy una parte de la venta, claro. ¿Qué más puede querer?

—¿Usted aceptó?

Alcides soltó una carcajada.

—¿Me queda otra opción?

María Inés se quedó muda. Alcides Ortiz carraspeó:

—Te voy a descontar lo que te queda y cualquier otra cosa que te pudiera corresponder.

—Señor, no…

—No te voy a pedir que me devuelvas lo que ya te di porque finalmente esta mierda se va a hacer, pero Dios no permita que algún día se caiga el suelo mientras esa gente esté bailando en el centro comunitario. A vos te voy a mandar directo al Buen Pastor, abogada.

Inés lloraba amargamente del otro lado; claro que Alcides Ortiz no podía escucharla.

—¿Estás ahí, abogada?

—¿Qué, Gobernador?

—Que esta es la última vez que trabajás en la profesión.

Ella se largó a llorar; moqueaba y se tragaba las lágrimas que le sabían amargas. ¿Cómo podía ser que aquel hombre tuviera tanto poder? No podía ser; no podía ser.

—¿Puedo hacer algo más? Por favor, Gobernador.

—Gracias, abogada. Que tenga un buen día.

Colgó.

Se tiró de cara contra las sábanas del motel y empezó a gritar:

—¡No! ¡No! ¡Por favor!

Así siguió hasta que ya no sintió ni dolor, ni impotencia, ni rabia, ni odio de ninguna clase. Babeaba con la mitad del rostro hundido en la sábana; miraba la pared opuesta, de un color rojo pasional y de mal gusto.

Regresó a su casa al día siguiente con la cola entre las piernas. Sin darse cuenta, Esteban y su papá habían terminado con los techos y puesto ventanas.

Nadie le dijo nada. Ella no dijo nada a nadie. Las niñas preguntaron por el tesoro. *"No se encontró".* Esteban no volvió a hacer preguntas, salvo por un tema que apremiaba.

—Tu mamá me preguntó si vos te peleaste con Ignacio. Dice que ya pasó una semana y que no vuelve a la oficina.

—Dijo que iba a volver a su casa. Todo este tema nos puso mal a todos.

No la cuestionó. María Inés vivió en el aire durante el resto de la semana, como si existiera solamente para comer, dormir, hacer sus necesidades.

Pasaron los días, hasta que poco a poco se repuso por sí misma, pues empezaron a molestarla de nuevo todas aquellas pequeñeces que la habían puesto en marcha en primer lugar: el baño que para hacerlo correr a veces tenía que tirar baldazos de agua llenos en el inodoro, el polvo permanente de la construcción sin terminar, que invadía las cortinas, las colchas y la ropa misma todo el bendito día. Y, así muchas cosas más, pues no tendría descanso mientras viviera en esa casa.

Por otra parte, se dio cuenta de que tenía que hacer algo cuando la policía llegó a su casa preguntando por Ignacio casi un mes después. María Inés les contó todo lo que sabía, que iban a buscar trabajo a menudo, que ya no podía pagarle, y que él decía constantemente que iba a volver nomás a su casa en cualquier momento para ayudar a su gente y trabajar en la granja. Cuando constataron su versión con la de sus padres y la de Esteban, todos coincidieron en lo mismo. Inclusive las niñas dijeron que su madre e Ignacio iban a buscar trabajo, pero que al final nunca pasó nada.

Como el chico no tenía más relaciones que estas en Asunción, nadie más supo dónde buscarlo ni encontrarlo, y todo parecía apuntar a que no se lo encontraría por mucho que su rostro apareciera en las noticias.

De igual manera, desde la primera visita, María Inés empezó a sufrir de taquicardias por las noches, hasta que el cúmulo de dolor agotaba sus neuras y debía tomarse somníferos para dormir. La despertaban entonces palpitaciones en el oído, palpitaciones que venían del centro mismo de la sala de su casa, por debajo del piso de azulejos nuevos, como si debajo hubiera un corazón joven latiendo aterrado, pidiendo que rompiera el suelo y lo liberara.

Esteban no dejó de mirarla de reojo desde aquella primera visita de la policía, y aunque la ayudó a encubrirla, tampoco estaba ya en su alma la capacidad de preguntar, de tratar de entenderla. Se había perdido ya hacía tiempo, y entonces solo quedaban las sospechas y, quizás, la sensación permanente de que nunca llegaría a conocer del todo a su esposa, pero que al mismo tiempo ya era demasiado tarde para salirse.

Como su casa ya no era suya, y en ella María Inés no era más que un ente que la habitaba, decidió hacer honor a Ignacio y tratar de aplacar su alma.

Regresó el lunes al Ministerio de Trabajo y se sentó entre la jauría de abogados hambrientos a esperar la siguiente oportunidad para ofrecerse a desmantelar alguna empresa o jefe explotador. Inclusive, se acercó a la misma mujer a la que un mes atrás le había rechazado el trabajo, y le preguntó si podía hablarle. La mujer la miró un momento, y le pidió que esperara. Así la tuvo por cosa de una hora y media, y aunque abogado que iba junto a la funcionaria, abogado que salía con trabajo bajo el brazo, todavía había al menos treinta personas antes que ella.

María Inés advertía los dedos largos del Gobernador aproximándose a cada persona que pudiera darle una oportunidad, avisándole: *"De esta no te fíes"*. La señalaban y la manchaban con sangre y traición. Pensó en levantarse a las tres horas de espera, temiendo que, si desafiaba al Gobernador pidiendo trabajo, él se enteraría y le haría la vida imposible. Pero, a su vez, si no hacía esto, la otra opción era suicidarse definitivamente, cosa que no era la primera vez que contemplaba durante la última semana.

De no haber sido porque ahora Dana y Erika caminaban sobre azulejos limpios y no tenían que sentir el calor excesivo de todos los días, entonces ya lo habría hecho sin dudar.

Finalmente, a las cuatro horas, el turno le llegó.

—Buenas —le dijo a la encargada de despacho con el tono serio —. ¿Se acuerda de mí?

—Claro, por eso te hice pasar—. Con eso le confirmó que tenía el poder sobre ese lugar, y aunque fuese un cubículo, ahora era la vida entera de María Inés—. ¿Cómo me voy a olvidar? —le contestó, quizás orgullosa de saber que esa clase de gente siempre volvía, fuera por la razón que fuere: porque aceptaba que esa era la realidad y que una mancha más al tigre no hacía diferencia, porque el hambre de la familia no se llenaba con principios morales, o porque, si no era ella, alguien más se le habría adelantado.

—Quería saber si todavía puedo trabajar con Usted.

La mujer la miró con expresión divertida. Había una cola de despedidos y empleados descontentos esperando para reunirse con ella a contarle su caso.

—¿Qué te parece si te doy el siguiente?

María Inés la miró, incrédula.

Claro; el Gobernador Alcides Ortiz era solamente un hombre, un hombre minúsculo en el universo que representaba aquella tierra de un reino fantástico que era el Paraguay, encerrada en su isla de tierra con montes que dominaban el horizonte, sometida a ser tragada por sí misma, por sus bosques de eucalipto medicinal y sus cada vez más hambrientas praderas de pastoreo.

María Inés le pasó la mano, sonriente.

—Le agradezco infinitamente.

—Mi nombre es Mariela —le dijo la mujer.

—María Inés Duarte.

FIN

Contenido

La Garganta de la Tierra
Biografía del Autor
Reseñas
Prólogo de la Primera Edición
La Garganta de la Tierra y las Profundidades del Paraguay
Reseña Literaria de Derlys Fanego
Dedicatoria
Una Banda Sonora Digna de María Inés
Capítulo I – La Nueva Casa en el Baldío
Capítulo II – La Leyenda de la Abogada Honesta
Capítulo III – Casa de Otro
Capítulo IV – Ronquidos
Capítulo V – Maquillaje
Capítulo VI – El Castillo
Capítulo VII – Sin Vos, No
Capítulo VII – La Tranquera
Capítulo VIII – Bajo el Sol del Paraguay
Capítulo IX – Cosa de Familia
Capítulo X – Lo Inevitable
Capítulo XI – Maestro de Obras
Capítulo XII – Vanas Esperanzas
Capítulo XIII – El Alma de la Tierra
Capítulo XIV - La Semilla
Capítulo XIV – Espíritus Molestos
Capítulo XV – El Pa'i
Capítulo XVI - Seguridad
Capítulo XVII - Robos
Capítulo XVIII - Aliento
Capítulo XIX – Te amo
Capítulo XX – La Pelea
Capítulo XXI – La Garganta
Capítulo XXII – Coartada
Capítulo XXIII – María Inés Duarte